

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

(2.779
3754
E861

La Tentación
Versos en agraz

IMPRESA Y ENCUADERNACION NACIONALES
QUITO—ECUADOR—1912

Obras del mismo autor

- Maldonado, Mejía, Montalvo.... (Motivos Nacionales).— Tomo I.
- Nociones de Oratoria. (Agotada)
- La Ley del Progreso. — El Ecuador en los últimos 15 años.
- Algunas ideas acerca de educación: — Sarmiento. — Muñecas. —
Acuarelas. — Las etapas de la vida.
- Vargas Vila.— Ojeada crítica de sus obras: De "Aura ó las Violetas" á "El Ritmo de la vida".
- Plaza.
- Estudio dramático

INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|---------------------------------------|----------------|
| CARTA — PRÓLOGO | VII |
| ETOPEYA | XIII |
| <i>La Tentación</i> | I |
| I. — En el Templo | 1 |
| II. — La Misa..... | 5 |
| III. — Explicación de la Misa..... | 6 |
| IV. — La Elevación de la Hostia | 9 |
| V. — Meditación | 11 |
| VI. — Evocación | 13 |
| VII. — Amor | 15 |
| VIII. — Monólogo | 16 |
| IX. — Oración | 19 |
| X. — La Mujer..... | 23 |
| XI. — La Soledad | 26 |
| XII. — Plegaria | 32 |
| XIII. — Recuerdos | 36 |
| XIV. — Color de Rosa..... | 40 |
| XV. — Evocación..... | 53 |
| XVI. — La Victoria | 55 |
| XVII. — Conclusión..... | 63 |

| | <u>Páginas</u> |
|-------------------------------------|----------------|
| <i>Versos en agras</i> | 65 |
| Lirios y violetas | 67 |
| Aciaga | 69 |
| La Muerte | 81 |
| Escena Infantil..... | 85 |
| Azucena | 87 |
| Mi ensueño | 90 |
| Huérfano | 94 |
| Madre é hijo..... | 95 |
| <i>El cuento de la abuela</i> | 97 |
| <i>En el erial</i> | 104 |
| <i>Flor ideal</i> | 111 |

GARTA-PROLOGO

Señor Dn. Alejandro Andrade Coello.

Mi estimado amigo:

Me pide Ud. un prólogo para su libro, titulado "La Tentación".

Pero yo le diré con franqueza que nada hay más inútil que un prólogo, cuando no es el propio autor el que lo escribe, y un motivo especial no lo justifica. Fuera de este caso, es una pieza extraña, que ni aumenta ni disminuye el mérito de la obra.

Tan convencido estoy de lo que le digo, que yo jamás lo he pedido para mis publicaciones; en la seguridad de que, si esta fruta es buena, servirá de pasto á las aves del cielo, y si mala ó insustancial, irá á confundirse con las hojas que arrebata el viento.

Un prólogo ajeno en materia literaria, es inútil. Suponga Ud. que yo dijera maravillas de su obra, y

que ella fuera mala; pues continuaría siéndolo á pesar de mis hipérbolos. Suponga ahora lo contrario, que sea buena, pero que por prevención personal, como sucede con algunos de nuestros críticos, le desmenuzara á Ud. en su libro: pues esté Ud. seguro de que su bondad intrínseca ahí se estaría, á pesar de mis ironías y mis perwersas intenciones.

Pero dirá Ud. que puedo por lo menos desentrañar de ella las bellezas que encierra, para hacerlas conocer del público. A lo cual le contestaré que no puedo presumir del dón de acierto en este género de empresa, sobre todo en tratándose de una publicación que acaba de hacerse, pues nada hay tan difícil como juzgar acertadamente un libro nuevo. Las mejores plumas, los mejores críticos han estado muchas veces en contradicción respecto de un mismo autor y una misma obra. ¡Desgraciado de Shakespeare con un prólogo de Voltaire para sus dramas! No le hubiera quedado otro consuelo que dejarlos al tiempo como lo hizo Esquilo con sus tragedias. Pobre Echegaray: ¿quién no se cree autorizado á reirse de él? que hinchado, que ampuloso, que huero, que romántico, que enemigo de la realidad, la mar. Sólo defectos; ni una sola cualidad. **Avanzados** ha habido que han llegado á sostener que Echegaray es la vergüenza del teatro español. Si el mundo escuchara á estos **críticos**, Echegaray carecería de auditorio.

La idea de ser presentado al público por una persona más ó menos autorizada, como se hace en un salón con las personas que entran en él por la primera vez, esta idea no creo yo que haya podido moverle á Ud. á pedirme este prólogo que sin querer escribo. En pri-

mer lugar, porque mi nombre no está todavía consagrado en el mundo de las letras. En segundo lugar, porque Ud. no es una persona desconocida, para que necesite de presentación, pues todos le conocemos por sus escritos que le honran. En tercer lugar, porque nadie necesita ser presentado para salir á la palestra literaria. Gracias al principio de libertad consagrado por la civilización moderna, todo el que puede enseñar verdades, ó defender ideales, ó combatir errores, tiene el derecho, más aún, el deber de hablar muy alto, como lo tiene el sacerdote de enseñar la verdad religiosa desde la cátedra sagrada. No hacerlo, sería ponerse en peor condición que el avaro, que deja perecer de hambre y de frío á los menesterosos.

Otra razón que tengo para creer que este prólogo será de ningún valor para su libro, es que yo jamás escribo en verso, y que por consiguiente mi incompetencia es mayor en esto de juzgar un libro de poesías como el suyo.

Esto no quiere decir que no pueda yo libremente manifestarle mis impresiones personales, despues de la lectura de su obra.

Si se prescinde de algunos versos que requieren pulimento, y de algunas estrofas en que su numen de poeta se desvanece; en su conjunto "La Tentación" es un poema hermoso y delicado, que hace pensar, y que deja como saturado en el paladar, en toda el alma, un dejo de perfume suave y duradero. Hay completa unidad de acción en el plan, pues aun las partes más flojas están ligadas al asunto. Desde que principia la misa hasta la elevación, es decir en breves minutos, nos hace

pasar Ud. por un mundo de ilusiones doradas, de recuerdos llenos de vida y de pasión que el sacerdote evoca á su pesar, al ver aparecer en la hostia santa la imagen voluptuosa de esa mujer que amó un día...; Qué armas aquéllas, tan terribles, con que la tentación embiste contra el Ministro del Señor! En vano el sacerdote pone por delante lo fugaz de la vida, la maldad de los hombres, la pasión y muerte de Jesús, y la paz y la dulce soledad de los claustros; en vano en aquel supremo instante de prueba, eleva á la Madre de Dios una plegaria ardiente; en vano, porque nada hay en la tierra como el amor, ni nada hay comparable con los hechizos de esa mujer que amó en su juventud, cuya imagen está viendo en la hostia consagrada; imagen que le habla de amor y de placeres con la misma voz con que le hablara un día, y que, menos exigente que antes, le ofrece ahora entregarse á sus brazos en alma y cuerpo... Y ese sacerdote, que así mira esa imagen de formas de Venus Citerea, que sonrío con esa sonrisa divina y ardiente, y que así le escucha esas palabras henchidas de promesas de encantos inefables, y que ya siente en sus mejillas el fuego de sus labios voluptuosos... ese pobre sacerdote, á la evocación de placeres pasados, y á la promesa de placeres presentes, siente despertarse con más vigor que nunca emociones pasadas, y estremecerse de nuevo sus carnes que le habían parecido bien muertas, y vacila su fe, y se le abrasa de fiebre la cabeza, y le salen canas, y su voluntad se rinde, y cae sin sentido, teniendo entre sus dedos fragmentos de la hostia consagrada.

La Tentación ha triunfado. La Tentación... es decir, la Vida y el Amor.

Hay cantos en este poema, que merecen mención especial, como "La Mujer", el himno al amor, en "Oración", "La Victoria", y más que todo, "Color de rosa" en que hay fluidez, naturalidad y sentimiento.

Eudófilo Alvarez.

Quito: Noviembre 24 de 1911.

ETOPEYA

“Todo lo que se relaciona con el adelanto de la juventud, me entusiasma en sumo grado, por eso, gustoso pertenezco a esa Sociedad. (1)

“Mas, sobre no tener conocimiento de sus Estatutos, no me es dado aún tratar personalmente a ninguno de sus socios, honor del que me he privado por mi corta y reciente permanencia en la patria de O'Higgins.

“Así es que no encuentro quien patrocine mi ingreso a esa Institución” (*Carta que, el 12 de Junio de 1899, me dirigía don Alejandro Andrade Coello, en Santiago*).

Hace poco más de dos lustros que recibí la carta de Alejandro Andrade Coello, de la que algunos párrafos principales transcribo más arriba.

Era tan sincera, tan fiel expresión de sus sentimientos y deseos, que no pude dudar un momento y le ofrecí mi amistad.

Fué entonces, cuando él entró a la *Academia Literaria “Eduardo de la Barra”*, institución con entusiasmo sostenida por unos cuantos amigos jóvenes, admiradores y cultivadores de las bellas letras.

(1) La Academia Literaria “Eduardo de la Barra”.

Su entrada en la Sociedad alcanzó las proporciones de un acontecimiento, de algo extraordinario, tanto porque era el primer joven extranjero que á ella ingresaba, cuanto por su notoria reputación literaria.

Recuerdo aún su primera asistencia.

Era una noche de frío intenso. Espesos nubarrones negros daban al cielo un tinte sombrío y brumoso. La ciudad de Santiago, de común tan bulliciosa y alegre, se hallaba sumida en honda meditación. Uno que otro transeunte atravesaba por la calle de Castro, (2) y sus pasos aislados, resonaban en el pavimento, con extraño sonido, que se iba apagando poco á poco, como misteriosamente.

La sala de sesiones de la Academia, empezaba á tomar animación á medida que los socios iban llegando. Se comentaba vivamente las últimas obras publicadas.

Ese día había aparecido el N° 4 de "*La Semana*", órgano de la institución, y los que no tomaban parte en el corro mayor, se dispersaban por la sala revisando ávidamente las columnas del periódico, hasta detener complacidos la vista en aquellas que ostentaban un trabajo propio.

En aquel número se leía un hermoso artículo, lleno de tiernas reminiscencias de la edad feliz, en que nada perturba nuestra eterna inocente alegría, intitulado "*Relatos de la Infancia*", redactado por la pluma de un nuevo socio, que debía incorporarse ese mismo día á la sociedad: Alejandro Andrade Coello.

La animación era general, y la amena charla, sólo interrumpíase de vez en cuando para celebrar la llegada de algún compañero de labores.

De improviso, cruzó el dintel de la entrada un joven moreno, ríguosamente envuelto en sobretodo de pieles, de aspecto tropical y gafas de oro. Entonces un nombre corrió, *sotto voce*, de boca en boca: es Andrade Coello, el nuevo socio.

(2) Calle en que se halla el local de la Academia.

Después de las presentaciones de estilo, se abrió la sesión, y Andrade Coello ocupó con circunspección su asiento.

Todas las miradas convergían á él. Le estudiábamos detenidamente. Tendría de 16 á 17 años de edad.

Una vez llegada la hora de la lectura de composiciones, el Presidente, como es costumbre con un nuevo académico, le cedió la palabra para que pronunciara su discurso de incorporación, y él, desabrochándose su grueso gabán, sacó de un bolsillo interior gordo rollo de papeles, que leyó con voz emocionada pero clara: era un interesante y detallado estudio sobre Juan Montalvo, el incomparable autor de los "*Capítulos que se olvidaron á Cervantes*", al cual pintaba con enérgicas y vibrantes pinceladas del más puro colorido.

Todos le escuchábamos con suma atención: queríamos penetrarnos de su valer, queríamos apreciar sus gustos é ideas literarias. El leía impresionado, leía á un auditorio estrecho, reducido, pero que recién acababa de conocer; á un auditorio que quién sabe si sería severo para juzgarlo. Empero, si mientras duraba la lectura, algún temor le asaltó, ese temor debe de haber desaparecido inmediatamente después de terminada, pues, los que le tenían cerca, le estrecharon efusivamente la mano, mientras los que estábamos distantes le aplaudimos á palma batiente, reconociendo los méritos de su concienzudo trabajo.

El se sintió agradecido y reconfortado: me imagino que debe de haber experimentado la grata sensación que siente todo aquél que se ve comprendido y apreciado en su justo límite.

Desde entonces, ya le conocíamos como prosista: se nos había revelado correcto y castizo en "*Juan Montalvo*" y en "*Relatos de la Infancia*".

No tardamos en conocer al poeta.

Uno de sus primeros trabajos, en verso, leído en la Academia, fue "*Mujer Sublime*", poema correctamente escrito en hermosos endecasílabos, lleno de arranques viriles, que retratan

la indignación que despertaban en su alma soñadora, las inicuas injusticias de los grandes para con el mártir deportado de la Isla del Diablo, y de palabras de la más justa admiración dedicadas á la heroica esposa, que conmovía noblemente á la Europa, proclamando, á los cuatro vientos, la inocencia de su querido Alfredo.....

En este poema, Andrade Coello se manifiesta profundamente inspirado. Su primera estrofa, por ejemplo, que dice:

¡Abro el libro del mundo! Con asombro
el desfile imponente pasar miro
de cien generaciones que caminan
hacia el antro profundo del olvido:
los pueblos, las edades vigorosas,
los cetros, las coronas, los caudillos,
al golpe de piqueta formidable
de los años, falange de enemigos
que destruyen las obras de los hombres,
se desploman con recio, enorme ruido.
Todo cede al impulso irresistible
del tridente ciclópeo de los siglos,

es de lo más bella y correcta, y durante todo el curso del poema estas dos cualidades, que dominan al principiar el canto, no decaen un momento.

He leído muchas otras sabrosas poesías de Andrade Coello, algunas del género erótico, y considero que todas ellas no llegan á la altura de "*Mujer Sublime*", "*Ramillete*", "*Notas de mi lira*", "*La Tentación*" y "*Hojas secas*". En esta última, escrita en octavas octosílabas, el autor se demuestra positivista, desengañado de las fanáticas enseñanzas de algunos ministros del catolicismo, que hacen de la religión del sublime Cristo una mercancía para su peculio particular.

Sus poesías todas, sin embargo, revelan inspiración y originalidad, son sencillas y sentimentales: prueba de ello es su delicado librito "*Versos en agraz*"

Sin detenerme á estudiar cada una de las composiciones que contiene este tomito, idiré solo que la belleza de los pensamientos va en escala ascendente de la primera á la última página.

En la revista santiaguina *La Lira Chilena*, de Fernández Montalva, llamó la atención el siguiente soneto á *La Vida*:

Si la vida es incauta mariposa
que de la luz en pos revolotea;
si es cotidiano circo de pelea,
cuya escena termina con la fosa;

Si liviana, veloz y caprichosa
al punto se evapora, cual la idea;
si el bien deseado es oro que escasea
y el mal horrible mina prodigiosa;

si el hombre en el mercado de la vida
vende su bienestar y su conciencia
por la vana fortuna y poderío;

Si la virtud es reo perseguida
que triste corre sin hallar clemencia,
¿vale la pena de vivir, Dios mío?

Agrádame, empero, más su prosa, con sus períodos elegantemente cortados, en la cual el autor, ya no rebelde á la tiranía del ritmo, ni de la rima, puede explayar más sus sentimientos artísticos y dar más vuelo á su espíritu netamente liberal y filosófico, partidario de la historia y de su honda psicología.

Mas, Andrade Coello, no ha sido favorecido por la naturaleza tan sólo como literato; es, además, un orador; un orador de fuste, que arranca entusiastas aplausos á la conclusión de cada uno de sus brillantes pasajes, rápidamente encendidos en

su fecunda imaginación, que brotan de sus labios en ordenado torrente y van á herir la fibra sensible del corazón del auditorio, que se siente arrastrado por su elocueucia, cálida y feliz.

Guarda mi memoria el recuerdo de una sesión tempestuosa de la Academia, en la que quién sabe si ésta hubiera sucumbido, á no ser porque, en medio de la tempestad, se alzó la palabra sincera del consocio ecuatoriano, quien, poniéndose de pie, en una ardorosa peroración, exhortó á los socios el cumplimiento de sus deberes, el olvido de rencillas destructoras, que matan en germen las más justas aspiraciones: habló por el bien general de la Academia; aconsejó no dejarse arrastrar por la pasión impremeditada, encendida por las hirientes palabras lanzadas, sin quererlo, en un instante de lamentable ofuscamiento.

Aquella vez, sobre todo, estuvo elocuentísimo, y su discurso, iniciado en lo más ensordecedor de la batahola, concluyó en un silencio imponente, clara manifestación del respeto y cariño con que habían sido escuchadas las palabras de concordia, nacidas de un corazón amigo y bien intencionado, que lograba hacer volver la razón y la calma entorpecidas.

Desde entonces, en nuestra Academia, ocupó un lugar prominente. Era considerado como uno de los socios más distinguidos, por su inteligencia clara é ingeniosa, por la bondad de su carácter, por la sinceridad de su corazón; activo, emprendedor, laborioso: siempre le veíamos al frente de todas nuestras tareas intelectuales y organizadoras, presto para ponerse á la cabeza de nuestros trabajos, hasta salir satisfecho del resultado.

Y la *Academia Literaria "Eduardo de la Barra"*, no fue ingrata: bien pronto supo premiar su inteligencia y entusiasmo: primero le eligió su Vicepresidente y después, por desgracia poco tiempo antes de que partiera á su patria, su Presidente. En estos puestos de confianza y responsabilidad, jamás mereció censura alguna, ni la menor, de nadie, todos nos sentíamos satisfechos de su caballerosidad, energía y justicia y

del rumbo que daba á la Institución, la que, cuando él regresó á su patria y años después, le dedicó un álbum de autógrafos.

Cuando la Academia tuvo noticia de su próxima partida, á mediados de Octubre de 1899, organizó una sesión solemne en su honor; pero él, extremadamente sensible á las manifestaciones del afecto, y sobre modo modesto, comprendió que aquella iba á ser una dolorosa despedida, y, para evitarla, en una risueña mañana de primavera, exuberante de rica vegetación, abandonó silenciosamente Santiago, ocultando el dolor que le invadía y llevando en el alma un recuerdo de imperecedero agradecimiento, para este Chile, que tiene los brazos abiertos, dispuesto á recibir, no sólo á cuanto sér humano quiera abrigarse á la sombra de tan benigno clima, sino, muy especialmente, á los cultivadores del talento y de la ciencia.

*
* *

Andrade Coello es una inteligencia sólida y bien constituida, perseverante en el trabajo: cuando se propone hacer algo, lo hace. Tendrá que salvar vallas, para otros insalvables, pero él no se amedrenta: las salvará, y le veremos, al fin, coronar sus esfuerzos con el éxito.

Es joven, tiene 28 años, y con fundamento se puede esperar que, dentro de poco, figurará con brillo en la Literatura Americana, pues, con sólido estudio, va madurando más y más su talento, del que algún día se enorgullecerá el Ecuador.

*
* *

Me manifestó el deseo de que le escribiera el Prólogo de su libro "*Primeras Páginas*". (1) Empero, como no conozco las ideas ni sentimientos que en él predominan, me he limitado á

(1) Libro que su autor lo conserva inédito.

insertar los anteriores recuerdos y comentarios sobre su persona y algunas de sus ya numerosas obras, sin pretensión literaria alguna, y sólo para corresponder á la distinción de un amigo ecuatoriano que me honra con su amistad, y dejar constancia del sincero afecto que le profesa un chileno que ha sabido apreciar su bondadoso corazón, siempre abierto á todas las buenas inspiraciones, y su talento, puesto al servicio de todas las más nobles causas.

Manuel Gaete Fagalde.

Santiago de Chile, á 18 de Septiembre de 1911.

La tentación

I

EN EL TEMPLO

VA á comenzar la fiesta con pompa peregrina.
 Excelso riela el día para la fe católica :
 La sacra ceremonia es lujo que fascina,
 Y la ortodoxa gente, que sol de amor anima,
 En actitud se encuentra sumisa y apostólica.

Todo es munificencia en torno del santuario,
 Do mírase el derroche de luces y de galas ;
 Las múltiples imágenes, de espléndido vestuario
 Y finas lantejuelas, se exhiben por escalas,
 Sobre peanas lindas, honor del estatuario.

Las flores y guirnaldas despiden suave aroma;
 Caricia de alhucema, es sopro embriagador ;
 Y junto á los turíferos columna de humo asoma,
 Que sube en espirales, ó lento giro toma,
 Llegando hasta el cimborio, do piérdese en redor.

Hojas de cera artísticas adornan á los cirios,
 Que innúmeros se ostentan en todos los altares,
 Y en los jarrones bellos, con rosas y con lirios,
 Reproducidos véñese milagros y martirios
 De santos que en el cielo se cuentan por millares.

En armoniosas trovas de bíblico argumento,
 Las voces magistrales resuenan desde el coro :
 Entonces impulsado de místico ardimiento,
 Al són de aquellas notas, se abisma el pensamiento,
 En tanto ellas repiten : “¡ Bendito Dios, te adoro !”

En el grandioso templo su grey así reunida
 Eleva sacras preces de todo corazón ;
 Distintas en la tierra y dobles en la vida,
 Hasta el Empíreo suben en úna confundida,
 Cual súplica uniforme, cual única oración.

Mientras cada hombre dice: “¡ Oh, Dios ! tu poder creo
 Porque él me da pujanza y aliento en la pelea ;
 Por tí en la masa inerte belleza y vida veo,
 En los tejidos frágiles tu fuerza oculta leo
 Y en el cerebro humano los signos de la idea” ;

Cada mujer exclama : “Dios santo, yo te adoro,
 Porque tu amor fomenta la devoción visible,
 Y porque de mi seno tú cuidas el tesoro,

Tú nutres á mis hijos, sofocas tú mi lloro,
 Dando á los ojos mustios un brillo bonancible”

Esta plegaria doble que asciende hacia el Eterno,
 Mezclándose en la altura, cual observó Renán,
 Se esparce por las naves de chapitel moderno,
 Como un clamor solemne, un trino sempiterno,
 Que infunde en nuestras almas piedad y santo afán.

¡ Cuántos anhelos infinitos llega
 el santo á concebir entre sus místicos
 arrebatos de amor ; cuántas congojas
 affigen al espíritu acosado
 por los duros arpones de la carne ;
 cuántos votos y cuántas esperanzas
 que alimenta la fe, todo se aduna
 del templo entre los muros sacrosantos !
 Los humildes elevan rogativas
 con la frente en el polvo ; los altivos
 se prosternan también con religiosa
 actitud. Vierten lágrimas contritos
 los pecadores que escuchar desean
 la palabra divina. Exudaciones
 de almas dolientes que la duda mata ;
 brotes del corazón arrepentido ;
 sollozos y oraciones, cantos, súplicas,
 van hasta el ara donde Cristo muere
 por redimir al mundo. En espirales,
 impregnando de aromas el espacio,
 sube el sahumerio ; así de los devotos
 asciende la plegaria hasta los cielos.
 Se confunde, se humilla, se anonada

la soberbia humanal, en el recinto
 donde todos doblégan la rodilla
 y depuran mundanos pensamientos.
 Cesa un momento de aletear el buitre
 fatídico del odio y la venganza ;
 duerme un momento el terrenal bullicio,
 con todas sus groseras inquietudes,
 con sus placeres y mentidos goces,
 y se dan muda cita los creyentes,
 unidos por el lazo de una idea,
 en un mismo santuario congregados
 á adorar al Señor de sus mayores.
 Aparentan respeto : ya en silencio,
 ya graves, ya con rostros de ternura,
 no riñen, ni discrepan : es familia
 que viene á perdonar : un mismo culto
 le liga, y en iguales tiernos brazos
 se entrega. Tal los hijos cariñosos
 de una madre común, hacia ella corren,
 y los bendice, murmurando al punto
 una misma oración : “¡ hijos del alma !
 ¡ hijos del corazón !, os quiero á todos.
 ¡ Benditos seáis, sin distinción alguna !
 ¡ Venid, que á todos os llevé en mi seno !”.

La Iglesia dice así, y á sus cofrades
 confunde en la igualdad de una caricia,
 En el templo agrupándoles con júbilo.

II

LA MISA

YA va á empezar la Misa, incruento sacrificio :
 Arreglan los acólitos el santo altar mayor ;
 Plateadas vinajeras y lo demás propicio
 En las credencias ponen, con luz para el oficio,
 En palmatoria digna de aquel ritual primor.

Siguiendo al monacillo, al medio del santuario,
 Con tres genuflexiones el sacerdote avanza,
 Sube á besar el ara, arregla el rico hostiario,
 En el misal señala las preces del breviario,
 Y baja á dar principio al salmo de ordenanza.

Los fieles se arrodillan desde el *Confiteor, Deo,*
 Cuando el levita joven inclina su cabeza,
 De santidad se abrasa con llamas de pureza,
 Medita en Jesucristo, que es inocente reo,
 Se da golpes de pecho y con ternura reza.

III

EXPLICACION DE LA MISA

REFIERE la leyenda, que, en los remotos años,
El Dios de las alturas mandaba le ofreciesen,
Cual santos sacrificios, la flor de los rebaños,
Los animales limpios de máculas y daños,
Para que así, vistosos, con gusto aceptos fuesen.

Según cristiano dogma, después de aquella usanza
La ley de Gracia vino, así la fe predica,
Y al homenaje cruento y á la feroz matanza,
Siguió otra ceremonia incruenta y de esperanza,
En que, en vez de un cordero, Jesús se sacrifica.

De aquí brotó la Misa, que su pasión recuerda,
En la que con la víctima confúndese el verdugo ;
Y el artificio ingente con la unidad concuerda:
Allí Cristo se humilla, porque jamás se pierda
La humanidad salvada, que enaltecerla plugo.

Y su bondad fue suma, pues quiso cada día
Él ser el ofrecido y ser ofrecedor,
Formando paradoja, que no la comprendía
Quien ignoraba, ciego, que Dios se refundía
En su ministro, el hombre, cual prueba de su amor.

En esto meditaba el joven celebrante,
Ceñido á los misterios de aquella religión ;
Y el órgano sagrado, sonando con unción,
El rito de la Misa seguía concertante,
Y el canto iba infundiendo profunda devoción.

Los fieles, cuidadosos del fondo de la Misa,
Con emoción repasan su gran significado,
Sus actos especiales, su divinal divisa,
Con todos los pasajes que la liturgia avisa,
Buscando con fe en ellos un símil apropiado.

Según los santos piensan, de Cristo en el Calvario
El fraile es la figura ; amito áspero velo
Que el rostro le cubría ; y el alba, es el vestuario
Que Herodes como burla le puso sanguinario,
Haciéndole vil mofa y escarnio sin consuelo.

El síngulo, es la imagen de azotes y ataduras
Con que le atormentaron las hordas de judíos ;
Se mira en el manípulo segundas ligaduras
Que á la columna le unen, do atroces amarguras
Sufrió con el flajelo de sátrapas impíos.

La estola representa-nueva crueldad humana-
La sogá que á su cuello rodearon los sayones,
Cuando de heridas lleno hacia la cumbre insana
Arrastra el leño duro, con fuerza sobrehumana,
Do le crucificaron los fieros corazones.

Por último, es emblema de aquel ropaje grana
Con el que revistiéndole en mito le cambiaron,

La fúlgida casulla de novedad pagana,
Siendo, además, el símbolo, por opinión cristiana,
De la inconsútil túnica que al fin le despojaron.

Y muchos concurrentes al acto expiatorio,
Tres partes principales sabían que éste encierra :
La de los *Catecúmenos*, que va hasta el *Ofertorio* ;
La de los *Sacrificios*, que, culto obligatorio,
Se extiende al *Pater Noster* ; y el otro el final cierra.

El rato de los *Kyries* misericordia anhelan,
Se regocijan luego, porque se anuncia el *Gloria*,
Y cuando el padre grita : *Oremus*, se consuelan,
Y al *Dominus vobiscum* solícitud revelan,
Se alistan en la *Epístola*, que es luz preparatoria.

En el *Gradual* prometen constante penitencia ;
El *Alleluja* indica que el alma halló perdón,
Quedando por tal gracia gozosa la conciencia ;
Explica el *Evangelio* con su íntegra apariencia,
De Cristo la doctrina y su alta confesión.

El *Credo* es corolario, prosiguen los devotos,
De la enseñanza noble que, opima en frutos santos,
Propaga el *Evangelio* con ejemplares votos
De abominar el vicio, fecundo en alborotos,
Que, de infernal origen, provoca sólo espantos.

IV

LA ELEVACION DE LA HOSTIA

SIGUEN las almas cultivando el fuego
de amor á Dios. Cual rosas perfumadas
que al soplo matinal abren sus cálices
y reciben el beso del rocío,
no de otra suerte sus congojas cuentan,
sus íntimos dolores al que expira
clavado en una cruz ; abren sus pechos
y le confiesan sus anhelos todos,
le piden que se duela de los yerros
de la humana porción de pecadores,
que, ciegos á la gracia, no comprenden
que Jesús es consuelo y enseñanza
que en la pasión de Cristo está la fuente
de inspiración, de luz y de ternezas,
el bálsamo bendito para todas
las heridas morales ; los ejemplos
de santidad y abnegación sublimes,
de valor sin igual y resignado
espíritu cristiano. Va en crescendo
el fervor religioso. El pueblo humilde,
con la prístina fe del carbonero,
reza y suplica. Sus plegarias tienen
mezcla de asombro, adoración y llanto.

Supremo trance. Baten alas nítidas,
 cual palomas de amor y de misterio,
 las oraciones que hasta Dios se encumbran.
 ¡ Cuánta unción ! Queda el ánimo suspenso
 al ver que en el altar todo es augusto
 y santo. Se conmueven y arrodillan
 los fieles. En la música sagrada,
 con notas de profundo misticismo,
 hay dolor y elocuencia. Nos seduce
 tanta piedad de los sencillos seres
 que, levantando la mirada al cielo,
 henchidos de dulzuras y esperanzas,
 sufren conformes los porfiados males
 de la existencia. Es la oración un hilo
 fuerte: invisible hasta el empíreo sube,
 á las manos de Dios, que lo recibe
 como la única prenda de la tierra,
 por la que se transmiten los afectos
 y de la mente los sublimes rayos,
 emanaciones de la luz divina.
 Tirad de él cada vez que la conciencia
 quiera dormir en descuidado sueño,
 y al punto alcanzaréis vigor y fuerza
 en medio de las penas de la vida.
 Nunca se arranca esa impalpable cuerda,
 mensajera del alma pensativa,
 teléfono del cielo con la tierra.

Es el supremo instante en que aparece en alto
 la Hostia consagrada por siervo del Señor ;
 mas, simultáneamente, le toman por asalto

al juvenil ministro terrible sobresalto
 y extraños pensamientos de un ángel tentador.

Quizá febricitante, recorre de su vida
 de espinas y de flores, de llanto y de placer,
 el desigual sendero, la etapa maldecida,
 en la que vió, cuitado, su suerte suspendida
 de místicos anhelos, mas no de una mujer.

Y todo su pasado acude á la memoria,
 sintiendo se revela su carne siempre débil
 Recuerda está perdiendo sus días de victoria,
 la edad de las conquistas con su amorosa historia,
 y de su pecho exhala suspiro oculto y flébil.

V

MEDITACION

COMO un ave que al suelo
 Sin bullicio bajara del cielo,
 Suavemente meciendo sus alas de albor ;
 Así viene Prudencia,
 Que se nutre con sólo paciencia,
 Desde el trono bendito, morada de Dios.

Es un ángel modesto
 Que por tímido ocúltase presto,

Un tiempo, tiempo hermoso, mas pronto desgraciado,
 Feliz se figuraba, porque un edén se abría
 De dulce ideal henchido, cerca á su hogar amado,
 Cuando una virgen bella, de rostro no soñado,
 Cruzóse en su camino cual luminosa guía.

Siguió como un autómeta la irresistible huella
 Que en su alma iba dejando tan linda criatura ;
 Se deslumbró su mente al brillo de esa estrella ;
 Y en su interior se dijo : "Me perderé sin ella :
 Mas si á la postre me ama, no quiero más ventura".

¡ Oh, recuerdos felices! de mi mente
 Huid, huid, porque acertáis mi vida,
 Trayéndome la imagen bendecida
 A quien un tiempo amé sinceramente.

Al refrescar dulce ilusión pasada,
 Se siente el pecho herido de honda pena.
 ¿ Por qué siendo ella mía, pensé ajena,
 La rica prenda de un edén sacada?

El cielo desde niño me hizo verla,
 Y juzgué no duraba la visión
 ¿ Y por qué la adoré de corazón
 Para, infeliz, después veloz perderla ?

Perderla por mi culpa : el hipnotismo
 De falsa educación, la cobardía
 Me han dicho que olvidándola seguía
 Mi santa vocación, el misticismo.

¡ Miserable mortal ! La dicha humana
 Es símil de la nube que en el cielo

Asoma tarde, cual hermoso velo,
 Y al punto se disipa en la mañana.

No la busquemos nunca en la existencia,
 Porque es flor tan valiosa y delicada,
 Que quien fresca la observa y perfumada,
 Al quererla tomar, pierde su esencia.

VII

AMOR

A ORILLAS del océano de lóbrega existencia,
 Do enfurecidas rugen las ondas de los males,
 Se yergue un gentil faro de pura refulgencia,
 Que rasga densa bruma, tal luz tiene y potencia,
 Y es lampo gigantesco que alumbrá á los mortales.

Es el amor perfecto este bendito faro,
 Que, de un confín á otro del mar de nuestra vida,
 Destella poderoso, sirviéndonos de amparo,
 Porque su intensa llama, ardiendo sin reparo,
 Aclara á los que bogan en nave combatida.

Es el factor primero que infunde en la natura
 Su general pujanza, su ingente actividad ;
 Es el que encarna egregio, con pasmo, la hermosura,

Representando fúlgido la gracia y galanura
Con lumbres celestiales, con himnos de verdad.

¡Oh, si el amor se pierde! ¡Cuán desgraciado el hombre!:
De senda cambia al punto privado de ese guía;
Cuando olvidar se suele tan importante nombre,
Los sinsabores cunden, nada hay que nos escombre
De males y de estorbos que impiden la alegría.

VIII

MONOLOGO

EL fraile, desechando ideas que no inspiran
La perfección del alma ni el verdadero amor,
En medio de la angustia de los que así deliran,
Clavó en la azul esfera sus ojos que suspiran,
Y en un monólogo íntimo, se dijo con dolor:

“La vida, en verdad, es humo
Que se disipa al instante,
Vapor insignificante
Que no sé do va á morir.
Todos juzgan que es problema
Cuya ecuación nos asombra
Y otros que es cual fútil sombra,
Que se oculta sin sentir.

La vida es ligera nube
Que se pierde en lontananza,
Como un sueño de esperanza
Que por la mente pasó;
Imperceptible destello
Que en la triste noche oscura
Mostró apenas su hermosura
Y de pronto se extinguió.

La vida es ola agitada
De un océano bravío,
Do perdiéndose el navío
Se ve muerte en derredor.
De la procela juguete,
En vano dicha desea,
El mortal, si le golpea
Ola amarga del turbión.

Así luchando intranquilo
En busca de algún consuelo,
Pasará por este suelo
El que abriga vil pasión;
Mientras el hombre virtuoso,
Naúfrago es que, con paciencia,
Al fin mira en su conciencia
La tabla de salvación.

Baratija que se pierde,
Oropel que nos engaña,
Falsedades y patraña
Es la vida para mí.
Delirio del que se muere,

Agonía prolongada,
Desdicha no imaginada,
¿ No se llama esto vivir ?

¿ Qué es la vida ?— Los tormentos
Que nos acosan sin tasa,
Y nos siguen desde casa
Hasta el sepulcro, en tropel.
¿ Qué es la vida ?— Maldiciones
Que al cielo el débil arroja
Y con lo mismo se moja
• Cuando descienden sobre él.

¿ Qué es la vida ?— Sufrimientos.
¿ Qué es la vida ?— Vieja historia,
Aprendida de memoria
Con sudores é inquietud.
¿ Qué es la vida ?— La violenta
Fuga de infeliz soldado,
Postrer cartucho quemado,
Antes de ir al ataúd.

¿ Qué es la vida ?— Es un zigzag
Del rayo de la tormenta,
Que veloz rasga, ensangrienta
El cielo de la ilusión.

¿ Qué es la vida ?— Ya no inquiero
Que pensando en qué es la vida,
La muerte nos da acogida,
Y cede la solución.

IX

ORACION

ALBOROTADO ruge el mar de mi existencia,
De tentación las olas me atacan con furor ;
Es frágil mi barquilla, y voy sin experiencia :
Me matará el naufragio que invade mi conciencia.
Si Dios no prende en mi alma el faro de su amor.

De estrellas tachonada la bóveda infinita,
Hechura portentosa del Sér de Caridad,
Imagen es soberbia, imagen es bendita
De Aquél que todo puede, que en el empíreo habita,
Y tiene por peana la humilde humanidad.

¿ Amor, lumbre sagrada ! Amor, fuego divino !
Abrasa y purifica mi pobre corazón ;
Enciéndete en mi pecho, alumbra mi camino ;
Cónduceme á la cumbre ideal: soy peregrino
De la materia lejos, que ansía otra mansión.

Exhibe por doquiera Natura en su armonía
Amor inmenso y puro, amor espiritual :
A veces el humano su nombre confundía,
Y á la pasión, al vicio coronas ofrecía,
Como á deidad menguada de origen terrenal.

Amor, secreto móvil que espíritus levanta,
 Con brotes de nobleza y de encumbrado honor ;
 Cual dón inmaculado, cerebros agiganta,
 Ideas infundiendo de la virtud más santa,
 Como ángel del ejemplo, de altruismo y de candor.

¡ Cuán bellos en el mundo del sol los resplandores,
 Del cielo la grandeza, del mar la inmensidad !
 En la callada noche de encanto y gravedad,
 ¡ Cuán gratos de la luna los tímidos fulgores,
 Cuando en redor impera la augusta soledad !

Todo es amor ferviente cuando medita el alma,
 Y envía sus plegarias en alas de la fe ;
 Y obtiene, en recompensa, la bienhechora calma,
 Que es bálsamo precioso é inmarcesible palma
 Del que padece, gime y dichas nunca ve.

Porque el amor reanima, si duda el pensamiento ;
 Porque el amor alegra, si llora el corazón ;
 Remedia los pesares, mitiga hasta el tormento.
 Borrando los dolores, curando el sufrimiento ;
 Porque el amor es gloria, salud, inspiración.

Por él dirige al cielo sus cantos el poeta,
 Con resonante lira, cuyo eco es inmortal ;
 Por él la mente sabia sus obras interpreta,
 Con signos de justicia, porque es su única meta
 Buscar el bien supremo y la verdad final.

Primordial causa de las causas todas,
 Secreto origen de cuanto hay visible,

General argumento indefinible,
 Fuente perenne de inmortal valor.
 Amor, amor que lo germinas todo,
 Luz, en el cielo y en la tierra vida,
 De la natura fuerza bendecida
 Y en el mundo misterio bienhechor

¡ Ignoto Sér ! Del organismo humano
 Salud y sangre, del cerebro lumbre,
 De los ensueños astró, que en la cumbre
 Derramas un raudal de resplandor.
 De la conciencia veneranda norma,
 Del pensamiento inspiración divina ;
 En las almas, la tea que ilumina,
 En las mentes, el genio creador.

Eres siempre, á la faz del universo,
 Santa hoguera que abrasa, que fulgura
 Y cual pira gigante nos depura
 Con la llama de excelsa caridad.
 Lámpara de oro suspendida miro
 Del azul infinito de los cielos :
 La lámpara del Dios de los consuelos
 Que alimenta el amor de humanidad.

Sublime, eterno Dios, eres el rayo
 Que transforma la arena en cristal bello,
 No el rayo de venganza, cuyo sello
 Es el polvo, la muerte y el terror.
 Inmutable y perfecto, como emblema
 De virtud y de augusto sacrificio,

Símbolo de bondad, noble y propicio,
Dispuesto á perdonar : eres amor.

Cuando padecen los mortales, eres
Bálsamo que produce bienandanza,
Y en el dolor supremo, la Esperanza
Que sostiene la fe en el corazón.
Fenómeno que explicas el arcano
En el rudo trabajo de la ciencia,
Ley que avisas á nuestra inteligencia
Lo que no pudo revelar razón.

Gran Dios, afecto puro envíeme tu gracia,
Amor que del espíritu seapreciado bien ;
Las tentaciones borra, que son de mi desgracia
Origen espantoso ; valor, virtud y audacia
Para vencer los males infúndeme también”.

Esta oración el fraile, con votos muy cristianos,
Mandó, con su alma toda, al trono del Señor,
En tanto iba ascendiendo la Hostia entre sus manos,
Y de rodillas todos los fieles, cual hermanos,
El cuello doblegando, rezaban con fervor.

X

LA MUJER

V ALIÉNDOSE de encantos la Tentación seguía,
Con los deleites suaves de la beldad terrena,
Loando sus hechizos con tal zalamería,
Con símiles nacidos de ardiente fantasía
Para, venciendo al santo, dictarle su condena.

¿ Decidme qué secretos encierran las mujeres,
Por qué tanto cautivan, por qué seducen tanto ?
Se preguntaba el fraile, soñando con placeres.
¿ Qué dones, que atractivos exhiben estos seres,
Que al infeliz transforman en venturoso y santo ?

Infunden mil anhelos tan sólo con su nombre,
Inspiran y fecundan la idea de la mente ;
Son ellas en el mundo cual diosas para el hombre,
Pues matan su soberbia y quitan, no os asombre,
Defectos y flaquezas de una mirada ardiente.

La madre es, suave lirio, la más sublime planta
Entre las flores de Eva que brotan en el suelo ;
Mujer encantadora, mujer egregia y santa,
Que al hijo apoyo presta, su espíritu agiganta,
Y forma de este mundo el similar del cielo.

Tal es la oculta magia, tal el poder que tienen.
Que ablandan del guerrero su indómita bravura ;
Si malas, nos condenan ; si buenas, nos sostienen ;
Son dualidad perpetua que á la virtud se avienen.
O al vicio, si descuidan su amor y su ternura.

Unas nos causan glorias, nos dan triunfos y palmas,
Son rosas encendidas, de suave y pura esencia ;
Mas de otras sus espinas, razgando nuestras almas,
Las hieren y acibaran. . . Mas, Tentación, no calmas !
Quejósse el fraile súbito, hablando á su conciencia.

Conceptos luminosos el sacerdote apura,
La Tentación domando, de la oración al ruego ;
Mas si el pecado luego esa alma no tritura
Si otorga alguna tregua al santo en su amargura,
Es por echar más brasas al voluptuoso fuego.

Después, con nuevo brío apareciendo, ufana
Multiplicó su ataque valiendose de tretas.
Como su antigua novia, tomando forma humana,
Con atractivo, astuta, se presentó lozana,
Sus curvas ostentando graciosas y coquetas.

La cabellera blonda, los ojos quemadores,
El rostro complaciente, de un aire seductor ;
Pequeños, modelados los labios tentadores,
Mil ósculos pidiendo, solícita de amores,
La virgen aparece en la Hostia del Señor.

El esplendor del arte se ve tan franco y bello,
Sin nada que encubriera la hermosa desnudez,

Que el fraile mira absorto el cínico destello,
De aquella carne blanca de voluptuoso sello,
Y del turgente seno de insigne morbidez.

Mujer provocadora, artística y desnuda,
A quien con himno erótico lascivia le saluda,
Es un poema ardiente de vida y de pecado :
Despierta los sentidos y hasta el pudor transmuda,
Con la elocuencia rítmica de su incitante agrado.

Esculturales líneas en la alba Hostia pasea
Aquel cuerpo de diosa con signos de mujer :
Es obra inverosímil, es Venus Citerea,
Es vaporosa sílfide, que osada se recrea
En instigar al fraile al mundanal placer.

Pero él los ojos cierra, y, haciendo graves votos,
Invoca á Dios solícito, lleno de inmensa angustia,
Mientras su rostro pálido provoca en los devotos
Sacra atención y aumentan prejuicios ya remotos,
Al ver sudor copioso en esa frente mustia.

XI

LA SOLEDAD

Ora el fraile.... Alza la vista....

Allá, en ara dominante,
Está Cristo agonizante,
Suspendido de la cruz.
Melancólico es su aspecto:
Inspira á las almas tiernas
Exclamaciones eternas
De dolor, por su actitud.

Rostro pálido y marchito,
Lleno de sangre y lesiones,
Desgarra los corazones,
Porque es de un mártir la faz.
Profunda y triste mirada,
Cual del que sufre inocente,
Pero mirada sapiente
Que perdona con piedad.

Descoloridos, plegados,
Sus puros labios benditos,
Con pesares infinitos
De angustia y desilusión.
Sus mejillas sin frescura,

Hundidas, como del hombre
Que va á morir, no os asombre,
De indigencia y sinsabor.

El tabernáculo vela,
Cual vigía culminante,
Y al pie, lámpara expirante
A su rostro fulgor da.
¡Cuánto derroche de cirios
Al contorno de las naves!
¡Qué tremer de voces graves
En el coro principal!....

Compañera preferida,
Esa lámpara oscilante
Es la que alumbró constante
Aquel cuadro de dolor.
Única luz que destella
En medio de tanta duda,
Cuando el espíritu muda
Su ropaje de candor.

Si las almas generosas
Se duelen de esas heridas
Y con frases compungidas
Compadecen á Jesús;
Otras, duras ó inconscientes,
Le ven con indiferencia,
Sin que brille la clemencia,
De caridad al trasluz.

Y el Mártir está llagado:
Su cuerpo sangre gotea

Y en su derredor ondea
 La tristeza y la tibieza.
 Ya no radiosa, apagada
 Su augusta faz, se presenta,
 Y sus sienas atormenta
 De espinas corona cruel.

Demostrando su indulgencia
 El Cristo extiende los brazos
 Y quiere con dulces lazos,
 Atraer al pecador.
 Su sorprendente largueza
 Llega hasta el fiero enemigo,
 Al que convierte en amigo,
 Sin dar pábulo al rencor.

¿Quién abofeteó tu rostro ?
 ¿Quién condenó tu inocencia ?
 ¿Quién te vejó sin clemencia,
 Si eres el supremo bien ?
 Los triunfos de la injusticia
 Y de maldad inhumana,
 De tu prédica cristiana
 Hicieron un mito ; oh, Rey !

Soplan vientos despiadados
 De rebelión y de muerte,
 Triunfa la ley del más fuerte
 Y se yergue la impiedad.
 En vez del desprendimiento
 Sólo el interés prospera,

La virtud es vil quimera,
 Vana voz la caridad.

Como flores deshojadas,
 Tus palabras saludables
 Se arrastran inconsolables
 Por el olvido y desdén.
 Y mientras tiendes tus brazos
 Desde el infame madero,
 ; Camina al atoladero
 La humanidad sin tu fe ?....

Tus prescripciones emigran
 Al desierto del descuido
 A do las han conducido
 El simún de la maldad
 Y la completa sequía
 Del buen ejemplo, de quienes
 Por tus discípulos tienes,
 Y no lo son en verdad.

¿ Oh, gran Mártir de los siglos !
 Mientras eres más sublime,
 El hombre no se redime
 Sino que se vicia más.
 Con tus doctrinas excelsas
 Vas quedando en utopía,
 Y quien imitarte ansía
 Muere víctima del mal.

Tus parábolas se esfuman
 Como débil nubecilla,

Y naufraga la barquilla
 Del apóstol pescador.
 ; Cruel destino de las cosas
 Que cambian, que se suceden
 Y que con presteza ceden
 Al empuje innovador !

Todo es frágil, todo muere,
 Todo corre, todo vuela,
 Todo naufraga y se hiela
 Del tiempo en el mar glacial.
 Cual los mitos del Olimpo
 En la leyenda pagana,
 De la fábula cristiana
 Los dioses también se van.

Tras de dogmas y teorías,
 Tras de rituales y credos,
 Vienen flamantes enredos
 De otra nueva religión.
 ; Oh, Cristo ! con tu enseñanza.
 No es amarga profecía,
 Pasarás, cual flor de un día,
 De los siglos al turbión.

Si eres Dios y si te duele
 Ver tu sacrificio inútil,
 Haz de tu manto inconsútil,
 De campaña un pabellón ;
 Reune allí nuevos prosélitos
 Que propaguen tu doctrina :

Y así vuelva á ser divina,
 Depurada con tu amor.

Tal pasó como un relámpago
 Por la mente del levita ;
 Mas rechazó la maldita
 Duda y el ciclón carnal.
 Y en el augusto misterio
 De la hipostática unión,
 Agotó su contrición,
 Bendijo la soledad.

Lejos del mundo, soledad de mi alma,
 Refugio del que llora,
 Sé del pecho afligido dulce calma
 Y mano protectora.

En las olas revueltas de este mundo
 Naufraga el corazón :
 Van riquezas y afectos al profundo,
 Con la última ilusión.

Lucha el hombre : juguete de los males,
 Jamás triunfos alcanza ;
 Y ve al fin que las glorias terrenales
 No encierran bienandanza.

La falsa sociedad con sus engaños
 Me brinda, en copa de oro,
 Veneno que corroe, siembra daños,
 Y mata mi decoro.

Mas, según testimonio de experiencia,
 La grata soledad
 Es remedio, quietud de la conciencia
 Y amiga de verdad.

Para todos, cual madre bienhechora,
 Ablanda el duro síno,
 Del consuelo brindando al que le implora
 Su bálsamo divino.

XII

PLEGARIA

DE la fe recogiendo los despojos,
 A la madre de Dios plegaria ardiente
 Dirige el fraile así, puesta de hinojos
 Su atribulada y triste alma creyente :

“Tú que en los cielos de esplendor y gloria
 Refulges como un astro dominante,
 Tú que te alzas, cual signo de victoria,
 Para el pobre mortal agonizante,

Borra de mi alma la terrible duda
 Y tus mercedes sobre mí derrama.
 ¡ Que tu bondad en mi favor acuda,
 Prendiendo de la fe la extinta llama !

Soy navío que, envuelto en la procela,
 Por el piélago va, como un juguete,
 Rota la quilla y en jirón la vela,
 Destrozados el mástil y trinquete.

¡ Acude á mi llamada !. No naufrague
 En mar concupiscente el pensamiento ;
 Mi versátil creencia no propague
 Su dañosa cizaña en un momento.

Proporcióname un rayo de bonanza,
 Del corazón la tempestad calmando :
 En tí aprenda á tener firme confianza,
 Mis amargos pesares endulzando.

Arda en mi pecho de tu amor la hoguera,
 Y así reviva mi olvidado culto,
 Para llevar alguna flor siquiera
 A tu santuario, do reciba indulto.

Sé que eres Reina generosa y noble
 Y que perdonas el mortal desvío ;
 Haz que contrito mi rodilla doble,
 Mas no en hora de triste desvarío.

Devuélveme el perfume de otros días,
 Evaporado por el soplo fuerte
 De dolores, engaños y falsías,
 Con los duros embates de la suerte.

De mi niñez recobre la inocencia
 Para tornar á balbucir tu nombre,

Con aquella envidiable complacencia
De quien no es todavía cuitado hombre.

Haz que venga otra vez, ¡oh, Madre santa!,
A pronunciar, con muestras de alegría,
Tu dulce voz que llene mi garganta,
Virgen del cielo, angelical María.

Ya que mi fe, como una planta mustia,
Se inclina hacia el ocaso, al rudo peso
De la razón, que es la suprema angustia
Para el alma creyente con exceso;

Te toca, Madre, disminuir mis cuitas
Y protegerme: Tentación me asedia;
Mis dolencias son grandes, infinitas:
Infúndeme valor, mi mal remedia.

Es mi fe cual torcida agonizante:
Robustécela tú, Madre, te ruego,
No dejes que reniegue un solo instante
De quien dándome luz me tiene ciego.

No permita tu mano protectora,
Símbolo de bondad y de grandeza,
Que dude y me rebele en la santa hora
Que ante tu Hijo doblego mi cabeza.

Si la pasión despierta enfurecida,
Y la carne maldita se subleva,
¡Dejarás que encarnezca, regicida,
La eucarística Forma que se eleva?

Madre de amor te llaman los fervidos creyentes,
Ante tu altar postrados, orando con afán.
Eres perenne antorcha de obscurecidas mentes,
Refugio del que llora, auxilio de indigentes
Y amparo portentoso del que mendiga un pan.

Al véspero y la aurora, te ensalzan á porfía
Tus siervos, los católicos, con numen, con amor.
Revelas esperanza, infundes simpatía,
Eres emblema santo de gloria y alegría,
Asombro de ternura, prodigio de candor.

María, dulce nombre, dechado de belleza,
Abunda en melodía, cual voz angelical;
Resuena en cien cantares, porque es, en su llaneza,
Inmenso y armonioso, cual signo de grandeza,
Amado con esmero de todo racional.

Cuando, en la tierna infancia, mi madre cariñosa
Este sonoro canto me indujo á balbucir,
Mis labios le aprendieron en esa edad dichosa,
Sonando, desde entónces, cual música armoniosa;
Hoy, sacerdote, enseño su nombre á bendecir".

XIII

RECUERDOS

EL católico ministro, con la Hostia suspendida
 Ante el orbe de creyentes, morir quiere de dolor.
 Tentación, Tentación, ¿vuelves?, se pregunta con pavor:
 Y ésta sigue sus ataques con astucia desmedida,
 En momentos tan sublimes para el pueblo del Señor.

Con rápidas imágenes la Tentación evoca
 Las mil gratas escenas del tiempo juvenil;
 Lo más impresionable para el ministro toca;
 Le dá á su fantasía todo lo que provoca,
 Cuando acudir solía al baile femenil.

El cuadro esplende mágico, sin que se olvide nada;
 Y el celebrante piensa volverse loco al fin.
 Memora los coloquios que tuvo con su amada....
 La Tentación despierta su dicha aun no nublada
 Por religioso engaño ni matador espín.

Cual céleres relámpagos por su memoria corren
 Tantos recuerdos idos, tanto placer que fué....
 Los enterró temprano, llevado de su fe.
 ¡Si su alma fue esa tumba, difícil es se borren
 Primeras impresiones que el fraile muertas cree!....

Es el amor, á veces, cadáver putrefacto,
 Mas quédanle gusanos que dan animación
 A los despojos yertos, y surgen del panteón
 Cenizas revividas y hasta el recuerdo intacto
 De cosas que sepulta el pobre corazón.

Yo vivía tranquilo. De mi infancia
 los recuerdos felices
 me daban su suavísima fragancia,
 sus fúlgidos matices.
 Mi juventud se deslizaba hermosa,
 con la quietud de mi alma
 soñadora, inocente, venturosa,
 en plenitud de calma.
 El corazón se abría con ideales
 benditos y sencillos,
 cual las linfas de limpios manantiales,
 en los que cefirillos
 traviesos jugueteaban, murmurando
 canciones misteriosas,
 levemente las ondas agitando,
 con alas vaporosas.
 Como en terso cristal la refulgencia
 de lo alto se retrata,
 así se refractaba en mi conciencia
 la copia fiel y grata
 de la virtud, del sentimiento santo
 y la afeción primera,
 que infunden al espíritu el encanto
 de beatitud sincera.
 Todo miraba halagador, risueño
 en torno de mí mismo,

pues no me daba su letal beleño
estéril misticismo.

El cielo de mi dicha, no nublado
con dudas todavía,
se mostraba sereno y azulado
y lleno de alegría.

Mi pensamiento de color de rosa
el sello conservaba
de mi época infantil, que generosa
é ingenua descollaba.

Era mi amor una ilusión bendita,
sueño casto y seguro,
tendencia inexplicable é infinita,
deseo noble y puro,
que tanto acarició la mente mía ;
pero, hasta aquel instante,
era sólo una idea, una utopía,
no realidad triunfante.

¡Realidad! ¡Imposible! Era pecado
amar cosas terrenas.

Dejé el mundo. Me fuí al Crucificado
y le conté mis penas.

Él su seno me abrió, dándome aliento,
para seguir sus pasos.

Con sed de apóstolado, entré al convento
y me entregué en sus brazos.

Tomé pronto las órdenes menores,
después llevé manípulo,
y ante Cristo hice votos matadores
de ser su leal discípulo.

¡ Oh, dulces días de envidiable encanto !
¡ Oh, benditos ensueños color rosa !

¡ Oh, juventud preciada !

¡ Por qué plegasteis pronto vuestro manto
Y pasasteis en marcha presurosa,

Tornando así á la nada ?

Tiene el recuerdo imágenes queridas
Grabadas de la mente en lo más hondo ;

Tiene indelebles cosas,

Que aunque asomen cual sombras fugitivas,
Del corazón se quedan en el fondo,

Nostálgicas, llorosas.

Tiene el recuerdo flores tan preciadas.

Que, aunque ruedan marchitas por los años,

No pierden sus aromas :

Conservan en sus hojas estrujadas

Tiernas historias, nobles, sin engaños,

Idilios de palomas.

El alma que se acerca algunas veces

Temblorosa á mirarlas, y recorre

Sus páginas de encanto,

Siente honda pena, extrañas languideces,

Temiendo con sus lágrimas se borre

Ese poema santo.

Cual de la noche en el regazo quieto

Del poeta, la rauda fantasía

Hasta los cielos vuela,

Ansiando sorprender algún secreto,

Alguna misteriosa melodía,

En un astro que riela,

Y se abisma en la bóveda infinita,

Contemplando el fulgente parpadeo
 De ese millar de estrellas,
 Reconcentra su espíritu y medita
 Y ve corto su numen giganteo
 Ante lo inmenso de ellas ;
 Tal la memoria, al desplegar sus alas
 Y remontarse á los pasados días
 De amor y de inocencia,
 Enmudece ante el brillo de esas galas,
 Marchita sus frescores y energías,
 Minora su potencia,
 Hallando en esas épocas de ensueño
 Un cúmulo tal vez de maravillas,
 Que ciegan, que deslumbran :
 Anhelando abrazarlas con empeño,
 Ve que son como inquietas nubecillas
 Que rápidas se encumbran.

XIV

COLOR DE ROSA

¡ IDEALIDAD vaporosa
 para cantada en laúd,
 ó en la lira sonora ;
 sueños de color de rosa,
 sueños de la juventud !

Como deslumbrantes hadas,
 las ilusiones deshojan
 para ella las perfumadas
 flores, que, á su paso, arrojan,
 cual diademas nacaradas,

Toda la luz de la vida,
 todo el ensueño de amor,
 lo que labra de mejor
 el alma fresca y florida,
 la pasión ennoblecida,
 la bienhechora salud,
 son alfombra fulgurante
 de la altiva juventud,
 que canta un himno : adelante,
 y un poema : la virtud.

La juventud no claudica :
 sus nobles aspiraciones
 levantan los corazones.
 Cuando la vejez abdica,
 la juventud edifica :
 sabe combatir con brío,
 sabe amar con frenesí ;
 su sangre, es sangre de estío,
 su alma no conoce el frío,
 su voluntad dice sí.

En la triste senectud,—
 remembranza dolorosa
 de egoísmos, de inquietud,—
 muere la acción generosa,
 cual declina la salud.

El cálculo, la cobarde
vacilación matadora,
propios son de aquella hora :
la ancianidad es la tarde
y la juventud la aurora.

¡ Oh, cómo el alba volviera !
Quince abriles Un pensil
Una virgen hechicera
Versos Historia ligera
de un amor cuasi infantil.
Días de color de rosa
Suspiros, besos y flores
Primavera venturosa
Risa para los dolores
Luz de esperanza radiosa.

¡ Recuerdos, pasad, pasad !
¿ Qué queréis en mi memoria,
si, acatando la verdad,
se creerá que aquella historia
es ficción, no realidad ?
¡ Recuerdos ! El dulce idilio
de mi juventud primera
asoma como quimera,
en el doloroso exilio
de los años y de otra éra.

¡ Oh, mi virgen de la infancia !,
delicada flor de cera,
que en mis pensiles impera,
con su prístina fragancia ;

nota cuya resonancia
ha quedado todavía
viviendo en el alma mía,
como música de amor,
como grata melodía,
en medio de mi dolor.

¿ Dónde la encontré ? Esperad
En un poblacho sencillo,
distante de la ciudad,
la conocí. Yo, chiquillo ;
ella, niña por su edad
y su ignorancia de amor,
por su atrayente candor
y sus puras ilusiones,
inocentes intenciones
de un ángel encantador.

Inconsciente la seguí.
Cruzó del pueblo una esquina,
y la visión peregrina,
como nube blanquecina,
esfumóse para mí.
Al apagarse la estrella
que pasó por mi camino,
me hirió el pesar ; del destino
me quejé. Si era tan bella,
¿ cómo no sentir por ella ?

Mas, transcurridos de un mes
los interminables días
de inútiles correrías,

como la viera otra vez,
 tornaron mis alegrías.
 ¡ Oh, qué rostro ! ¡ Oh, qué carmín !
 Recogiendo estaba flores
 en su limpio faldellín,
 de matices tentadores,
 al extremo del jardín.

Con marcada timidez,
 cual fuera medroso niño,
 cubierto de palidez,
 la saludé con cariño
 aquella segunda vez.
 Algo expresaron mis ojos,
 algo le hablaron al fin
 La niña de labios rojos,
 con inocentes sonrojos,
 se puso como el carmín.

Quizá solté un desatino,
 tal vez un verbo divino
 Ella fingió no escucharme,
 y siguiendo su camino
 no se volvió ni á mirarme.
 Me picó su proceder.
 Sentí ganas de correr
 para arrojarle á sus plantas,
 diciéndole cosas tantas,
 que me tenga que querer.

Me dí trazas y salí
 de mi pueril cobardía

y otro día y otro día
 la saludé, la seguí,
 consiguiendo que se ría.
 No fue sonrisa burlona
 esa risa angelical ;
 fue la bondad natural
 de la niña que pregonaba
 la ausencia de todo mal.

Sueños de color de rosa,
 juventud apasionada,
 pasasteis, bella alborada,
 cual matiz de mariposa
 que un soplo le vuelve nada.
 Mágico polvillo de oro
 que opacas tu refulgencia,
 cuando toca tu tesoro
 de la edad el triste lloro
 ó el dedo de la experiencia.

Cual bandada de palomas,
 huyeron las vacaciones.
 Por reanudar mis lecciones,
 dejé del jardín las pomas,
 el juego, el campo y las lomas.
 ¿ Qué importan bellos alcores,
 qué montañas y campiña,
 qué el recreo, qué las flores,
 si también de mis amores
 por fuerza dejé á la niña ?

Pobre humanidad doliente,
 que, enfermiza y deficiente,
 no oculta ni su miseria.
 El placer sólo es laceria
 y el amor es impotente.
 Soñamos poseerlo ya
 y sin remedio se va.
 ¡ Locura es ansiar la dicha
 en un mundo que desdicha
 y sufrimiento nos da !

¿ Cuándo, en dónde he de encontrar
 lo que busco y quiero aquí ?
 ¿ Para qué intento gozar,
 si la dicha es baladí
 y lo serio es el pesar ?
 ¿ Guarda atractivos la tierra ?
 Para el que ama sólo es guerra
 entre lo frío y febril,
 entre lo ideal y lo vil
 que la humanidad encierra.

Ya lo positivo agrada,
 sutil señuelo seduce,
 ya el delirio nos reduce
 á locura inusitada,
 y lo real casi á la nada.
 La vista de una mujer
 que no cumple su deber
 ¿ nos complace ó nos da pena ?
 Si de gracias está llena,
 ¿ vence Dios ó Lucifer . . . ?

La morvidez seductora,
 la belleza encantadora,
 el ósculo, la sonrisa,
 ¿ son nada más que ceniza
 ó lumbre que nos devora ?
 Siempre el hombre, hoy como ayer,
 derribando sin querer
 su fortaleza orgullosa,
 se quema, cual mariposa,
 en brazos de la mujer.

¿ Quieres hallar regocijo
 en el fango de esta vida ?
 Tal mi reflexión se dijo,
 creyendo estaba perdida
 sin remedio la querida
 ilusión de mis amores.
 Y siguió filosofando
 entre amargos torcedores,
 como á hostiles gladiadores,
 sus ideas acosando.

Como un siglo fué aquel año,
 que hora tras hora conté
 para mi tormento y daño.
 Invadióme miedo extraño
 y el dolor conmigo fue.
 ¿ Acáso de mi se acuerda
 la niña del faldellín ?,
 me preguntaba. ¿ La cuerda
 de su afecto vibra al fin ?
 ¿ La encontraré en el jardín ?

¡ Mil dudas, mil reflexiones !
 Volvieron las vacaciones.
 Al poblacho regresé
 ¡ Oh cuán bellas ilusiones
 desde entonces me forjé !
 Estaba menos esquiva
 la joven y hermosa aldeana,
 tersa como la manzana,
 vivaracha, fresca, altiva,
 más crecida y más lozana.

Del cariño azulina ola
 crece y crece; se acrisola
 con su afecto mi pasión;
 la persigo con tesón
 cada vez que marcha sola.
 Mi lidia es tenaz y ruda.
 La miro, y no se trasmuda
 como antes. ¡ Una centella
 sus grandes ojos ! Mas ella
 siempre permanece muda.

Ya siquiera ni indecisa
 asoma á sus labios rojos,
 como antes, una sonrisa.
 ¡ Está terca, la dí enojos ?
 No, porque me hablan sus ojos
 Ellos con fulgor y vida
 me cuentan sueños de rosa,
 me dicen no está dormida
 su alma pura y generosa,
 que á quererla me convida.

Los honrados campesinos,
 sus padres, almas sinceras
 y rudas, pronto son finos
 amigotes. De sus éras
 vienen con francas maneras
 á visitar á los míos.
 Su plática es siempre igual :
 se quejan del temporal,
 de las heladas y fríos,
 de las siembras que andan mal.

Ha aparecido un cometa,
 dicen, heraldo de *hambruna*,
 y pérdidas de fortuna.
 La catástrofe completa
 será como el año (aquí una
 fecha precisa, redonda)
 en que guerras y alborotos
 y tremendos terremotos
 desdicha dejaron honda,
 bienestar y ensueños rotos.

Fue tan larga la sequía
 y el cielo tan inclemente
 que agonizaba la gente
 y el ganado se moría.
 Ni siembras ni pasto había
 en los campos desolados :
 sufrieron los hacendados
 escasez que no hay idea,
 y los pobres de la aldea
 emigraron aterrados.

Cuadros de desolación
de la estéril, dura tierra,
episodios de la guerra
que oprimen el corazón,
ecos de revolución,
crueldades y desatinos,
incendios de las ciudades,
destrucción de los caminos
y otras negras novedades
refieren los campesinos.

Son sabios á su manera
en cosas de agricultura ;
observan á la natura,
su astronomía es casera,
su veterinaria fiera
y práctica por demás.
Cada remedio es mixtura
horrible, pero eficaz,
¡ bálsamo de Fierabrás
que todos los males cura !

A veces, en compañía
de la que tanto quería,
estos campesinos viejos
desde su extensa alquería,
que estaba del pueblo lejos,
venían hasta la hacienda
de mis padres, con ofrenda
cariñosa, á suplicarles
que se dignaran honrarles,
visitando su vivienda.

Allí dispé el capuz
de mi cobarde ignorancia ;
allí, en la rústica estancia,
supe su nombre : era Luz ;
allí me contó su infancia,
yo mi vida le conté
y mi amistad estreché
con los lazos del cariño ;
dejando allí de ser niño,
siempre amarla le juré.

¡ Oh, tiempos inolvidables,
en que íbamos de paseo !
¡ Oh, promesas y recreo,
oh, diálogos envidiables
é inocente rumoreo,
en la apartada alquería
con la niña de candor !
¡ Con cuánta fe y alegría,
palacios la fantasía
levantó para mi amor !

Sueños de la juventud,
sueños de color de rosa,
sinfonía vaporosa,
música de beatitud
para cuerdas de laúd,
ó las de mágica lira.
Sueños de dorado fruto,
del alma noble tributo,
dulce quimera que inspira,
¿ por qué duráis un minuto ?

La virgen de mis altares,
 ilusión del alma mía,
 fué como la flor de un día,
 fué como el ramo de azahares
 que las mañanas cogía
 para el templo de la aldea^{ca}
 y estaba mustio á la tarde.
 Duró — como de la tea
 la llama que parpadea —
 de su amor el fuego que arde

Misteriosas, supremas claridades
 en la aùrora y ocaso de la vida
 vemos se extienden con matices suaves,
 como al nacer y al espirar el día.

De la existencia en la fugaz mañana
 descúbrense destellos de la dicha,
 como los tintes vagos del crepúsculo,
 que, indecisos y breves, se disipan.

Y en la tarde, á la orilla de la tumba,
 cuando el véspero trémulo declina
 se apagan las postreras claridades,
 claudican las postreras energías.

¡ Cuánto reímos al primer crepúsculo
 para llorar después toda la vida !
 Teniendo un paraíso entre mis manos,
 preferí desigual y fiera lidia.

XV

EVOCACION

Por los hermosos campos de la niñez querida
 con flores y perfumes, exuberancia y vida,
 en alas del recuerdo, el fraile divagó.
 Las horas de ventura, de calma y de inocencia
 volvieron á su mente, la edad de complacencia,
 el tiempo de la dicha, el lustro que pasó.

Con pasos respetuosos, profundo arrobamiento,
 entró al hogar bendito, donde hay paz y contento,
 sincero amor que dura, caricia maternal.
 Hogar de mis mayores, decía, que produce
 más gratas emociones, si el hijo bueno aduce
 sólo actos de nobleza, sólo obras de verdad.

Etaapa encantadora de los primeros años,
 de la existencia gloria, porque ignoráis los daños
 que el mundo después trae, cuando se va el candor.
 ¡ De niño, qué de ensueños de albor y de pureza;
 de joven, qué de ideales de amor y de grandeza;
 de niño, sin engaños; de joven, con pasión !

¡ Feliz jardín florido de la envidiable infancia,
 dejad que del recuerdo aspire la fragancia,
 dejad para el viajero la grata evocación !

¿Por qué el cielo permite que en la penosa vida
sólo una vez crucemos la senda florecida,
sin darnos cuenta exacta de aquella promisión?

Todo esto en su memoria, y más, el fraile mira....
Oye á su prometida que con bondad le llama,
Abriéndole sus brazos; pero él la ve y suspira,
Con susto abre los ojos y la Hostia santa admira,
Que en sus tísicas manos parece que se inflama.

Turbado en su conciencia, exclama gemebundo:
“¡Dios mío, cuán amargo hallarse en este mundo,
Cansado sacerdote, errante peregrino,
Sin báculo ni umbría, en medio del camino,
Cubierto de zarzales y lodazal inmundo!

¡Qué horrible si surca por mar de pasiones
El joven incauto, en débil barquilla,
Sin luz, sin auxilios, temiendo aquilones,
Y escollos y engaños dobleguen su quilla!

Las olas del vicio, rugiendo espantables,
Atacan al joven, marino inexperto.
¡Difícil, Dios mío, con vientos variables
Hallarse luchando distante del puerto!,

XVI

LA VICTORIA

POR Tentación de cerca el fraile aguijoneado,
Sigue escuchando voces de la que amó en un día,
Oyendo que murmura con seducción y agrado:
“A visitarte vengo, mi antiguo enamorado.
¿Me ves?—Te pertenezco: tu mente está en la mía.

“Todo lo que desees conseguirás con tiento:
Me entrego en alma y cuerpo, me rindo á discreción.
Persuádate, bien mío, que es fácil mi intención:
No exijo sacrificios ni grave juramento
En lo que te propongo de entero corazón.

“Despójate del hábito de fraile que te afea,
Desecha aquellos votos de tanta esclavitud.
¡Cuán triste es el encierro! El claustro no recrea,
Y en tu suicidio lento — que libertad desea—
Ridículo apareces, sin vida, sin salud.

“Sujeto á superiores, aprisionado y solo,
No sirves para el diablo, ni sirves para Dios.
Atiéndeme, no creas que la verdad inmolo:
Eres humilde autómatas, quizá blanco del dolo
De quienes sin escrúpulo van del dinero en pos.

“Es tu misión estéril, tu prédica infecunda :
Cuatro paredes rústicas limitan tu prisión.
Yo no comprendo cómo tu práctica se funda
En actos de rutina, sin la verdad profunda,
Sin la virtud excelsa, sin noble religión.”

“Tus obras abnegadas son otras graderías
Por las que tus hermanos — los frailes del convento —
Ascienden á la cúspide de tantas granjerías,
Hípócritas negocios y ocultas fechorías,
Que colman su avaricia y al vientre dan contento.

“El credo que aparentas, adulterado y burdo,
No es el que se sostiene con santa caridad,
No á la razón convence — no pienses que te aturdo —
Sino á ignorancia y miedo : es tu ritual absurdo
Y externas ceremonias provocan la impiedad.

“En tu prisión, bien mío, con sin igual fiereza
Te burlas de los dones que te confió el Señor,
Sofrenas sin motivo viril naturaleza,
Y en vez de oír los gritos de tu razón — torpeza —
Escuchas, ciego y vano, un dogma sin valor.

“La fe con sus tinieblas te cambiará en idiota.
¿Por qué del pensamiento, por qué de la conciencia
sus libres alas rompes? Tu voluntad se embota ;
Que sirves en el claustro de maniquí se nota,
Y así nostalgia y tisis, serán tu pronta herencia.

“¡ Qué soledad tan fiera ! ¡ Qué atroz melancolía !
Ligero vas marchando á la letal vejez.
Tu lóbrega existencia sin paz, sin alegría ;

Tu dogma religioso, superstición impía,
La esclavitud forzada humilla tu altivez.

“Las afecciones tiernas de tu familia amante
En el hogar risueño, ¿desechas con crueldad?
Tu madre cariñosa se encuentra vacilante,
Al ver que de ella huiste: ¿no velas ni un instante,
Cual hijo fiel y noble, por su felicidad?

“De tus amigos lejos tu actividad, tus años,
Sin puras distracciones, marchitas, pobre sér.
Sólo aflicción conoces y amargos desengaños
En esa cárcel tétrica, do guardas hay extraños,
Que tu paciencia agotan en negro padecer.

“Qué hermosa fue aquella tarde,
cuando el sol con sus fulgores
adormecía las flores
que eran joya del jardín !
En medio de la arboleda,
crecían en abundancia,
rosas llenas de fragancia,
que arrancabas para mí.

“Nos paseábamos, ¿recuerdas?,
refiriendo tantas cosas,
sencillas y deliciosas,
de esperanzas y de amor.
Así juntos caminando,
qué emociones no sentía,
y mi pecho se entreabría
al calor de una ilusión.

“Mi corazón, fraile inicuo,
 creyó en tu amor incipiente...
 ¡Cuántos besos en tu frente
 con entusiasmo imprimí!
 Tu también, ¿por qué callarlo?
 me besaste con anhelo
 y me prometiste un cielo
 con locura y frenesí.

“Indefinible alegría
 sintió mi alma en el momento
 de escuchar tu juramento,
 que fingiste era de fe.
 Quisiera olvidar las horas
 que pasé, necia, á tu lado,
 cuando tú, de amor llevado,
 me anunciaste dulce edén.

“Mas, por motivos muy serios,
 quiso la suerte que un día
 dejaras mi compañía
 y me dieras triste adiós.
 Afligida y sollozando,
 cual si perdiera la vida,
 quedé con profunda herida
 en mi pobre corazón.

“¿Para qué idílica historia,
 si te encuentro tan variado?
 ¡El ángel se había trocado
 en fraile cuando te ví!...

Tu inconstancia heló mi sangre...
 Mas ya que mi débil mente
 turbó tu pasión demente,
 ¿por qué me abandonas, dí?

“¿Por qué si te amo con ternura inmensa,
 como no ama un gentil á su deidad,
 de mi culto te burlas y me dejas
 que me extinga abrumada de pesar?

“¿Dime la causa de este atroz desprecio
 con que intentaste castigar mi afán!
 Jamás tu odio disipa mis ensueños
 ni tu silencio altera mi lealtad.

“Soy la misma en mis penas y en mis lágrimas,
 no sé de mis creencias renegar.
 Espero que mi férvida plegaria
 al fin tu corazón ablandará.

“El claustro, que promete falsa dicha,
 tal vez felicidades te ofreció...
 ¿Nada tiene que darte el mundo libre?
 Que responda la voz de tu razón.

“¿Tu alma joven ignora todavía
 que significa la palabra amor?
 Este vocablo apenas se descifra,
 si está escrito en mitad del corazón.

“A los que del ideal bendito vivan,
 y en esperanza ardiendo y ansiedad;

de otras esferas oigan la armonía,
pregúntales, por Dios, lo que es amar.

“A aquellos que en la bóveda infinita
han visto á las estrellas titilar,
sintiendo angelical melancolía
y sed de una existencia espiritual;

“A los que en esas noches misteriosas
de dulce calma llenas y esplendor,
han aspirado el esquisito aroma
de la virtud, del llanto y la oración.

“Pregúntales, bien mío, los colores
de la planta divina del amor,
que sólo predilectos corazones
la cuidan al calor de una ilusión.

“Y luego que las almas escogidas
te describan lo arcano de esa flor,
entonces acogerás enternecido
la intensa fe que oculta mi pasión.

“Y luego que te expliquen los poetas
de esa palabra la extensión sin fin,
¿impedirás que como antes yo te quiera
con la afección que guardo para tí?

“Ven bogaremos juntos, ¡oh, amado corazón!
en las tranquilas aguas del mar de la ilusión.
De celebrar ya es tiempo la fiesta juvenil,
ornando nuestras sienes con flores del pensil.

“Y al eternal cariño, alcemos como ayer
los fervorosos cantos que nos dictó el placer.
Llega, llega, mi vida, mi ensueño seductor,
que lista nos espera la barca del amor.

“Ven vivirás conmigo en la región poética,
do está el amor en trono de espléndido matiz :
en conyugal consorcio, sin monacal deslíz,
entre ósculos y arrullos, cual en mansión profética,
nos dormiremos siempre en beatitud feliz.

“Ven, predilecto mío, al mundo de ilusiones
donde habitar yo suelo soñando con tu unión.
Te esperan mis caricias. Sensibles corazones
los nuestros, se estrecharan con suaves afecciones,
distante del convento do mora la afección.

“Acércate á mi lado, gocemos de la vida,
siguiendo la corriente del juvenil amor ;
y suban nuestras almas por senda bendecida
al cielo despejado de una pasión querida,
sin nubes de pesares, sin rayos de dolor.

“Para que te decidas, figúrate que vengo
en la Hostia á visitarte: ¿te inclinas? Tu dios fuí....
Por esto, agradecida, en ella me mantengo.
¿Me besas? ¿Te arrodillas? Entonces te prevengo
que tus misterios borres y creas sólo en mí”.

Dijo, y, súbitamente, mostró su esbelto talle
en el que se observaba la corrección cabal :
Con más primor que nunca el mínimo detalle

brillaba voluptuoso; y al fin, para que estalle,
al padre sonrióle la virgen infernal.

La vió medroso, . . . y tuvo de libertad anhelo.
Se arrepintió del claustro; de amor ansias insanas
sintió al besar la Forma con ira, pena, celo;
ardía su cabeza y le brotaron canas;
su carne sublevóse, y renegó del cielo.

La vió de nuevo, pálido; cerró los ojos yerto,
turbando su cerebro vahido y mal estar;
sintió frío en el alma y extraño desconcierto,
y desplomóse al punto, sin tino, sin acierto,
junto á las duras gradas del bendecido altar.

Del Sacramento parte, rodando hecho jirones,
se confundió en la alfombra. Los fieles sin concierto,
pasando ante la Forma con mil genuflexiones,
al joven celebrante, con pasmos y aprensiones,
subieron á atenderle: el fraile estaba muerto.

Pedazo diminuto de la Hostia consagrada
en sus huesosos dedos quedóse prisionera;
pero ya no tenía la albura ponderada,
sino que, sucia y fea, la Forma profanada,
mostraba algunos glóbulos de sangre verdadera.

XVII

CONCLUSION

DOBLES, tañidos tristes, allá en el campanario,
Y lloros pungidos en el altar mayor,
En tanto una plegaria del fondo del santuario
Asciende lastimera, al ver que en el hostiario
Pobres despojos quedan del Cuerpo del Señor.

Los fieles se anohadan y rezan temblorosos,
Y gimen las mujeres, heridas de dolor;
Y los demás semblantes, sombríos y llorosos,
Fantasmas se diría de aspectos tenebrosos,
Con el fatal suceso de lástima y de horror.

Versos en agrad

Lirios y violetas

ESTA página, humilde florecilla,
quiero que tenga primordial tersura :
la blancura de tu alma sin mancilla,
¡ oh, madre de mi amor, esa blancura !

Si derramas sobre ella la pureza
de tu gran corazón, le darás vida ;
fija también la maternal terneza
de tus ojos en ella, luz querida.

Ansfo de Sabunde su amor y arte
y de Raimundo Lulio el misticismo,
para así un himno de piedad cantarte,
arrodillado, en augustal mutismo.

¡Oh, blanco lirio de mi amor, oh madre,
 violeta de humildad y de valía!
 ¿Habrá un nombre más dulce que te cuadre,
 que llamarte mi madre, madre mía?

Aciaga

I

— ¡CUÁNTA tristeza me abruma!
 — ¿Qué tienes? — Bella María,
 no lo sé; mas siento fría
 el alma. Extraño temor
 me asalta. — ¿Qué tienes? — Quiero
 explicarte mi amargura;
 mas, con signos, es locura
 traducir al corazón.

Con palabras no podría
 descubrirte mi tristeza;
 es un volcán mi cabeza
 y el recuerdo una obsesión.

La memoria de los seres
queridos, vive aquí dentro ;
voy á abrazarlos, y encuentro
que todo es pura ilusión.

¿Es sueño amar, ser amados ;
ante un ángel de rodillas
caer, con frases sencillas
de veneración filial ;
sentir transporte inefable
si sonrío y nos bendice
ese ángel —la madre —, y dice :
“Hijos míos”, con lealtad?

Hace un año, hermosa mía,
en esta humilde morada,
así como tú, sentada
en ese mismo sillón,
la hermana de mis ternuras
cosía tranquilamente,
sin que nublaran su frente
remembranzas de dolor.

De aquella fatal velada
no puedo olvidar la escena
¡Hablar me produce pena ;
callar, desesperación!
Con monótona porfía
el buho graznaba afuera
lloviznaba apenas Era
una noche de pavor.

La neblina por el cielo,
como manto funeral,
se extendía ; el vendaval
soplaba con frenesí.
La ciudad, sola y dormida.
Más fuerte el silbar del viento . . .
Tinieblas el firmamento,
y sombrío el porvenir.

¡Quién sabe en qué cavilaba,
cabizbajo y en mutismo!
Las ideas son abismo
en la augusta soledad.
El hombre cuando medita
va rodando á lo profundo ;
miserable encuentra el mundo,
mezquina la sociedad:

Abajo, lodo y flaqueza ;
arriba, éter, aire, mito,
y falso azul infinito
¡Cuán triste es reflexionar!
Mi pobre hermana, de pronto,
suspendiendo su costura,
exclama : — “¡Cuánta tristura
me domina! ¡Qué ansiedad!

Parece que por la estancia
vagara un gnomo impalpable,
sueño, imagen espantable,
ignoro, hermano, lo que es.
Acude, espontáneamente,

á mis pupilas el llanto,
sombras de dolor y espanto
se apoderan de mi sér”.

Por piedad, calla, hermanita,
le supliqué conmovido.
De repente, ¿qué has oído?,
nerviosa y de pie me habló.
— Nada, nada, hermana mía,
murmuré con toda mi alma;
te ruego que tengas calma,
que estés tranquila, por Dios.

— Acontece algo de insólito,
asustada respondía.

— No es nada, le repetía;
mas élla temblaba. — ¡Horror!
¿Oyes? . . . ¿Oyes? — Qué sucede?

— Un susurro, un martilleo
— Nada oigo — Sí, un aleteo,
un no se qué aterrador.

¡Me empeñé en apaciguarla!
Ella, al fin, volvió á sentarse.
Calló un momento . . . Al calmarse,
nublados sus ojos ví.

Preguntéla con afecto:
— ¿Qué te aqueja, hermana mía?,
— Profunda melancolía
y deseos de gemir.

Después, suspirando apenas,
con acento vacilante,

dice: “No olvido un instante
á nuestra madre de amor”.
Y rodeando con sus brazos
mi cuello, añade: “¿Qué día
aquél! ¿Recuerdas? . . . Moría
nuestro propio corazón!

De rodillas, junto al lecho,
vigilábamos su vida,
con fe mayor que quien cuida
la lámpara del Señor.
Silencio sagrado en torno
reinó cuando nos bendijo
y con afecto prolijo
caricias nos prodigó.

¿Estás con más fuerzas, madre?,
con anhelo le inquirimos,
porque mejor la creímos,
al verla sentada ya.
Te has salvado, madre mía!
No te inquietes. Lentamente,
tranquila, convaleciente
los que te aman te verán.

Pareció que sonreía
al contemplar á sus hijos
fieles, con los ojos fijos
en su idolatrada faz.
Pensamos que ya la muerte
de los lares se alejaba,
que la enfermedad cejaba
y era vencido el pesar.

Como un ángel de consuelo,
la esperanza renacía....
De pronto, que se movía
entre las cortinas ví
algo que me causa miedo,
algo negro como el mal,
y batir de alas igual
noté al que acabó de oír.

Exhalé un ¡ay! espantoso....
¡Cruel trance!.... Espirado había
la adorada madre mía,
á quien nunca olvidaré".
Dijo, llorando, mi hermana.
Abrazados un momento,
confundimos el lamento
y el fraternal padecer.

Conmovidos, silenciosos,
después de la aciaga historia
quedamos; mas la memoria
redoblaba su labor.
En un mismo pensamiento
sumergidos continuamos....
Quedo, muy quedo lloramos,
abrumados de aflicción.

Cuando, no sé lo que mira
en ese instante maldito;
pero formidable grito
lanza mi hermana. También

confuso rumor percibo
que antes no pude escuchar.
¡Era el porfiado aletear
de aquella suprema vez!

Vuelta ya de su deliquio
mi tímida hermana, augura
su partida prematura,
me abraza y torna á llorar.
Desde entonces, no ha gozado
de un minuto de salud,
marchita su juventud
con el cierzo del pesar.

Hace un año, allí sentada
donde tú estás, dulce amiga,
terminó la última liga
llena de vida.... ¿Mas qué
oígo?... ¡Acércate!.... La angustia
me embarga. Escucha: ¡un ruido
idéntico al que oí transido
cuando mi hermana se fué....

— Sí, sí, yo también atiendo
á un apagado rumor...
¿Qué se cierne en derredor?...
Tengo miedo.... No sé qué es.
Junto á la luz, ¿ves?, se agita
algo extraño: es una cosa
pequeña.... — La mariposa
negra. — Horror — ¡Vuela otra vez!

II

¡Infortunio! Sombra aciaga,
fatídica mariposa
negra, aliento de la fosa
que me robas la quietud!
Cuando un rayo de la dicha
en mi alma apenas fulgura,
tú proyectas la negrura
de tus alas en su luz.

Infortunio, mariposa
negra, ¿por qué me persigues,
y junto á mí sólo sigues
como nuncio de dolor?
Eres nada y, sin embargo,
algo triste hay en tu nombre....
¿Acaso entrañas del hombre
la vaga superstición?....

Con tus alas repugnantes
sueles empañar la albura
de todo. Me dan pavora
tu figurilla y color.
Diminuta y despreciable
en la escala natural,
eres grande para el mal
que me causa tu visión.

Ayer te enredaste fiera
entre el lecho de agonía
de la santa madre mía....
Como fúnebre capuz,
en los limpios cortinajes
tus negras alas tendiste,
y de atroz luto vestiste
el hogar antes de luz.

Infortunio, espectro errante,
fatídica mariposa
negra, aliento de la fosa,
¿por qué tornas á volar?
¿Qué me traes, asesina?
De mi hermana, en noche triste,
en sus hombros te prendiste
como espina sepulcral.

Y desde entonces, herida
de muerte la hermosa flor,
fue perdiendo su esplendor
hasta marchitarse al fin.
¿Qué quieres hoy, mariposa
negra? Heraldo de dolores,
¿vienes en busca de flores,
ó llegas en pos de mí?

Fatal mariposa negra,
tu presencia, ¿qué me augura?
Infortunio, desventura,
significas para mí.
Por la senda de lo adverso,

sigues la luz misteriosa
del mortal, hasta la fosa,
para revolar allí.

Apagas los fugitivos
esplendores de la vida.
¡Que un insecto vil impida
la dicha del hombre rey!
¡Qué al golpe de lo pequeño,
de lo inconstante y falaz,
anublen su augusta faz
el talento y el saber!

¿Es ridícula patraña
que cuando el hombre se alegra
la ruin mariposa negra
enluta su bienestar?
¿Es mentira que en la lucha
desigual de la existencia
derrótase á la inocencia
y vence una larva — el mal?

Ilusiones pasajeras,
sueños de color de rosa,
temed á la mariposa
negra de la realidad.
Inocencia, amor, honores,
brillantes glorias y galas,
huíd, si vate sus alas
el fatídico pesar.

No es la obscura mariposa
decepción, vana quimera,

cuando al bien le desespera,
la negra fatalidad.
Temblemos ante la oruga
de la pasión, que ennegrece
su capullo, cuando crece
la mariposa del mal.

III

Noble amiga de la infancia,
flor de mis sueños de rosa,
¿te asusta la mariposa
negra de la adversidad?,
á María pregunté.
Ella, con ideal sonrisa,
tan suave como la brisa,
dijo: "Junto á tí, jamás".

Su voz, argentina y dulce
como una tierna canción,
me llegaba al corazón
con inefable placer.
Sentí entonces infinito
gozo; olvidé el sobresalto
anterior, y viendo á lo alto
ya aciagas sombras no hallé.

Había tanto cariño
en su palabra armoniosa,
que reí de la mariposa
fatídica del dolor.
Abracé á la prenda mía,

cual fuera un ángel del cielo,
y la llamé "mi consuelo,
mi única santa ilusión".

En su frente imprimí un ósculo,
como se besan dos seres
que congojas y placeres
comparten de corazón.
Y sus grandes ojos negros
en los míos se fijaron,
y al punto relampaguearon
como dos rayos de amor.

— ¿Me quieres? — Sí. Monosílabo
que es un poema de afecto,
sencillas letras de efecto
que eran himnos para mí.
— ¿Me quieres? — Sí. ¡Qué concisa!
¡Qué encantadora respuesta;
verbo que la vida cuesta
si se ama y espera el sí!

IV

Pasó un año. El mismo día
que batió sus negras alas
la mariposa sin galas,
la ingrata amiga murió
para mi amor. Cruel anuncio
recibí que me decía:
"Se casó tu ideal María
y se partió al exterior".

La muerte

¿QUÉ es la muerte? — ¿Principio de otra vida?
¿Transformación temprana?
¿Qué es la muerte? — ¿La rápida partida
y el eternal nirvana?
¿Todo abajo sucumbe con las almas?
Inconsolable idea.
¿Columbra la virtud eternas palmas,
y triunfo en la pelea?
¿Es la muerte jornada misteriosa
hacia costas ideales?
¿Hay justicia ulterior y victoriosa,
en lid contra los males?
¿El vuelo del espíritu se corta
concluída la existencia?....

¿El anhelo del alma al fin aborta,
 palpando su impotencia?
 Este algo que rebulle en nuestra mente
 y en lo interior palpita,
 que en el cerebro es luz resplandeciente,
 y genio que se agita; ¿
 esta voz que aquí dentro, en la conciencia,
 solemnes gritos lanza,
 ¿son nervios, sueño, instinto, acaso, ciencia,
 materia sin pujanza?
 ¿Son quimérico bien, fugaz meteoro,
 rara fuerza quizás;
 similar que remeda el brillo de oro,
 mentira y nada más?
 ¿Son chispas de San Telmo que un instante
 la nave de la vida
 iluminan? El pobre navegante,
 ¿ciega y se hunde en seguida? . . .
 ¿Qué decir? ¿Qué pensar? Serio problema
 que fatiga al mortal.
 ¿Merece bendiciones ó anatema
 su análisis formal?
 Insondable el arcano de la vida,
 lo mismo que la muerte.
 ¡Quién á saber la solución convida,
 que embista el trance fuerte!
 ¡Cuán distinto este viaje imaginario,
 como un juego de azar!
 Experiencia es la vida: es necesario
 dormir para soñar.

Aquellas noches visteis, sin nieblas, apacibles,
 Pobladas de misterios y encantos infinitos,
 Que con sus luces tenues y brisas bonancibles,
 Convidan al silencio y á la oración benditos?

Incomprensibles noches en que se arroba el alma,
 Medita y se recoge al contemplar el cielo:
 Con inefable dicha y religiosa calma,
 La idea se remonta en alas de su anhelo.

Mirando las estrellas, en sed de ignotos mundos,
 Pensamos en la muerte que es germen de otra vida:
 Nuestros presagios dulces, antojos gemebundos
 A cielos no soñados emprenden la partida.

Errantes por regiones que vió la fantasía
 De soles y de estrellas siguiendo los cambiantes,
 Clamamos conmovidos: "¡Venid melancolía;
 Llegad lágrimas presto, del alma estimulantes!"

El llanto brota al punto cual fuente de consuelos,
 Al recordar la efigie de seres que pasaron;
 De nuevo la mirada fijamos en los cielos,
 Creyendo que allí quedan los que de acá volaron.

Vivid, vivid entonces en campos superiores,
 Imágenes queridas que nunca se os olvida.
 ¡Oh, sombras del recuerdo! ¡Oh, genios protectores!
 Velad por las conciencias, sirviéndolas de egida.

Del trono sempiterno de luz y de alegría,
 Cuidad al infelice que guarda vuestros nombres
 En lo íntimo del alma. ¡Quién sabe si algún día
 A visitaros suba del valle de los hombres!

La muerte será el signo que anuncie la partida,
 La muerte será el lazo que con vosotros me úna.
 Es duro persuadirse que sólo haya esta vida
 Que entre dolor fenece, pero después ninguna.

¿Ninguna? ¿Esto es posible? ¿Por qué tanto misterio
 De la terrena historia al fin no se sabrá?
 Hay algo, hay algo allende me grita con imperio
 No sé qué interno instinto; hay algo más allá . . .

El huérfano sensible que, herido de la suerte,
 Consúelase, aunque mira vacío el dulce hogar,
 ¿Impávido y mezquino ó resignado y fuerte,
 Si nunca ya á sus padres tornara á contemplar?

Espíritus de bardo, ardiente fantasía,
 Fuerzas ocultas, y alma, y mente soñadora,
 Con voces persuasivas, no es, dicen, utopía
 Los mundos que anhelaron donde feliz se mora.

El padre justiciero, la madre cariñosa,
 Columnas que sustentan el templo de los lares,
 En premio de sus actos, ¿tendrán sólo una fosa?
 ¿Cuatro mortuorias luces serán sus luminares? . . .

De sus virtuosas luchas y abnegación constante,
 ¿Será la tumba humilde el único trofeo? . . .
 ¿Y su final corona la cruz que en un instante
 Conviértese en polilla, en leño tosco y feo?

¡Ensueños, sombra, nada! . . . ¡Martirios y utopía,
 Si la justicia es burla y la virtud locura! . . .
 Si allá no hay otra vida, triste papel haría
 La humanidad viviendo sumida en la amargura! . . .

Escena infantil

I

¡CUÁN hermosa chiquilla! Me conmuevo
 al verla sonreír,
 con pinos de inocente complacencia,
 creyéndose feliz!
 He llorado al mirarla de rodillas,
 cual casto serafín,
 plegadas sus ebúrneas manecitas
 en oración feliz.
 La niña, como un ángel desprendido
 del célico pensil,
 valor me infunde y su inconsciente gozo
 mitiga mi sufrir.
 Me enternezco al mirarla de rodillas,
 pidiendo á Dios por mí,

plegadas sus ebúrneas manecitas,
cual casto serafín.

Cuando mueve sus labios de frescura,
y ora sin discurrir,
he deseado saber su jerigonza
para rezar así....

II

Tal contóme el anciano de ancha frente
y cabellera blanca,
contemplando á su tierna nietecita,
que alegre jugueteaba
con un grotesco rorro de madera,
situándolo á horcajadas
del pobre viejo de anchurosa frente
en las rodillas flacas.

III

Y ante ese cuadro de pureza, miro
dos cristalinas lágrimas
que ruedan hasta el suelo, desprendidas
de dos fuentes extrañas :
de los ojos hundidos del anciano
de cabellera blanca,
y también de los míos que observaban
del viejo la tez pálida
que una gota brillante de rocío
á refrescar no alcanza,
en tanto que la niña, sonriendo,
de nuevo cabalgaba
al juguete, regalo del abuelo,
en sus rodillas flácidas.

Azucena

¡Oh, tú, como esa flor, hermosa y pura,
que perfumaste la existencia mía,
quitando de mi cáliz de amargura
toda la hiel que en su interior había !

Por tí me creo transformado y noble;
por tí, bien mío, renacer me siento ;
arbusto fui sin tí ; mas fuera un roble,
con la magia, Azucena, de tu aliento.

¡Oh, qué impulso secreto, qué amor grande
me llevan hacia tí, sin saber cómo!
al renacer mi corazón, se expande,
sin conservar de su congoja asomo.

Es de la vida la estación ligera,
puñado de cenizas la vejez ;
juventud es la sola primavera
de esperanza, de amor y de altivez.

No es imposible nuestro amor, bien mío,
si con fe comenzamos la jornada,
si está lejos, muy lejos, el estío
y recién va clareando la alborada.

No es imposible nuestro amor : la intensa
pasión que nos consume es un volcán ;
déjalo estalle, y que su llama inmensa
nuestras almas abraza con afán.

Alienta juventud, y nuestras almas
en el crisol se avivan del amor ;
no temas que deshoje aquellas palmas
el invierno futuro del dolor.

Todo es posible cuando amor impera ;
todo es posible si cariño manda :
es peor el invierno del que espera
que del hombre á quien niegan su demanda.

Son los años un soplo, y los recuerdos
flores de espino que huracán desgrana ;
sólo el amor, los íntimos acuerdos,
han suavizado la existencia humana.

La losa sepulcral tal vez mañana
cubrirá nuestras gratas ilusiones ;

dime entonces, mujer, casi mi hermana,
¿á do irán nuestros fieles corazones?

¡Oh, mi Azucena!, flor hermosa y pura,
alfombra con tu amor la senda mía ;
ámame, que el presente es mi ventura,
y el futuro . . . no llega todavía.

¿El futuro? Desgracia, olvido, muerte,
sombras, misterio, nada, mi Azucena . . .
¿Para qué abrir el libro de la suerte?
¿Por qué pensar en lo que causa pena?

Mi ensueño

¡SUBLIME amor!, aspiración eterna
de cuanto en la natura se levanta,
secreto móvil, esperanza eterna
de una vida mejor, feliz y santa.

Esta corriente de inefable gozo
busca y ansía por doquier mi mente,
soñando con la paz y el alborozo
que se desbordan de esa limpia fuente.

Cuando miramos la impotencia humana,
nos amarga su triste realidad . . .
y entonces el ensueño, sombra vana,
es un lampo de hermosa idealidad.

Cuando levanto de la tierra el vuelo
y viajo por regiones infinitas,

cuántas veces, soñando, me consuelo,
y de duelos olvídomo y de cuitas.

¡Amor, sublime amor! alma gigante
que impalpable te agitas por la tierra,
irradiando calor fortificante
que virtudes innúmeras encierra.

Es mi ensueño brillante una corona
para la virgen que, piadosa y noble,
la antifona del bien dice y entona
con indomable voluntad de roble.

Y si, modesta, la intuición abriga,
merced á su inocencia y sus deberes,
de una patria inmortal, Dios la bendiga,
para norma escogida de mujeres.

Si en la región azul de la quimera
no existiese una vida mejorada,
siempre más grato á los mortales fuera
soñar con ella, que llorar su nada.

¿Para qué marchitar las ilusiones
de los seres que van por la existencia
regando por doquiera abnegaciones,
como lluvia de flores de inocencia?

¿Para qué, con la duda abrumadora,
el dulce anhelo de otro edén borrar,
destruir sus esperanzas en una hora
y sus místicos sueños disipar?

¡Amor, sublime amor!, perfume suave
que llena el corazón de esencias puras,
¡Amor, sublime amor!, canto de un ave,
no de abajo, sinó de las alturas.

¡Ay! el placer, como huracán tremendo,
todo arrasa si sólo es material.
¡Amor, sublime amor!, yo te comprendo
como artístico goce espiritual.

Quisiera ser amado con ternura
por un ángel de bien que me consuele,
que derrame beatífica ventura
y en torno de mi vida siempre vele;

que, penetrando en mi cerebro, sea
el fósforo vital del pensamiento,
y el numen que brillante cuanto crea
la rauda fantasía del talento;

que por su afecto olvide hasta que moro
en un valle de lágrimas y penas;
que le pueda decir: "mi bien, te adoro,
alma de mi alma, sangre de mis venas";

que por los lazos de ilusión unidos
marchemos en jornadas de armonía,
los dos en una idea confundidos,
un solo lumínar por nuestro guía;

que, envuelto en sus plegarias, yo me vea
despojada del hábito mortal;

que ante sus aras como un santo sea
y con su ejemplo no conozca el mal;

que, sincero creyente, me arrodille
cuando la tarde su crespón despliega,
ensalce el bien, sus obras maravilla,
ante quienes el hombre se doblega;

que, respetuoso, la cabeza incline,
mezclando con la suya mi oración,
y mire, con la fe, que se encamine
del deber á la fúlgida mansión.

Entonces, conmovido, colocara
mis lauros juveniles en su sien,
y mi lira á sus piés depositara,
como tributo de mi amor también.

Huérfano.....

DESPUÉS de las borrascas de mi vida,
 sumergido en la sombra, me hace falta,
 Madre mía, tu luz; ya no penetra
 esa aurora boreal dentro de mi alma.
 ¡Duermes, Madre querida! ¿Dónde estás?
 ¡No escuchas, no, de tu hijo la plegaria!
 Mártir fuiste en la tierra.... Tu partida
 fue el final sacrificio.... Adiós!.... Descansa.
 Descansa, Madre. Un mundo de amargura
 apuraste aquí abajo.... Fuiste santa,
 justo es que tus ideales se coronen ...
 ¿Por qué entonces no secas ya mis lágrimas?
 En el cielo reposas, mas te lloro....
 De tu amor me devora la nostalgia....
 Cada día te extraño y te recuerdo;
 cada hora noto más que me haces falta.
 Ya duermes, ya triunfaste; sin embargo,
 ¡torna al mundo, por Dios, vida de mi alma!....

Madre é hijo

Tú eres el sacro numen, voz del cielo,
 que levantas mi humilde corazón;
 yo soy el bardo triste y sin consuelo
 que busca tu divina inspiración.

Tú eres, madre de amor y bondadosa,
 del hogar la lumbrera y esperanza;
 yo tu hijo soy; cobíjame gustosa
 con tu manto bendito de bonanza.

Tú la diosa abnegada del ejemplo,
 que derramas el bien, precioso dón;
 yo soy el sacerdote de tu templo,
 que con fe te dirige una oración.

Tú eres de intensa luz perenne faro,
que aclaras el oceano de mi vida ;
soy náufrago infeliz que pide amparo
en la noche del mal obscurecida.

Tú, espíritu sagaz y cariñoso,
que buscas para mí sana instrucción ;
yo, discípulo humilde y fervoroso
que acoge tus palabras por lección.

Tú eres aurora espléndida del día,
que disipas las sombras de mi mente ;
yo el crepúsculo soy ; haz, madre mía,
que triste no agonice en occidente.

Tú el árbol secular de la montaña,
que das sombra y refugio al peregrino ;
yo arbusto sin valor, yo débil caña,
que se doblega en medio del camino.

Vigila que no muera pisoteada,
ni le arrebate el fiero vendaval ;
y así reviva por tu amor cuidada,
crezca así con tu savia celestial.

El cuento de la abuela

¡CUÁNTO tiempo ha transcurrido !
Lo recuerdo apenas, como
un descolorido cromo
barnizado años atrás.
En confusión por mi mente
de otra edad pasan visiones,
realidades é ilusiones
que se alejan más y más.

Recordar, sentir, dudar
si las flores de la infancia
sólo mentida fragancia,
ensueño, quimera son ;

si es dichoso el inconsciente
niño, que no sabe nada,
ó el hombre que en la jornada
corta encuentra su razón ;

Evocar viejas imágenes
de tantos queridos seres ;
citar nombres de mujeres
á quienes se amó una vez ;
agitar los atabales
de la gloria fugitiva ;
ansiar que el muerto amor viva,
¿es gozar ó padecer?

¿Alegra el viaje á los mundos
del pasado? ¿Se consuela
quién suspira por la abuela
que es reliquia del hogar?
La pobre vieja, sentada
en la alfombra, entre sus brazos
me tenía. ¡Dulces lazos
que no me han vuelto á ligar!

Su cara, con más arrugas
que un estropeado vestido,
en cada línea "he sufrido",
decía con leda voz.
Y las ojeras profundas,
más terrosas que violadas,
eran notas apagadas
de experiencia y reflexión.

Por veneración que inspiren,
las abuelas son arpías,
sombras de mejores días,
antes que se ponga el sol.
La tempestad de los años
deja asolado el sembrío :
las abuelas sienten frío,
y las jóvenes calor.

Porque es al sepulcro helado
semejante la vejez,
tierra de triste aridez
el que fue bello jardín.
La juventud es promesa,
la ancianidad desengaño ;
la una es hoy, la otra es antaño ;
una principio, otra fin.

— Abuela — Mi hijito — ¿ Abuela ?
— ¿ Qué deseas ? — Que una historia
me cuentes — Ya mi memoria
se ha secado, y nada sé.
— ¿ Mucho has vivido, abuelita ?
¡ Cruel y sencilla pregunta
del niño, que no barrunta
que vivir es padecer !

— Casi un siglo, respondiome
— ¿ Qué es un siglo ? — Son cien años
de sucesos tan extraños
que no podrás comprender.
Abrumado por el número

y abriendo tamaña boca,
nada repuso mi loca
inteligencia, y callé.

La noche era oscura y fría.
Entraban rachas de viento
en el humilde aposento
por el rompido cristal.
De la mortecina lámpara
la luz vacilaba á ratos;
temblaban viejos retratos
al soplo del vendaval.

Los mechones de cabellos
blancos de la pobre anciana
movíanse. La ventana
se abría de par en par.
Me arrojaba sus saetas
el miedo... Sobrecogido
de espanto, lancé un gemido,
y después rompí á llorar.

En mi infantil fantasía,
figurábame los siglos
como fantasmas, vestiglos,
demonios ó no sé qué...
Por esto, cuando explicóme
mi abuela qué son cien años,
la ví con ojos extraños
y confundido lloré.

Pasadas las impresiones
de mi ignara fantasía,

un cuentito le pedía
á la abuela por favor.
Como respuesta elocuente,
en lugar de la conseja,
prodigábame la vieja
sus caricias con amor.

Tanto insistí, que la anciana,
evocando de sus días
mejores las alegrías,
empezó con sencillez:
"Lo que voy á referirte,
hijo mío, es la verdad;
eres muy niño: á tu edad
no me podrás entender".

Y contóme no sé qué...:
alegres y tristes cosas,
entre serias y jocosas,
con encantadora fe;
milagros que en su niñez
alcanzó con oraciones;
portentosas conversiones
del patriarca san José;

Hojas de su viejo libro;
lecciones de la experiencia;
episodios de la ciencia
esotérica del bien.
Y dióme consejos tales
para esta vida de abrojos,

que fuí cerrando los ojos . . .
y dormido me quedé.

¡Cuánto tiempo ha transcurrido!
Lo recuerdo apenas, como
un descolorido cromó
maltratado por la edad.
La anciana de faz de cera,
arrugada y ojerosa,
cual imagen lacrimosa
del dolor, no existe ya.

De entonces, todo ha cambiado . . .
La inocencia huyó tan lejos . . .
De consejas y consejos
fenece la antigua luz.
Cual descolorido cromó,
en mi memoria se esfuma
la infancia, copo de espuma
de un mar de ilusión azul.

No creo al pie de la letra
las novelas de la vida :
sólo es cierto la mentida
relación de mi niñez.
Lo demás, son cuentos raros,
que el dolor ó el gozo inventa ;
decoraciones que aumenta
el prisma de nuestra fe.

Soñamos, soñamos siempre,
ya dormidos, ya despiertos . . .

Sólo los sueños son ciertos :
el despertar, decepción.
Las fábulas de la abuela
son la verdad de la infancia:
Disipada esta fragancia
todo es falso á la razón.

*
* *

Llevada de la vida en la corriente,
marchó la abuela del sepulcro en pos,
cargada de pesares y abatida
su frente con el sello del dolor.
Cada día que pasa es un problema
de insondable, difícil solución,
que el porvenir plantea, rechazando
las consejas del tiempo de candor.

En el erial

I

¡CUÁNTAS veces las noches de octubre ardiente,
mientras el viento norte rugía inclemente,
en silencio pasamos, hora tras hora,
esperando anhelantes hasta la aurora,
descienda á torrentes la lluvia bendita
en esta llanura sedienta y marchita!
La soledad augusta, cabe su tienda,
como único vigía, guarda la hacienda.
Los sirvientes duermen su profundo sueño,
cual bajo el influjo de letal beleño.
Cuando el ábrego sopla con más fiereza,
parece que el agua á caer empieza,
y mirando al cielo llenos de alegría,
se aguarda, . . . se espera, . . . y al fin viene el día.

Las puertas rechinan. El sueño no llega . . .
Y así cuántos días nos mata esta brega.
La tempestad huye, calcínase el prado.
¡Qué clima tan seco, qué sol tan pesado!
Otras noches de estío, junto á la mesa,
muy quedo charlamos. Pizmienda pavesa
de luz vacilante muere en la bujía,
y queda más fúnebre la estancia sombría.
Nos embarga entonces dolor infinito.
Tú enmudeces triste; yo callo y medito.
¿Qué olvidadas memorias, qué sentimientos
por la mente desfilan? ¿Qué pensamientos
siniestros nos acosan? ¡En nuestras almas
los tráfugas ensueños no baten palmas!
Con vaga sonrisa, que mi sangre hiela,
afinar te siento la pobre vihuela,
único instrumento que nos acompaña
en el desamparo de aquesta cabaña.

II

Tu mano delicada hiere las cuerdas . . .
Al suave punteo, qué mundos, ¿recuerdas?,
qué mundos reviven de viejas historias,
antiguos ensueños y pasadas glorias.
Suenan la guitarra, solloza, suspira:
esas ledas voces parecen de lira.
Sus ayes son ecos de tantos dolores,
su música evoca esferas mejores.

¿Qué dice aquel dulce y arcano lenguaje
 cuando entre los dedos se agita el cordaje?
 Habla la guitarra: sus sentidas notas
 son suaves palabras de frases ignotas.
 La vela agoniza. . . . El calor no calma. . . .
 Tu vihuela sigue destrozando mi alma.
 Cabizbajos, tristes, no sé en qué pensamos,
 pero ambos muy quedo, muy quedo lloramos.
 Lucernas, cocuyos, en la noche oscura,
 aquí y allá brillan; pero nada augura
 la lluvia deseada. Monótono canto
 las ranas entonan. ¿Es risa ó es llanto?
 [Campoamor pregunta si el canto del ave
 es risa ó es llanto, porque él no lo sabe].
 La chicharra aturde con su eterno ruido
 y á ratos se escucha lejano mugido.
 Algunos insectos, negras mariposas,
 revuelan y saltan por todas las cosas.

III

¿Por qué, al empezar, ríes, amada mía,
 si en lágrimas concluye tu melodía?
 Tu nerviosa sonrisa va al corazón.
 Dime: ¿es burla ó despecho? ¿Es resignación?
 Justo es que lloremos, mi tierna pastora,
 al són de la dulce guitarra que llora:
 el llanto es amigo, consuelo y bonanza:

gimamos á solas; pero haya esperanza.
 La vida es combate, pesar es la vida:
 amándonos siempre, luchemos, querida.
 ¿Acáso á las cuitas que son sin remedio
 las armas se oponen del temor y tedio?
 Bregar es hermoso con firme cabeza.
 El triunfo es corona de la fortaleza.
 Si amor nos alienta con fuego latente,
 ¿por qué ha de abatirse al dolor la frente?
 A los desalientos y á la cobardía,
 suceda el trabajo que infunde alegría.
 Constancia bendita, sudores y empeño
 el erial transforman en jardín risueño.
 Así la esperanza que nos alimenta
 al árido pecho ablanda y alienta;
 es fuente que mana, siempre gota á gota,
 y jamás se cansa y nunca se agota.
 Valor y Trabajo, Amor y Esperanza,
 unidos, son dicha y eterna bonanza.
 ¿Qué importa del síno la sentencia dura
 si ellos nos brindan su arcana dulzura?
 La ciega fortuna, flor envenenada,
 si la paz desprecia, no sirve de nada.
 Vívidas corolas de fragante esencia,
 ¿qué sois si al gustaros cegáis la existencia?
 Suene la guitarra con el yaraví
 y unidos, bien mío, lloremos así.
 El llanto es amigo, consuelo y bonanza:
 gimamos á solas, pero haya esperanza.

IV

Cuántas veces á la triste melodía,
 como fuente de consuelos, sucedía
 una mar de reflexiones saludables
 de propósitos valientes y laudables.
 Mas también, como siniestras tentaciones,
 los rebeldes pensamientos y razones
 tu buen ánimo azuzaban, y veías
 de este mundo los contrastes é ironías.
 Los injustos atropellos de la suerte,
 la verdad abrumadora del más fuerte,
 fomentaban, cual aristas en la hoguera,
 santa cólera y venganzas, ¡quién creyera!,
 inflamando más tus iras: era entonces
 tu alma tierna de paloma, cual de bronce.
 Vertías, como hiel glauca y agria flema,
 un raudal de interrogantes. ¡En blasfemia,
 tus preguntas inocentes, tus bondades,
 convertíanse, ángel puro! Gravedades
 de admirable candor eran tus problemas
 y tus dudas otros tantos anatemas.
 Y las múltiples desgracias y lacerias
 revivían, con su corte de miserias.
 Si la tierra calcinada no da bruto;
 y sediento se aniquila el noble fruto;
 si en los campos blanquecinos no hay verdura;
 si de anemia consumida la natura,
 sólo abrojos, sólo espinas y no flores
 multiplica inútilmente en los alcores;
 si en el cielo, cual de bronce, no hay un signo,

pluvial nube, nada, nada de benigno;
 si los árboles desnudos y las lomas
 abandonan golondrinas y palomas
 por el hambre compelidas; si el gusano
 se retuerce en pos de hierbas y de grano,
 ¿cómo pueden, de fe henchidos, los mortales,
 en presencia de quebrantos y de males,
 levantar hacia la altura, agradecidos,
 sus plegarias y sus ojos conmovidos?
 ¡Bendigamos la divina providencia,
 caridad inagotable, luz y ciencia!

V

Justo es que lloremos, mi amada pastora,
 al són de la dulce guitarra que llora.
 Personales infortunios, ruinas propias
 en mi pecho vais dejando crueles copias.
 Las desgracias de la hacienda, la sequía
 de estos años espantosos; carestía
 de jornales y semillas; el ganado
 consumido por la hambruna y apestado;
 las heladas que destruyen los sembríos;
 el verano que evapora hasta los ríos;
 los temblores, las reyertas intestinas
 y las dudas, punzadoras como espinas,
 todo, todo, desfilaba velozmente,
 virtuosa gacela mía, por tu frente....
 Justo es que lloremos, mi amada pastora,
 al són de la dulce guitarra que llora.

VI

Basta, mi bien. ¿Escuchas? Trueno lejano
 ¿Oyes? El rumor crece; mas todo envano.
 La tempestad no llega, sigue el estío
 y la brisa es de fuego. ¿Qué hacer, bien mío?
 Combatir la inclemencia del cielo azul;
 de la fe vacilante rasgar el tul;
 amasar con sudores el negro pan;
 imprimir á las almas un mismo afán;
 á la suerte voluble, con nuestro amor
 hacer frente impasibles, esto es valor.
 No te asuste, ángel bueno, la soledad
 si gozamos de agreste tranquilidad.
 La montaña es emporio de cosas grandes,
 y con agua, es sublime como los Andes.
 Pasará la sequía de este verano
 y verás los primores del verde oceano.
 ¡Qué paisajes, qué cuadros, qué maravillas;
 encantadas llanuras de nubecillas!

¡Qué cielo de promesas, do se encamina el alma,
 sedienta de mercedes en esta augusta calma!
 Cuando con sed ardiente de perfección y ciencia,
 la fantasía viaja por mundos siderales,
 no sé que interna dicha recibe la conciencia
 que, absorta ante lo espléndido, se olvida de los males.
 La inmensidad deslumbra, lo bello nos atrae.
 ¡Cuánta emoción te causa la bóveda infinita!
 Te miro resignada; tu fe ya no decae.
 Tienes razón: avanza la tempestad bendita.
 Es tiempo de esperanzas: la lluvia bienhechora
 trasformará el desierto. ¡Valor, trabajo ahora!

Flor ideal

DEL enfermo las dolencias amortigua tu cariño,
 ¡abnegada criatura, inocente como un niño!
 Caridad es tu divisa, bella flor de sufrimiento,
 que recoges las espinas y tu aroma das al viento.
 A la orilla de los lechos donde gime la pobreza,
 una súplica murmuradas de consuelo y de ternura:
 en tu seno se reclinan los heridos de la suerte
 que su espíritu encomiendan en los brazos de la muerte.
 Alma mística que viajas por los tristes hospitales,
 do se anidan los dolores y el pesar inventa males;
 que palpitas en los campos de batalla; que te lanzas
 donde hay lágrimas y penas con tu fardo de esperanzas
 y tus bálsamos celestes que bondad y fe pregonan.
 Si tu báculo se rompe, si las fuerzas te abandonan,
 si las balas te destrozan, si sucumbes en la vía,
 ¿seguirán otros viajeros, con idéntica energía,

ya tus huellas, ya tu ejemplo, hasta el fin de la jornada,
para darte sepultura en región quizá ignorada,
donde cruz sencilla y tosca, como túmulo postrero,
se levante, proclamando tu valor de misionero?...
De la aureola de los mártires has formado tu bandera,
y es tan pura y tan sublime, que reluce por doquiera:
la tremoles en la cumbre del Tabor ó del Calvario;
donde moran las virtudes ó del vicio en el osario;
entre cármenes la agites ó en la humana podredumbre;
todos, todos la bendicen; todos ven su sacra lumbre.
En la tierra de pesares, orfandad, amargos duelos,
das refugio y pan, y enseñas el camino de los cielos,
con tu práctica prolífica de paciencia sobrehumana,
con tus obras eficaces de amor santo, noble hermana,
flor piadosa y perfumada, azucena, blanco lirio,
que una herencia te dió el mundo: sus espinas y martirio.

GUERRA Y PAZ

LA VISITA DEL POETA

J. TRAJANO MERA

Guerra y Paz

La Visita del poeta



QUITO-ECUADOR

Tipografía y Encuadernación Salesianas

1915

AL LECTOR

NO atribuyo a los ensayos que van a leerse ningún mérito literario; el éxito que obtuvieron en la representación, debido a circunstancias del momento, no me ha envanecido.

Guerra y Paz se estrenó con el sobretítulo de *juguete cómico, absurdo, pero verosímil*, y por lo que tiene de verosímil, de verdadero, podría decir, gustó y mereció los honores de la cuarta repetición; pero debo hacer constar que con las alusiones que hice a personas y sucesos de todos conoci-

dos, no quise herir a nadie. Ahora que algunas de esas personas han desaparecido, no publicaría Guerra y Paz si hubiera en esta piecita algo qué pudiera considerarse como un ultraje a su memoria.

En *La Visita del Poeta*, no hay alusiones políticas ni personales: es un cuadrito de costumbres dialogado, en el que critico inofensivamente ciertas ridiculeces o defectos sociales, y mal haría quien se creyese aludido: no he copiado a nadie, ni he pensado en nadie al crear mis personajes; y si alguien se da por ofendido, sepa una vez por todas, que no he tenido tal intención.

Si se tratara de obras dramáticas serias, y de un verdadero prólogo, esta sería la ocasión de entrar en ciertas consideraciones artísticas y literarias, tales como éstas; ¿conviene introducir en el teatro modismos, *quichuismos* etc. como los que he emplea-

do? ¿se debe o no llevar a la escena trajes locales?

En cuanto a la primera pregunta me parece que, tratándose de una obra escrita para ser representada en el Ecuador, bien podía emplear locuciones y palabras que, aunque no sean castizas, en el Ecuador todos comprenden. Por si hubiese alguien que no las conociera, he creído necesario poner al final un vocabulario que le sacará de apuros.

A la segunda pregunta podría responder así: el teatro español está plagado de charros, gitanos, chulos etc. y en el francés abundan también los trajes locales; por consiguiente, no creo que la escena en el Ecuador deba estar cerrada herméticamente a nuestros cholos y cholas, especialmente en tratándose de piezas destinadas a hacer reír.

Eso sí, ni aún en piezas de broma creo que deba abusarse del lenguaje ni

del vestido locales, ¡y vive Dios! que me arrepentiría de haber dado el ejemplo, si no habíamos de ver en nuestro teatro, más originalidad que la del lenguaje chabacano y los *bolsicones*.

Y con esto benévolo lector, abur.

J. T. M.



GUERRA Y PAZ

JUGUETE COMICO EN UN ACTO

ESTRENADO EN EL TEATRO SUCRE DE QUITO

EL 28 DE NOVIEMBRE DE 1911 POR LA COMPAÑIA

DIAZ DE LA HAZA

REPARTO

| <i>Personajes.</i> | <i>Actores.</i> |
|--------------------|--------------------------------|
| DOÑA PACÍFICA | SRA. OLAVE. |
| CONCHITA | SRTA. DÍAZ DE LA HAZA (PEPITA) |
| UNA CRIADA | » RECABARREN (ENRIQUETA). |
| DON CANUTO | SR. PLANELLS. |
| CAMILO | SR. ARTIGAS |
| ZURITA | SR. SILVA. |

En Quito. — En nuestros días.



GUERRA Y PAZ

ACTO UNICO

Habitación modesta, amueblada según el gusto quiteño, es decir, con muy poco gusto: sofá forrado en damasco rojo, sillas de diversas clases, una mesa y sobre ella un espejo; en las paredes, oleografías y retratos. Dos ventanas al foro; a la izquierda (del espectador) una puerta que da a la calle; a la derecha dos, de las cuales la una da al cuarto de Don Canuto, y la otra a las demás habitaciones de la casa.

ESCENA I

CONCHITA (*arreglándose los cabellos frente al espejo*)

.... Esta flor en los cabellos; es la misma que me ha tirado esta mañana al balcón; de este modo verá que la he recibido. ¡Qué

contento se va a poner! Y ahora, vamos a verle pasar, pues es su hora (*se acerca al balcón*). ¡Ya está allí! ¡Qué había de faltar! ¡Si es la exactitud en persona! Es más exacto que el cañonazo que tiran en Penecillo para anunciar que son las doce menos cuarto o las doce y cuarto, poco más o menos. Me saluda. Saludémosle también con una sonrisita; así: una sonrisa más, una sonrisa menos, no quiere decir nada ni compromete a nadie, y no podrán acusarme por ello de coquetería. ¡Qué colorado se ha puesto! ¡Si parece un tomate! Me dan ganas de reír. ¡Ay, me muero! me parece que va a entrar a casa; sí, sí, ha entrado. ¡Habrased visto hombre más atrevido! No, pero yo no puedo recibirle de esta facha. (*corre y entra a su cuarto*).

ESCENA II

CAMILO (*solo*)

¡Nadie! Ha huido de mí; buena seña: mujer que huye de un hombre es mujer conquistada: «Huye y huyendo quiere que la alcancen» como dijo.... ¿Quién fué el que lo dijo?... ¡El papá! ¡Eso sí que no me lo dijo nadie!

ESCENA III

DON CANUTO—CAMILO

D. CANUTO

Caballero.

CAMILO

Caballero.

D. CANUTO

Podré saber a qué debo el honor....

CAMILO

No señor.... digo, sí, sí señor, sí puede V. saberlo (Ahora ¿qué le digo?).

D. CANUTO

Tome V. asiento.

CAMILO

Después de V.

D. CANUTO

Siéntese V. Siéntese V.

CAMILO

Gracias (Y ahora ¿qué le digo?) Es V. muy amable.

D. CANUTO

Probablemente venía V. por la Escuela de Aviación.

CAMILO

Eso.... Precisamente venía por la Escuela de Aviación: V. lo ha adivinado. ¡Qué hombre tan perspicaz me va resultando V.! Pero, dígame V. ¿en qué lo ha adivinado V.?

D. CANUTO

¡Phis....! la costumbre; en su aire de V. Nosotros los aviadores entendemos mucho en materia de aires: V. tiene cara de aficionado.

CAMILO

(De aficionado de su hija) Sí, en efecto, soy muy aficionado, muchísimo.

D. CANUTO

Ya me lo había figurado: no es la primera vez que veo a V. pues a menudo le he mirado pasar por la acera del frente, y siempre que le he visto ir con la nariz al aire, mirando hacia arriba, hacia el espacio, me he dicho: ese joven debe andar pensando en algo muy ligero, más ligero que el aire, o más pesado, según sus teorías en materia de aerostación.

CAMILO

¡Caramba! pero ¡qué perspicaz es V.!

D. CANUTO

Favor que V. me hace. En efecto, dejando a un lado falsas modestias, reconozco que en esta materia soy bastante competente. Así lo ha comprendido también el hombre ilustre que, por fortuna, rige hoy los destinos de la patria, cuando me ha confiado la Dirección de la primera Escuela de Aviación de la República.

CAMILO

¡Ah! entonces ¿es V. el Director de la Escuela de Aviación?

D. CANUTO

V. lo ha dicho, y es probable que mañana ascienda.

CAMILO

¿En aeroplano?

D. CANUTO

No, hombre, no: que mañana ascienda a Director General.

CAMILO

¡Ah!!!

D. CANUTO

El benemérito hombre que hoy nos gobierna, Don Panfilio Guerra, quiere darme esta

nueva prueba de confianza, remunerando así los humildes servicios que, desinteresadamente, he prestado a la causa.

CAMILO

¡Ah! (En qué atolladero me he metido; me fregué, me fregué, me fregué).

D. CANUTO

¿Decía V.?

CAMILO

Nada, nada; como V. hablaba del Jefe del Estado; dije ¡ah! (pillo).

D. CANUTO

Lo comprendo: Guerra excita la admiración de todos. ¿No es, en efecto, una prueba de su genio administrativo el haber creado la Dirección de la Escuela que nos ocupa? V. dirá que la escuela no existe; ¡claro que no existe! pero existe la Dirección, y esto basta: aquí está precisamente la penetración y el gran sentido práctico de este mandatario providencial: esto es adelantarse a su época y saber prever; así, cuando tengamos aeroplanos, el Director estará ya en su puesto.

CAMILO

¿Y piensa V. que los tendremos pronto?

D. CANUTO

Muy pronto; le aseguro a V. que tendremos aeroplanos antes que el ferrocarril de Chimbacalle llegue a Quito. Un ferrocarril, ya lo ha visto V. por el nuestro, va siempre a paso de tortuga: ¡pero un aeroplano! ya verá V. ya verá V. la flotilla de aeroplanos, que pensamos construir, surcando graciosamente los aires con su vuelo majestuoso! Hemos pensado ya en establecer un servicio rápido y directo entre Guayaquil y Quito, y ¡admírese V!, hasta sabemos ya quién administrará y explotará la nueva línea aérea.

CAMILO

¿Se puede saberlo?

D. CANUTO

No es un secreto para nadie y puedo decírselo: los americanos; para explotar, ellos se pintan solos. ¿Qué le parece a V.?

CAMILO

¡Harmant! digo ¡charmant! como dicen en francés.

D. CANUTO

Pero nos salimos de la cuestión; V. ha venido por la Escuela.

CAMILO

Sí, por la Escuela del porvenir.

D. CANUTO

Diga V. por la Escuela futura; y V. que-
rrá ver el Reglamento.

CAMILO

El Reglamento del futuro.

D. CANUTO

El Reglamento del futuro, no; diga V. el
Reglamento del porvenir; voy a traérselo
(*sale*).

ESCENA IV

CAMILO (*solo*)

¡Valiente situación la mía! Vengo por
ver a Conchita, para decirle que no salga
hoy a la calle porque va a haber trifulca, y
me encuentro con el papá, que resulta un
guerrista de marca mayor.... Y ahora ¿qué
hago? ¡Es claro! ya no puedo decir a Con-
chita que hoy proclamamos a Paz, que hoy
es el último día de la tiránica dominación
de Guerra. ¡Tiene gracia mi situación! ¡Yo
metido en casa de un guerrista! Pero no, no
tiene mucha gracia que digamos pues si lo

llegan a saber los de mi partido, me parten
por el eje; me van a tomar por un espía,
por un delator; ya lo dije, estoy fregado.
¿Qué partido tomar? No hay sino uno: tomar
las de Villadiego sin que nadie me vea (*sale*).

ESCENA V

CONCHITA (*sola*)

Se ha ido. ¡Y yo que fui a ponerme mi
vestido nuevo!... Pero, si se ha ido sin ver-
me, ¿a qué ha venido? ¡Y a esto le llaman
estar enamorado!

ESCENA VI

CONCHITA — DON CANUTO

D. CANUTO (*con el reglamento en la mano*)

Aquí lo tiene V.... pero, ¿tú estabas aquí?
¿Y el caballero que me esperaba?

CONCHITA

Ya lo ve V., se ha ido.

D. CANUTO

¿Sin esperarme?

CONCHITA

Sin siquiera verme.

D. CANUTO

Sin verte.... ¿Le conoces?

CONCHITA

No,.... digo, sí, de vista.

D. CANUTO

¿No te ha hablado nunca?

CONCHITA

¡Ni esta boca es mía! Y ahora que pensaba que, por fin, iba a declararse, se va sin siquiera verme.

D. CANUTO

¡Sospechoso! ¡muy sospechoso! Seguramente es un espía.

CONCHITA

¿Un espía ha dicho? ¡Ay! qué gusto! papacito ¿deveras cree V. que es un espía?

D. CANUTO

Sí, hija, lo creo; pero ¿por qué te alegras?

CONCHITA

Porque si en realidad es un espía, es seguramente de su partido, un guerrista.

D. CANUTO

Te engañas, hija: los pacistas tienen también espías, y esos son los malos. Los nues-

tros no son espías; no son sino amigos de la causa.

CONCHITA

¡Ay, qué pena!

D. CANUTO

Y ¿por qué tienes pena?

CONCHITA

Porque si resulta pacista, V. no querrá.... vamos, V. no querrá que me pasée la calle, que me haga el amor....

D. CANUTO

Con qué, picarona, esas tenemos, ¡eh!

CONCHITA

¡Ay! no sé, qué papá.

D. CANUTO

Pues mira, hijita, te has engañado; eso es no conocer a tu papá; no solamente no me opondría a que ese caballerito te pasée la calle y te haga carantoñas, sino que hasta me gustaría que se casara contigo; porque en este mundo todo puede suceder, y bien pudiera algún día ser Hipólito Paz Presidente de la República, en cuyo caso ese joven, si es en efecto pacista, como lo sospecho, pudiera llegar a mucho, a Ministro talvez,

pues no me ha parecido muy despabilado que digamos. ¿Lo comprendes? Guerra, Presidente, tu papá Director de la Escuela de Aviación; Paz, Presidente, tu marido Ministro. Hay que ser perspicaz, como me dijo tu novio.

CONCHITA

¡Ay! no sé, qué papá; no me haga reír.

D. CANUTO

En todo caso, habla de esto con tu mamá; no le ocultes nada.

CONCHITA

Si mamá lo sabe, aunque finge no saberlo: cuando salimos juntas y Camilo nos sigue, ella hace como si no le viera; cuando estamos en el balcón y él pasa, ella entra, y cuando me tira flores a la ventana por las noches, ella las recoge por la mañana y me las da diciéndome: «¿de dónde habrán caído estos ramilletes a la ventana?»

ESCENA VII

DICHOS — ZURITA

ZURITA

Salud, Don Canuto; Conchita, muy buenos días. Tenemos que hablar, Don Canuto, so-

bre los acontecimientos que tendrán lugar en este gran día, dentro de poco rato. Le traigo las últimas instrucciones de nuestro ilustre Don Panfilio.

D. CANUTO

Vamos a mi despacho (*salen*).

ESCENA VIII

CONCHITA — DOÑA PACÍFICA

PACÍFICA, *entra llevando un lío de banderas nacionales y dos cartelones con estos letreros: ¡Viva Guerra! en el uno y ¡Abajo paz! en el otro (póngase paz con p chica).*

PACÍFICA

Aquí están las banderas: tómalas y ponlas allá, sobre esa silla; y los carteles, con cuidado; míralos ¡Y lo que me ha costado pin tarlos! ¡Mira como tengo las manos! y eso que me las he lavado con limón y agua caliente; pero esta tinta no sale con nada. Creo que tu padre va a quedar satisfecho.

CONCHITA

A ver, a ver, ay! ¡qué bonitos! Viva Guerra: este para esta ventana; Abajo Paz, este para la otra; en letras bien grandes. Lo van

a leer desde la plaza. Pero mamá, aquí hay una falta de geografía.

PACÍFICA

¿De qué?

CONCHITA

De geografía, porque Paz entra con P grande.

PACÍFICA

¿Por qué ha de entrar con P grande, si estamos en República? Yo también soy Pacífica; Paz, Pacífica, allá se va a dar, y siempre he puesto con P chica. La igualdad para todos.

ESCENA IX

DICHOS — D. CANUTO — ZURITA

ZURITA

Voy y vuelvo en un santiamén; primero al Ministerio; después a los cuarteles, a ver si nuestros hombres están listos, y finalmente a la Policía, por ese asunto de Don Camilo Verdete.

D. CANUTO

Eso principalmente: que lo arresten sin pérdida de tiempo.

CONCHITA

Papacito ¿qué ha dicho? ¡Por Dios, papacito, no sea malo!

PACÍFICA

Pero ¿qué te pasa muchacha?

D. CANUTO

Calma, calma, niña. Tu padre vela por tí con el mismo solícito interés con que vela por las instituciones.

CONCHITA

Bonito interés. Bonitas velaciones.

PACÍFICA

Expílicate, hija. ¿Qué te importa a tí un preso más o un preso menos? ¡Jesús! diríase que en Quito nunca han cogido preso a nadie.

CONCHITA

Es que el preso va a ser mi novio, mami-ta; el joven aquel que me pasea la calle, que me tira flores a la ventana.

PACÍFICA

¡Ah! Pues déjale hacer a tu padre, que él sabrá por qué lo hace: no será por haber robado ni matado a nadie, pues entonces no le mandarían preso.

D. CANUTO

Calma, calma y déjenme que les explique. En primer lugar, nada, absolutamente nada, hay que temer por ese joven, pues he recomendado que no le... suiciden. En segundo lugar, lo hago por tí, hija, por tu bien, por el bien de todos nosotros.

CONCHITA

Ahora lo comprendo menos.

D. CANUTO

Ya lo vas a comprender. ¿No ves, no ves tú también, Pacífica, que si algún día Paz sube al poder,—cosa que puede suceder, ¿no subió también Guerra? — ¿no ven, digo, que esa prisión de pocas horas de Camilo le servirá de pedestal para subir también? ¡Vamos! No hay que ser egoístas; es preciso empujar a los jóvenes, sobre todo si son candidatos a miembros de la familia. ¡Estar preso! ¡sufrir cadenas, reposar en la paja húmeda de los calabozos por la santa causa de la libertad! ¿habrá cosa más envidiable? Te digo que tu novio va para Ministro o para Embajador.

PACÍFICA

¿No te decía yo que tu padre tenía razón?

D. CANUTO

¡No he de tenerla! ¿No tenemos el ejemplo, un ejemplo, si no igual, muy semejante, en nuestra misma casa, en mí mismo? Vamos a ver; ¿qué era yo antes del advenimiento de Guerra? Nada; menos que nada ¿no es verdad?

PACÍFICA

No tan nada; no exageres ni seas tan modesto: mucho antes que viniera Guerra eras ya portero de la Municipalidad.

D. CANUTO

Cargo honorable, es verdad, pero que no admite comparación con el que en la actualidad tengo. Vino, pues, Guerra; entró triunfalmente en Quito, en medio de una lluvia de piedras, de las cuales una vino y ¡pun! me dió aquí, entre boca y nariz, mientras gritaba con toda la fuerza de mis pulmones y de mis convicciones: ¡viva Guerra! ¡Abajo... ¿A quién gritábamos abajo? Hemos echado abajo a tantos desde entonces, que ya no me acuerdo. No importa. El caso es que esa piedra bienhechora, no fue inútil, que esa sangre vertida por la causa de la libertad y por el caudillo de la democracia, no fue vertida en vano, pues de entonces data mi situación actual.

A una peladilla del arroyo debí yo mi dirección de la Escuela de Aviación; al panóptico deberá Camilo su Ministerio, al panóptico y a mí.

CONCHITA

¿Y si le dejan secarse en el panóptico? ¿Y si no viene Paz?

D. CANUTO

Si no viene Paz, como creo que no vendrá por lo pronto, yo intercederé por Camilo y le haré poner en libertad. Nuestro ilustre Guerra no me niega nada: todo depende de la manera de pedirselo. Es claro que si voy y le digo simplemente, «Señor haga V. poner en libertad a Camilo Verdete porque es inocente», me mandará con vientos frescos; pero si me presento humilde y respetuoso y le digo, «Señor vengo a implorar de la magnanimidad de vuestro maternal corazón, no un acto de justicia, sino de clemencia, etcétera, etcétera», estoy seguro de que se enternece y me concede el favor que le pido. No sería la primera vez que lo hiciese.

CONCHITA

¿Le ha concedido, según eso, muchos favores?

D. CANUTO

Algunos.

PACÍFICA

Muchos, hija, muchos, menos uno que le he pedido yo.

CONCHITA

¿V. le ha pedido alguno? ¿Cuál, mamita, cuál?

PACÍFICA

Uno muy sencillo; el de hacerme nombrar Administradora de Correos, de Telégrafos o de cualquier cosa, aunque fuese de la Biblioteca.

D. CANUTO

¡Ya salió aquello! Pero, mujer, ¿no ves que eso no es posible, que tú no eres apta para esos cargos?

PACÍFICA

Tanto como tú para la Aviación.

D. CANUTO

Tendrías que abandonar tu hogar para ir a la oficina.

PACÍFICA

¿Y qué necesidad tendría de ir a la oficina? Vamos a ver ¿cuándo has visto tú que

una empleada vaya a su oficina? Esa costumbre va decayendo ya aun entre los hombres. ¿Vas tú a la tuya?

D. CANUTO

Una escuela de Aviación no es lo mismo que una Administración de Correos.

PACÍFICA

No veo la diferencia; una y otra van por los aires. Yo haría como tú; iría el día de la paga: eso basta. Dí más bien que no has querido empeñarte; que no eres bueno sino para hacer favores a los extraños y no a los de tu casa.

D. CANUTO

Bueno, bueno, mujer; no te enfades, le volveré a hablar a Guerra que tiene un corazón de madre, y quizás lo consigamos.

CONCHITA

Sí, sí, papacito, empéñese mucho, y que no sea para el Telégrafo, sino para el Correo. ¡Ay, qué gusto! Y después me compraré un álbum para tarjetas postales, y tendré revistas con estampas y periódicos de modas.

ESCOENA X

DICHOS — ZURITA

ZURITA

Ya estamos de vuelta; todo está ya listo y el pájaro queda en la jaula.

CONCHITA

¿Camilo? ¡pobre Camilo! y que para ayuda de costas le llamen pájaro, ¡pobre Camilo! (llora).

D. CANUTO

Basta de lloriqueos. Llegó el momento solemne. ¿Viene Zurita?

ZURITA

Vamos.

D. CANUTO

Va a ser una manifestación imponente, espontánea, colosal.

PACÍFICA

¡Hum! Yo no estoy muy tranquila que digamos: nunca sabe una lo que va a resultar, y un garrotazo o una pedrada vienen sin saber por donde.

D. CANUTO

No hay cuidado.

ZURITA

No hay ningún cuidado: si hay palos no serán para nosotros.

D. CANUTO

Se han tomado todas las medidas de precaución necesarias: el ejército está con nosotros, la Policía vela.

PACÍFICA

Y ¿el pueblo?

ZURITA

El pueblo es lo de menos.

D. CANUTO

Nosotros tenemos también nuestro pueblo, bien aleccionado y bien armado.

ZURITA

El verdadero pueblo está con nosotros: los garroteros.

D. CANUTO

Zurita, esa palabra está demás, y en casa de un guerrista no debe pronunciársela; los que V. llama gorroteros, son amigos de la

causa, que, a veces se han sacrificado por ella, hasta el punto de romper la cabeza a algún diputado de la oposición o destruir alguna imprenta; mas siempre ha sido por celo patriótico.

PACÍFICA

¿Y el otro.... vamos, el que no es amigo de la causa?

D. CANUTO

Ese no es pueblo; es populacho, y lo tenemos amordazado. Repito que no hay cuidado.

ZURITA

(Yo sí que lo tengo, a pesar de todo, y lo que es a mí no me ven la cara por esas calles).

D. CANUTO

Conque, ya lo sabéis: al oír los primeros gritos abris las ventanas y ponéis las banderas y los letreros; ¡Ah! y a propósito ¿están ya listos? (*viendolos*) eso es, muy bien, muy bien; este para la una ventana; este para la otra. Cuando pase la manifestación por la calle, os asomáis al balcón y gritáis también: ¡Viva Guerra, abajo Paz! Es preciso que os vean; que no se diga que mi familia ha sido

indiferente al triunfo de nuestra causa. ¿Vamos Zurita?

ZURITA

Vamos. ¡Viva Guerra. Abajo Paz! (*salen*).

ESCENA XI

PACÍFICA—CONCHITA

PACÍFICA

Diga Canuto lo que quiera, yo no estoy muy tranquila.

CONCHITA

¡Ay, qué miedo mamital, ¿si sucediera algo?

PACÍFICA

Cuando el río suena piedras trae, y esta mañana, al salir de misa, me dijeron las cajoneras que los pacistas se movían.

CONCHITA

Pero si los han cogido presos a todos.

PACÍFICA

Eso es lo peor, hija. Un enemigo preso vale por diez.

CONCHITA

¿Por qué no va a ponerle una vela a San Antonio, mamita?

PACÍFICA

Tienes razón, hija, pero no a San Antonio sino al Señor de la Portería; San Antonio no vale sino para hacer hallar las cosas perdidas, o para encontrar novio, y ahora no se trata de eso, sino de no perder lo que tenemos. Voy corriendo (*sale*).

ESCENA XII

CONCHITA (*sola*)

Con tal que no les pase nada ni a papá ni a Camilo. ¡Eh! no les pasará nada, pero mientras tanto, le tengo una lástima al pobre Camilo. ¿Qué estará haciendo en la prisión? ¡Si yo fuera un hombre! Vamos a ver ¿qué haría si fuera un hombre? Primero, visitarle a Camilo en el panóptico, naturalmente; después iría por esas calles gritando—aquí todo se hace con gritos—¡Viva Guerra, o Viva Paz!, esto dependería de las circunstancias; luego recogería mucha gente con fusiles o con palos, e iría a la prisión y sacaría a Camilo en

triunfo. ¡Viva Camilo Verdete!.... pero, es el caso que, si yo fuera hombre,.... pues, está claro, no podría casarme con Camilo....

ESCENA XIII

CONCHITA—ZURITA

ZURITA

Soy yo.... yo que he dejado en la calle a Don Canuto.

CONCHITA

Se me figuraba que también V. iba a la revolución.

ZURITA

¡Chut!, no es revolución.... no es más que.... una continuación.... eso es, una continuación, puesto que no se derroca a nadie; Guerra es Presidente y se va a gritar, viva Guerra, para que siga siéndolo; esto es todo; si se grita abajo Paz, es sólo para que Paz no sea Presidente. Ya ve V. es muy sencillo.

CONCHITA

¿Y por qué no va V. a engrosar las filas de los *continuacionarios*? hará V. falta.

ZURITA

No, no hago falta; yo no hago falta en ninguna parte, y, caso de hacerla, sería aquí, para ayudar a Vdes. a poner las banderas. Después iré; siempre hay tiempo para hacerse notar sin exponerse. Pero no crea V. que sea por miedo.

CONCHITA

¿De qué iba V. a tener miedo?

ZURITA

De los tiros.

CONCHITA

¡Ay Dios mío! ¿va a haber tiros?

ZURITA

Sí, tiros al aire: pim, pam, pum: para poder decir que ha habido combate, y que hemos olido pólvora, y además, porque los tiros al aire son indispensables para los ascensos. V. sí que tiene miedito.

CONCHITA

Sí, por papá.

ZURITA

Y por otra personita....

CONCHITA

Héle; ni he pensado!

ZURITA

¿Acaso no le vi las lagrimitas cuando vine a avisar a D. Canuto que D. Camilo quedaba preso?

CONCHITA

¡Ay no sé, ni he llorado siquiera! Dígame, Zurita, ¿qué piensa V. pedir después de la revol.... de la continuación?

ZURITA

¿Yo?

CONCHITA

Sí, V.; le oí decir a papá que todos los amigos de la causa iban a sacar tajada.

ZURITA

Pues yo pienso pedir que me nombren de Cónsul.

CONCHITA

¿Qué es eso?

ZURITA

¡No lo sabe V.! ¡No sabe lo que es un Cónsul!

CONCHITA

No, no lo sé.

ZURITA

Yo tampoco; pero me han dicho que un Cónsul es un jóven que tiene muchísimas recomendaciones y que hace muchísimos empeños para que le envíen a Europa a terminar su educación. Yo tenía un amigo a quien le mandaron a Holanda.

CONCHITA

Holanda.... ¿en dónde queda Holanda?

ZURITA

En Europa; más allá de los Países Bajos.

CONCHITA

Y esos países ¿en dónde quedan?

ZURITA

El nombre lo está diciendo: quedan allá, abajo, muy abajo, es decir muy al Sur; ¿no ha visto V. un mapa? el Sur queda siempre abajo.

CONCHITA

Es decir que V. quiere perfeccionar su educación.

ZURITA

Tanto como eso, no, pues, modestia aparte, yo salí ya muy bien educadito del Instituto Mejía; pero quiero ir a aprender algo.

CONCHITA

Idiomas, por ejemplo

ZURITA

¡No hacen falta! Lo que yo quisiera aprendes es.... a hablar mucho, a hablar de todo, aunque no sepa nada, a hablar con mucho desenfado y mucho aplomo, y.... a vestirme bien; así, ¿V. comprende? al regreso, ¡pataplum! me nombran diputado!

(*Se oyen afuera los primeros gritos, pero no se sabe aun lo que gritan*)

CONCHITA

Ya comienzan. Mamá, mamá, ya es hora.

ESCENA XIV

DICHOS — PACÍFICA

PACÍFICA

Las banderas. Ayúdeme V. Zurita. Ayúdame tú también Conchita.... Ya están. Ahora los cartelones. Tome V. este para esa venta-

na; yo pongo este otro. Ya está todo. (*Hacen lo que dice el diálogo*).

(*Gritos de ¡muera Guerra, viva Paz!*)

CONCHITA

¡Me muero, mamita!.... oiga V.... Ca-llen.... oigan Vds.... gritan muera Guerra.

PACÍFICA

No puede ser.

ZURITA

No puede ser: ¡es imposible!

CONCHITA

Sí, sí.... oigan Vds.: muera Guerra, viva Paz.

(*Se repiten los gritos*).

ZURITA

¡¡¡ Es verdad!!!

PACÍFICA

¡Jesús nos valga! (*tiros afuera*)

ZURITA

¡Y tiros, tiros que no deben ser al aire! Estamos perdidos. Huyamos, corramos.

CONCHITA

¡Ay, me muero, me muero, mi papacito!

PACÍFICA

¡Mi marido! (*tiros*).

ZURITA

¡Siguen los tiros!; ¡en dónde me meto!

CONCHITA

¡Ave María purísima!

PACÍFICA

¡Señor de la Portería, acuérdate de la vela!

ZURITA

¿No hay un escondite?

CONCHITA

¡Virgen Santísima del Quinche!

ZURITA

¿No tienen Vds. un escondite, una alacena, un armario?

PACÍFICA

¡Qué armario ni qué pan caliente! Lo que hay que hacer es cambiar inmediatamente los letreros. Ayúdame hijita; este hombre no vale para nada.

ZURITA

¿Qué van Vds. a hacer?

PACÍFICA

Cambiar los letreros.

ZURITA

Es verdad; tiene V. razón: este a la otra ventana.

(*Pacífica ha metido uno de los letreros, Conchita el otro; Zurita quiere operar el cambio simplemente, poniendo uno en lugar de otro*)

PACÍFICA

No así, hombre; Conchita, unas tijeras y unos alfileres (*Conchita busca las tijeras y los alfileres por todas partes y termina por hallarlos; luego cortan los letreros y ponen con alfileres, Paz en donde estaba Guerra y viceversa. Entre tanto Zurita recorre la escena, tratando de ayudarlas, pero sin hacer nada*).

ZURITA

Pronto, pronto, apúrense Vds.

PACÍFICA

Ya esta operado el cambio; ahora a colocarlos de nuevo en donde estuvieron (*lo hacen*).

ZURITA

¡Sublime idea! Nos ha salvado V. Doña Pacífica. V. nació para salvadora de la Patria.

PACÍFICA

Cállese V. y puesto que ya cesaron los tiros, ¡a la ventana! a gritar como los otros, ¡Viva Paz, abajo Guerra!

ESCENA XV

DICHOS — CANUTO

D. CANUTO (*en el mayor abatimiento; los del balcón no le ven entrar*).

¡Perdido, perdido irremediamente! (*se deja caer en una silla*). De aquí al panóptico. ¡Y esas mujeres! allí, en la ventana, como si vieran una corrida de toros, sin pecararse del peligro, sin darse cuenta de la enormidad de la desgracia que nos amenaza (*los gritos en la calle redoblan, los manifestantes pasan y los del balcón gritan Viva Paz*). ¿Estarán locas? ¿o será que también ellas me han engañado? ¡Me han vendido, me han engañado! ¡todos me han engañado!, ¡hasta mi mujer y mi hija! ¡hasta ese ingrato de Zurita!

PACÍFICA

¿Estabas allí? ¿pero qué haces que no vienes a gritar? (*se acerca a él solícita e inquieta*) ¿te han dado talvez una pedrada?

D. CANUTO

¡Desgraciada! ¿no ves que estamos perdidos, arruinados? ¿no ves que con Guerra caemos todos?

PACÍFICA

Estamos salvados.

D. CANUTO

¿Salvados?

PACÍFICA

Salvados, gracias a mí; ven a ver lo que he hecho: he cambiado los letreros.

D. CANUTO

¿Como.... qué.... qué.... dices.... que has cambiado los letreros?

PACÍFICA

He puesto Paz en donde decía Guerra y Guerra donde decía Paz.

ZURITA

Ha salvado la situación.

D. CANUTO

¡Tú, tú has sido capaz de una idea tan luminosa? ¡Nunca lo hubiera creído!

PACÍFICA

Ideas así tenemos las mujeres; siempre hemos de ser nosotras las salvadoras de los hombres.

TODOS (*en la ventana*)

¡Viva Paz, abajo Guerra!

ZURITA

Don Canuto, me parece que de esta hecha Guerra no se levanta.

D. CANUTO

Merecido lo tiene, por no haber escuchado mis consejos: ¡cuántas veces le dije yo que pidiera a Europa un aeroplano, en el cual, en un momento dado, él y los suyos nos hubiéramos podido escapar por los aires!

PACÍFICA

Ya ves, a nosotros no nos ha hecho maldita la falta tu aeroplano: en momentos dados, más que saber volar se necesita saber evolucionar.

CONCHITA (*desde la ventana*)

¡Ay qué gusto, qué gusto, Camilo está ya libre!; vengan Vds. a verle, qué orondo viene, rodeado de una porción de gente que le

aclama (*gritos en la calle de viva Verdete*) ¡viva, viva Verdete!; (*gritan viva el mártir de la libertad*) ¡Oyen ustedes? ¡viva el mártir de la libertad! Qué gusto y qué ganas de reír, al mismo tiempo.

D. CANUTO

¡Qué les había dicho yo? Ese muchacho llegará muy alto.

ZURITA

Más que en sus aeroplanos, Don Canuto.

CONCHITA

Ya viene, ya entra; ¡ay, qué contenta estoy!

PACÍFICA

No se lo manifestes: se va a poner engreído.

D. CANUTO

Aunque se engría, hay que manifestárselo: es el hombre de la situación.

ESCENA XVI

DICHOS — CAMILO

(*Entra Camilo muy satisfecho: todos se precipitan a recibirle: le abrazan en medio de exclamaciones de júbilo. Cuando le toca el turno de*

abrazar a Conchita, se interpone Don Canuto y a quien abraza es a él. Al fin llega al sofá y le ofrecen el mejor sitio).

CAMILO

¡Gracias, gracias!... Siéntense Vds. Don Canuto, he visto por los cartelones que V. ha puesto en sus ventanas que es ya V. de los nuestros, y vengo a felicitarle.

D. CANUTO

Siempre lo fuí, Señor Don Camilo.

CAMILO

Aunque así no hubiese sido, mi deber me obligaba a decir a Vds. que nada tuvieran que temer, pues mi situación preponderante en el actual orden de cosas me pone en condiciones de ofrecerles toda clase de garantías

D. CANUTO

Situación bien merecida.

CAMILO

Los esbirros de la tiranía....

ZURITA (*aparte a D. Canuto*)

(Eso es por nosotros).

CAMILO

me redujeron a prisión, me cargaron de grillos y cadenas, me arrojaron a un negro calabozo, pero el pueblo libre y soberano me ha devuelto a la luz de la libertad.

CONCHITA

¡Que bien habla!

D. CANUTO

¿No les dije yo que la prisión le elevaría?

CAMILO

Ahora, por justa ley de las compensaciones, los que están en los calabozos son ellos, los esbirros y los tiranos.

D. CANUTO

¡Bien merecido!

PACÍFICA

¡Pobrecitos!

CONCHITA

Yo no les compadezco: también ellos han de salir en triunfo algún día.

ZURITA

¿Decía V. que todos estaban presos?

D. CANUTO

¿ Todos, inclusive Guerra ?

CAMILO

Todos, menos Guerra.

D. CANUTO

¿ Ha logrado fugar ?

CAMILO

No, pero ha logrado asilarse en casa de un amigo.

PACÍFICA

¿ Le queda aún algún amigo ?

CAMILO

Ahora el nuevo Gobierno se ocupa de buscar la manera decorosa de hacerle fugar.

PACÍFICA

¿ No tiene otra cosa en que ocuparse ?

D. CANUTO

Calla mujer ; ¿ cómo vas a decir eso ? El nuevo Gobierno se ocupá, probablemente, de la ardua tarea de reorganizar el país.

CAMILO

No, hombre ; eso no corre prisa : ahora se ocupa de repartir empleos.

PACÍFICA

¡ Ay Jesús ! ¿ lo que tendrá que hacer el pobre Gobierno !

CAMILO

Mucho ! Nuestro ilustre jefe es digno de compasión. Díganme Vds., ¿ van Vds. a la iglesia ?

CONCHITA

Sí, Señor, a misa de ocho a la Compañía.

CAMILO

Yo no : soy libre pensador.

CONCHITA

Y yo que le creía a V. tan buen cristiano por haberle visto una vez santiguarse al pasar por la acera del frente.

CAMILO

Puede ser . . . sí, sí, en efecto, me santi-
gué, porque caían rayos : un libre pensador
puede muy bien santiguarse cuando caen ra-
yos ; así como un conservador puede también
no ir a misa cuando tiene entre manos una
tunita católica . . . Detalles sin importancia.
Pero vamos al caso : si van Vds. a la igle-
sia habrán oído sermones, y si han oído ser-

mones conocerán Vds. el milagro de los cinco panes. ¿No lo conocen Vds.? Pues fué así: iba cierto día Jesús, el Galileo, a quien llaman Vds. el Salvador, por unas montañas muy altas y muy lejanas de la ciudad, acompañado de cinco mil hombres que se morían de hambre: ¡Pan, pan, Señor, danos pan!, clamaban.

PACÍFICA

O si no, se sublevaban.

CAMILO

Y el Señor no tenía en sus alforjas sino cinco panes; ¡cinco panes para aplacar el hambre de cinco mil hambrientos!

CONCHITA

¡Qué apuros!

PACÍFICA

Hay que ser madre de familia para saber lo que serían esos apuros, y ¿cómo salió al fin de ellos?

CAMILO

Haciendo lo que Vds. llaman un milagro: esos cinco panes se convirtieron en miles de panes, y nadie se murió de hambre.

PACÍFICA

¿Ni hubo sublevación? ¡ese sí que fue milagro!

CAMILO

Pues en el mismo trance se encuentra Paz, y por eso le compadezco: cinco mil personas le piden empleo, y en las alforjas gubernativas no hay ya sino cinco empleos disponibles.

D. CANUTO

¡Esos sí que son apuros!

CONCHITA

Pues que haga el milagro y Santas Pascuas.

PACÍFICA

Eso es, que haga el milagro, y mañana nos lo cuentan en el púlpito y se queda pequeña la Virgen del Quinche.

D. CANUTO

Que haga el milagro y todos le adoraremos.

ZURITA

¡Que haga el milagro!

TODOS

¡Que haga el milagro, que haga el milagro!

CAMILO

No, Señores, no lo hará. Paz no es hombre capaz de una abdicación de sus principios, y abdicación habría en valerse de medios sobrenaturales para salir de apuros: para salir de ellos le basta emplear el más natural de los medios, el más humano y el más empleado; el de ofrecer a todos.

PACÍFICA

Pero una oferta no quita el hambre; más valiera una negativa franca.

CAMILO

Una oferta no quita el hambre; pero una negativa nos quita un amigo.

ZURITA

Tiene razón; que ofrezca, que ofrezca a todo el mundo; no faltan medios de arreglarse.

CAMILO

Nada de arreglitos, amigo; el Gobierno de Paz es un gobierno honrado: nada de empleos supernumerarios, nada de plazas supuestas, nada de cargos inútiles, ni de sinecuras, ni de canongías.

ZURITA

(Nos fregamos).

D. CANUTO

(¡Ay de mí!)

PACÍFICA

Conchita ponte triste; ¿no ves que eso le toca a tu papá?

CAMILO

Así, por ejemplo, yo mismo, el factotum de la revolución, la piedra angular del nuevo orden de cosas, yo que tanto he sufrido, yo que tanto he trabajado....

D. CANUTO

Es inútil que V. nos lo diga, Don Camilo, V. irá a un Ministerio.

CAMILO

No, Don Canuto, desgraciadamente nunca fui miembro de la Prensa: voy a un cargo más modesto: a la dirección general de la pesca fluvial y marítima.

CONCHITA

¡Ay, que pena!, tendrá que irse V. a la costa.

CAMILO

No, Conchita: a la dirección general de la pesca fluvial y marítima de la Provincia de Pichincha.

UNOS

¡Ah!

OTROS

¡Oh!

ZURITA

(¿Qué irá a pescar éste en el Machángara?)

CAMILO

Bonito título ¿verdad? largo, sonoro, armonioso: director general de la pesca fluvial y marítima de la Provincia de Pichincha, suena bien al oído y da importancia a quien lo lleva. Y ¿qué proyectos los que tengo! Miren Vds., con una sola contribución que pienso crear, saldo el presupuesto nacional.

D. CANUTO

Merecerá V. que le elevemos una estatua en vida, Don Camilo.

ZURITA

¿Por la nueva contribución?

D. CANUTO

Por el saldo del presupuesto; ¿podremos saber qué contribución es esa?

CAMILO

Una muy simple que a nadie se le ha ocurrido.

PACÍFICA

Eso sí que no creo: ¿se figura V., que todavía hay una contribución que no se le haya ocurrido a nadie?

CAMILO

Sí, Señora: una ligera contribución a los pescadores, o minadores, de las quebradas de Quito.

D. CANUTO

Genial idea. Dígame V. Don Camilo, y perdone que le moleste con mi pregunta, ¿cree V. que el nuevo gobierno conservará la Dirección de la Escuela de Aviación?

CAMILO

¡No, no, no, jamás! ya le he dicho a V. que no queremos canongías.

D. CANUTO

¡Ay de mí!

PACÍFICA

¡Ay de mi marido!

CONCHITA

¡Ay de mi papá!

TODOS

¡Ay de nosotros!

PACÍFICA

Y vaya V. a tener convicciones y principios, vaya V. a gritar viva Paz hasta quedar ronca, y vaya V. a poner banderas y cambiar letreros; todo ¿para qué? para que nos dejen en la miseria, para que nos quiten el pan de la boca.

CAMILO

No se apuren Vds., no se apuren; para Don Canuto hemos pensado en una cosa mejor, más en armonía con su carácter y su manera de ser.

D. CANUTO

¡Qué es, qué es?

CAMILO

La Dirección del Manicomio.

D. CAMILO

Gracias, Don Camilo; es V. mi providencia. Estaré allí en mi elemento.

ZURITA

(Ahora es cuando) y para mí, Don Camilo, ¿no ha pensado V. en alguna cosita? ¿No le habrá sobrado, por si acaso, algún Consulado que no le sirva?

CAMILO

Sí, amigo simpático, le vamos a nombrar a V. Consul en Topinamba.

ZURITA

¡Albricias! ¡albricias! miren Vds. como, con sólo la oferta, soy otro hombre; me siento transformado, inteligente, activo: no soy tímido y me siento capaz de grandes cosas; en prueba de ello, voy a hacer una... ah! pero una y buena; ya lo van Vds. a ver: Conchita, acérquese V.; venga V. acá, Don Camilo (*delante de D. Canuto*) Conchita, Don Camilo Verdete le quiere a V.

CONCHITA

¡Ay no sé, qué Zurita!

PACÍFICA

¡Qué cosas del Zurita!

ZURITA

Digo que le quiere, y que ha venido a pedir a su papá la mano de V.

CONCHITA

¡Hele! qué se ha de suplir pues con la mano no más.

PACÍFICA

¡Niña!

CAMILO

En efecto, amigos míos, Zurita se ha adelantado a mis deseos, y puesto que él lo ha dicho, yo no hago otra cosa que confirmar sus palabras; Don Canuto ¿me concede V. la mano de su hija?

CONCHITA

¡Y dale con la mano! si no es más que la mano ¿qué necesidad tenía de pedírsela a papá?

CAMILO

¿Quiere V. darme a su hija en matrimonio?

CONCHITA

Eso sí ya es hablar claro.

D. CANUTO

Con mil amores; y tú, Pacífica ¿qué dices?

PACÍFICA

¿Yo? que con mil amores le concedo también la mano y el resto.

CAMILO

Gracias, señora.

ESCENA XVII

DICHOS—UNA CRIADA

CRIADA (*en traje de chola quiteña*)

¡Niña, niña! ¡ya se voltearon los pupus!

TODOS

¡Los pupus!
(*caen desolados en las sillas que tendrán detrás*).

D. CANUTO

¡Mujer, mujer! ¿qué has hecho de nuestra felicidad? ¿qué has hecho con tu prematuro cambio de letreros? ¡mira tu obra!

PACÍFICA

Quizás aun sea tiempo de remediarlo; voy a cambiarlos de nuevo.

CONCHITA

¡Sí, mamita, cámbielos: yo le ayudo.

ZURITA

Yo también.

D. CANUTO

Y yo (*se dirigen todos a las ventanas*).

CAMILO (*deteniéndoles*).

¿Qué hacen ustedes? Esperen; (*a la criada*)
ven acá: ¿quién te dió esa noticia?

CRIADA

El José Antonio.

CAMILO

¿Quién es el José Antonio?

CRIADA

Mi marido, pes.

CAMILO

Y ¿qué es tu marido para que pueda saberlo?

CRIADA

Chapa; ahurita vino a decirme que los pupus, que eran Guerristas, se han volteado y han salido gritando viva Paz.

CAMILO

¡Pero mujer! eso no es voltearse.

D. CANUTO

Eso es enderesarse.

PACÍFICA

¡Jesús! qué susto nos hemos llevado.

D. CANUTO

Todavía no me llega la camisa al cuerpo.

ZURITA

Aun estoy sudando frío.

PACÍFICA

Y todo por causa de esta chola cochina;
¡quítate de aquí!

CONCHITA (*mostrándole los puños*)

¡Fiera muda, venir a darnos semejante susto!

CRIADA

Yo ca que he de saber pes (*sale*).

ESCENA ULTIMA

TODOS, MENOS LA CRIADA

D. CANUTO

Nunca se me olvidará el rato de angustia que acabo de pasar.

PACÍFICA

Ni a mí.

CONCHITA

Ni a mí.

CAMILO

Se asustan Vds. por nada; ¿no vieron Vds.
mi sangre fría?

ZURITA

Yo sí que me asusté de veras, lo confieso;
pues ya era nada lo que salíamos perdiendo;
por fortuna sólo fue un susto, y la pesca que
hemos hecho siempre resulta la pesca mila-
grosa: todos pescamos algo: yo un consu-
lado, Don Canuto el manicomio, Conchita un
marido y Camilo una mujer guapa.

PACÍFICA

Y yo un yerno y un dolor de garganta a
fuerza de gritar:

Y pues que Guerra no es más
Presidente de esta tierra,
Digamos «que viva Paz
Y que nunca vuelva Guerra».

TELÓN

LA VISITA DEL POETA

JUGUETE COMICO EN UN ACTO

ESTRENADO EN EL TEATRO SUCRE DE QUITO EL 5 DE

MARZO DE 1915 POR LA COMPAÑIA

LEOPOLDO DE DIEGO.

REPARTO

| <i>Personajes.</i> | <i>Actores.</i> |
|--------------------|-----------------|
| DOÑA IGNACIA | SRA. MONTI. |
| FLORENTINA | SRTA. PALOU. |
| PETRONA | SRA. DE DIEGO. |
| DON PASCUAL | SR. ORTEGA |
| APOLO | SR. DE DIEGO |
| OSCAR DE LAS ROSAS | SR. CASTILLO. |
| TORCUATO | SR. FREGOLLI. |

En Quito. — En nuestros días.



LA VISITA DEL POETA

ACTO UNICO

La escena representa una habitación amueblada al gusto quiteño entre gente cursi. Dos puertas al foro: por la de la derecha se comunica con las demás habitaciones de la casa; la de la izquierda conduce a la calle. A la izquierda una ventana; a la derecha dos puertas, de las cuales la primera se supone que es del dormitorio y la segunda del cuarto de Don Pascual. Tendido de costal con un desgarrado cerca de la puerta del foro que da a la calle; en el tumbado un descascarado producido por una gotera. Un sofá, sillas convenientemente distribuidas; una mesa redonda y sobre ella un recado de escribir, libros y un album; en una de las paredes un cuadro o grabado; por tierra dos o tres esterillas.

ESCENA I

DOÑA IGNACIA — FLORENTINA

(Al levantarse el telón aparecen Doña Ignacia y Florentina sentadas, la primera medio dormida junto a un cesto de ropa que ha estado cosiendo y con la labor en las faldas, y la segunda con un libro en la mano).

FLORENTINA (leyendo)

«Apenas pasaron el rastrillo, algunos bandidos se acercaron para ayudarla a desmontar. Amigos míos, les dijo Dimas con dulzura, os presento a mi hermana; tratadla como se merece. Fin del primer tomo.» (cierra el libro) ¡Ay qué bonito es, me privo, qué bonito es!

IGNACIA (despertando)

¡Lindo!... ¿En qué paró?

FLORENTINA

¿No lo ha oído V. mamita?

IGNACIA

Estaba un poco distraída.

FLORENTINA

Dormida, dirá V. A mí me sería imposible dormir oyendo leer.

IGNACIA

Bien te dormiste anoche, mientras tu padre leía.

FLORENTINA

¡Qué gracia! ¡Si eran discursos del Congreso! ¿Quiere V. que empecemos el segundo tomo?

IGNACIA

No, hija, basta ya de lectura: cosamos un poco; toma, ayúdame a remendar estos pantalones de tu padre: no hay sino que ponerles un parchecito aquí.

FLORENTINA (de mala gana)

¿Tiene V. tela del mismo color?

IGNACIA

No.... ponle de esta que es casi igual.

FLORENTINA

Se va a notar mucho.

IGNACIA

¡Qué se va a notar, si esto cae bajo la levita! Yo voy a seguir zurciendo estas medias: guarda estas que ya no admiten remiendo ni zurcido para que se las des a ese pobre Apolinario. Hay que ser caritativas, hija.

FLORENTINA

Mamita, ¿por qué me puso V. el nombre de Florentina?

IGNACIA

¡Qué ocurrencia! ¿No estás contenta con tú nombre?

FLORENTINA

Sí... pero hubiera preferido otro; un nombre más raro; hubiera querido llamarme Cleopatra, por ejemplo... Si yo tuviera una hija, le pondría el nombre de Cleopatra, y si fuera un hijo, le llamaría Boanerges.

IGNACIA

¡Eso es! Un nombre que no está en el calendario, un nombre de perro.

FLORENTINA

¡Calle, mamita! ha de decir V. que Boanerges es un nombre de perro ¡el nombre del amante de María Magdalena!

IGNACIA

¡Jesús! Con razón dice el Padre Gerónimo que las novelas trastruecan a las niñas. Mira hija, en lugar de pensar en nombres raros para tus hijos, deberías primero pensar en tener un marido.

FLORENTINA

¡Ay no sé, qué mamá!

IGNACIA

Sí, hija, sí; a tu edad yo ya tenía un novio: tu padre.

FLORENTINA

Ya ve V. yo no lo tengo.

IGNACIA

Porque no quieres: para tenerlo te bastaría no mostrarle tan mala cara a ese pobre Torcuato que se está muriendo por tí.

FLORENTINA

¡Ja, ja, ja!, ¡el Torcuato!

IGNACIA

¿Y por qué te ríes? Yo encuentro que sería un buen partido: tiene un empleo.

FLORENTINA

Ya lo sé: es empleado de la Policía; pero no me río por eso, sino porque se llama Torcuato, Torcuato Buenaño, ¡ja, ja, ja!

IGNACIA

Preferirías que se llamase Oscar, como el héroe de la novela que leíste el otro día,

Oscar y Amanda, ¡siempre las novelas! u Oscar de las Rosas como ese poeta que nos ha caído en Quito no se de dónde.

FLORENTINA

De España: es un gran poeta; un poeta viajero que recorre la América en busca de impresiones y que ha honrado al Ecuador con su visita.

IGNACIA

Si te figuras que va a venir a hacerte la corte, que se va a enamorar de una quiteña....

FLORENTINA

¿Y por qué no? Se han visto casos parecidos....

IGNACIA

Sí, en las novelas.... No digas tontorías.... Pásame el dedal.

FLORENTINA

El dedal (*lo busca*).

IGNACIA

Tú debes tenerlo.

FLORENTINA

No, mamita (*sigue buscando*).

IGNACIA

Búscalos (*lo busca ella también*).

FLORENTINA

No lo encuentro.... a ver aquí, a ver.... no está.... aquí.... tampoco....

IGNACIA

Ya lo has perdido.... ¡qué cabeza la tuya!.... ¡y era el dedal de plata, recuerdo de tu padre cuando estaba de novio!

FLORENTINA

¡Pero mamita, si lo tiene V. en el dedo....!

IGNACIA

Deveras.... ¡qué tonta soy!

FLORENTINA

Ya está casi acabado; (*por los pantalones*) unas puntaditas más y estarán listos; (*deja los pantalones sobre una silla y se acerca a la ventana*). Ya viene papá, y ¡qué de prisa viene!

IGNACIA

¡Ay Dios mío! qué habrá pasado: tu padre nunca se apura.

FLORENTINA

Ya entra: viene casi corriendo.

IGNACIA

De seguro hay algo nuevo: talvez una revolución.

FLORENTINA

Eso ne sería nuevo.... debe ser porque amenaza llover.

IGNACIA

¿Y eso te parece nuevo?

FLORENTINA

Ya está aquí.

ESCENA II

DICHOS — PASCUAL

PASCUAL

¡Pronto, pronto mujeres, a prepararse!

IGNACIA

Pero ¿qué ocurre?

FLORENTINA

A prepararse ¿para qué?

PASCUAL

¡A arreglar este cuarto.... a vestirse....! yo también voy a vestirme, digo, a cambiarme estos pantalones que tienen rodillera.

IGNACIA

Pero ¿para qué?

PASCUAL

¿Están ya listos mis pantalones? (*los toma*)
¡Y no están!: ya no puedo cambiármelos....
!!! Ay!!!

IGNACIA

¿Qué pasa?

PASCUAL

Que me pinché con la aguja. (*tira los pantalones sobre una silla*).

IGNACIA

¡Ay Jesús qué hombre! ¿querrás decir qué apuros son los tuyos?

PASCUAL

Que vamos a tener una visita; que nuestra casa va a ser honrada con la presencia de un gran hombre, y que es preciso hacerle los honores que le corresponden. ¿Lo han comprendido por fin?

IGNACIA

Ahora menos que nunca; ¿quién va a venir? ¿cómo se llama?

FLORENTINA

(¡Si fuera él!)

PASCUAL

Don Oscar de las Rosas.

FLORENTINA

(¡Es él!)

IGNACIA

¿Ese hombre de tantas campanillas, de quien todo Quito se ocupa?

PASCUAL

El mismo. Se me ha hecho presentar y me ha pedido permiso para venir a ofrecer a Vds. sus respetos.

IGNACIA

Pero ¿estás loco? ¿Te figuras que le vamos a recibir, así, de buenas a primeras? ¡Nos haremos negar!

FLORENTINA

No, mamita, no; ¿cómo vamos a negarnos a recibir a un hombre tan ilustre?

PASCUAL

Que viene a honrar nuestra casa.

FLORENTINA

A un poeta.

IGNACIA

Para poetas ya tenemos bastante con Apolo.... ¿y en dónde le vamos a recibir?

PASCUAL

Aquí.

FLORENTINA

Aquí, mamita, en este cuarto.

IGNACIA

Bonito está el cuarto para recibir visitas de etiqueta: miren estos muebles.... y este costal.... y este goterón.... vengan a ver, vengan a ver el goterón que se ha abierto con la última granizada. (*Mostrándoles ya el costal roto, ya la gotera*).

PASCUAL

¿Qué importa eso? ¡Cosas de mujeres!

FLORENTINA

No importa: limpiaremos el polvo de los muebles, pondremos una esterilla sobre el ro-

to del costal, y en cuanto a la gotera, no creo que el señor de las Rosas venga a mirar al tumbado.

PASCUAL

Los hombres como él no se fijan en esos detalles.

IGNACIA

¡Qué sea por el amor de Dios! (*Consintiendo a la fuerza*).

FLORENTINA

¡Ay qué gusto! Me voy a peinar (*sale*).

PASCUAL

¡Qué honor! Me voy a mudar (*sale*).

ESCENA III

IGNACIA

Y yo, ¿no tengo qué peinarme ni qué mudarme?... Después de todo, puede que tengan razón; quizás sea un buen partido para Florentina... Arreglemos un poco este cuarto.... Esto aquí (*pone el cesto de costura bajo el sofá*) Uiiii que polvo (*limpia el polvo de los muebles con los pantalones que habrán quedado sobre la silla*) ¡Qué locura! Un hom-

bre como él ha de venir a fijarse en una niña pobre.... Ella se lo merece, ¡ya lo creo que se lo merece! Como bonita, que me den otra más bonita en todo Quito; y como instruida, que me den otra más instruida.... ¡Lo que sabe esa niña! yo me quedo boquiabierta oyéndola, y eso que soy su madre.

ESCENA IV

IGNACIA — TORCUATO

TORCUATO

¿Se puede? Buenos días, Misia Ignacita.

IGNACIA

Venga V. Torcuatito: llega V. a tiempo. ¡Jesús! no sabe V. en qué apuros nos encontramos.

TORCUATO

¿Se ha huído la criada?

IGNACIA

No. Tenemos una visita de etiqueta.... Tome V. esto (*le da los pantalones*) ayúdeme V. a limpiar el polvo de ese cuadro, V. que es alto; súbase a esta silla.

TORCUATO (*subiendo a la silla*)

Con mucho gusto.... ¿Se puede saber qué visita es esa?

IGNACIA

Una de mucha importancia: la de Don Oscar de las Rosas.

TORCUATO

Oscar de las Rosas.... ¡Misia Ignacita, por Dios, ayúdeme V. a bajar que me voy a caer!.... Tome V. esto (*le da los pantalones que Ignacia coje y tira detrás de un mueble y después le da la mano para que baje*) ¡Ay, qué desgraciado soy!

IGNACIA

¿Qué le pasa a V.?

TORCUATO

Que soy muy desgraciado, Misia Ignacia; que ya he debido preveer que ese hombre vendría a su casa.

IGNACIA

Pues nosotras estamos muy contentas, en especial Florentina.

TORCUATO

¡Ay, Misia Ignacia, me está V. matando!.... ¿no ve V. que ese extranjero, venido

nadie sabe de donde, le hace la corte a Florentinita?

IGNACIA

¡Ah!.... y Florentina que nada me había dicho.... ¿Cómo lo sabe V.?

TORCUATO

Porque todo el mundo lo sabe; porque le pasea la calle, le sigue como la sombra al cuerpo, le espera en la puerta de la Iglesia.

IGNACIA

¡Y yo que no lo había notado!

TORCUATO

No, Señora, V. no ha notado nada: las madres tienen siempre los ojos vendados cuando se trata de sus hijas, y V. no ha visto que Don Oscar será todo lo poeta que V. quiera, pero que hace el amor tontamente, como todo el mundo, como yo. ¡Ay, Misia Ignacita, qué desgraciado soy!

PASCUAL (*entrando en mangas de camisa*)

Ignacia ¿quieres hacerme el lazo de la corbata? Ah! (*repara en Torcuato y sale precipitadamente*).

IGNACIA

Crea V. Torcuatito que siento mucho lo que V. me cuenta.

FLORENTINA (*a medio vestir y con papelitos en el cabello*).

Nací en la cumbre

De una montaña (*cantando*)

Mamita, abrócheme V. la blusa: Ayyy!
(*sale corriendo al ver a Torcuato*).

IGNACIA

No les haga V. caso. Acabemos de arreglar este cuarto.... esta silla aquí....; esta mesa.... ayúdeme V. a retirar esta mesa.... un poquito más. Ya está ¡Ah! hágame V. el favor de poner la esterilla sobre el roto del costal.

TORCUATO (*haciendo lo que se le manda*).

¡Nada más?

IGNACIA

Nada más; ahora voy yo también a arreglarme un poco. ¡Ah! se me olvidaba; ¿qué piensa V., Torcuatito, que podemos ofrecer a ese caballero?

TORCUATO

¡A Don Oscar? ¡Veneno!

IGNACIA

Ay no sé, no sea V. loco.

TORCUATO

Bueno; pues entonces, yo en su caso, le ofrecería un vaso de cerveza o una copita de mistela.

IGNACIA

Dice V. bien.... (*pensativa*) ¡Ay, Torcuatito! ¡qué vida tan triste es ésta!

TORCUATO

Eso digo yo.

IGNACIA

Bien le decía yo a mi marido que sería mejor no recibir esa visita, que nos iba a poner en compromisos.

TORCUATO

Eso hubiera sido lo mejor.

IGNACIA

Pero ya es tarde para echar pie atrás,.... ¡y los gastos que nos va a ocasionar! y nadie que nos ayude, que....

TORCUATO

¡Talvez no tienen Vds. en casa cerveza ni mistela?

IGNACIA

Se nos han acabado.

TORCUATO

Si V. me permitiera....

IGNACIA

Siga V. siga V.

TORCUATO

Que si V. me permitiera.... yo iría por ellas.

IGNACIA

Por qué se va V. a molestar. No se moleste.... al frente no más hay una tienda.

TORCUATO

No hay molestia. Vuelvo en el acto. (¡y todo por ella, por la ingrata Florentina, y para que se lo beba con otro!) *(sale)*.)

IGNACIA

Tantas gracias. Este sí que es un buen amigo y ¡cómo se ve que es persona decente! Pero ahora que me acuerdo ¡y copas! ¡y vasos! Habrá que pedírselos a la vecina. ¡Petronal! ¡Petrona! *(gritando)*.

ESCENA V

IGNACIA — PETRONA

PETRONA *(traje de criada quiteña)*

Ñiña.

IGNACIA

Ven acá: te voy a mandar con un recado: ¡lo sabrás decir?

PETRONA

He de decir no más.

IGNACIA

Bueno: pues te vas a la casa de a lado, donde la Señora Miche, y le dices así, oye bien: manda a decir la niña, que es mi vecinita, que es mi hijita, que cómo está, que cómo ha estado, que le haga el favor de prestar cuatro copitas y cuatro vasitos para un ratito no más. ¿Has comprendido?

PETRONA

Héle, cómo no he de comprender pes.

IGNACIA

Repíte, ¡cómo lo vas a decir?

PETRONA

Manda a decir la niña que es mi vecinita, que es mi hijita, que cómo está, que cómo ha estado, que ahí le manda....

IGNACIA

Que me haga el favor de prestar, ¡chola bruta! de prestar....

PETRONA

Que me haga el favor de prestar chola bruta....

IGNACIA

De prestar cuatro copitas y cuatro vasitos.

PETRONA

De prestar cuatro copitas y cuatro vasitos.

IGNACIA

Bien: anda corriendo. (*sale Petrona*)

ESCENA VI

IGNACIA. — TORCUATO

TORCUATO

Ya estoy de vuelta.

IGNACIA

¡Tan pronto?

TORCUATO

No fui sino a la tienda del frente; una botella de mistela y dos de cerveza, de la imperial (*las pone en la mesa*).

IGNACIA

Muchas gracias; lo que siento es que se haya molestado.

TORCUATO

No hay molestia, ni de qué agradecer.

IGNACIA

Ahora me va V. a perdonar que le deje. Apenas tengo tiempo para arreglarme. (*sale*)

ESCENA VII

TORCUATO

Vaya V. vaya V. También a mí me ha entrado curiosidad de ver de cerca a ese ladrón; sí, porque es un ladrón, un ladrón que me va a robar el afecto de Florentina.... ¡Qué clase de animal raro será un poeta visto de cerca?... Esperemos. Hasta aquí, aunque el tal Don Oscarcito me da mala espina, nada se ha perdido todavía, pues no me consta que Florentina le quiera....

es verdad que no me consta que me quiera a mí tampoco; pero ¿si le llegara a querer?... ¡pues nada! si le llega a querer me mato, si Señor, me mato, y después le mato a Don Oscar.... no, no, digo, primero le mato a él y después a Florentina.... ¡ca! no Señor, a Florentina no la puedo matar ni antes ni después, porque la quiero mucho, pero mucho, y lo que es yo, no me mato tampoco, ni le mato a él, ni a nadie; yo no soy capaz de matar a nadie.... Hola, tú por aquí, Apolo.

ESCENA VIII

TORCUATO — APOLO

APOLO

(Barba y cabellos largos y descuidados, levita abrochada desde el cuello, para ocultar la falta de camisa; sombrero de copa apabullado, etc.)

No soy Apolo; no soy sino Apolinario: cuando vengo a esta casa recobro mi primitivo nombre.

TORCUATO

¡Apolinario! ¿Quién te reconoce por Apolinario?

APOLO

Mi prima Ignacia. A V. se lo puedo decir: Ignacia es mi prima.

TORCUATO

No lo sabía.

APOLO

Pues ya lo sabe V. Yo soy el pariente pobre que a nadie le falta, ni aun a los más pobres, porque siempre hay otros más pobres que ellos: un pariente a quien se reconoce de mala gana y se recibe a hurtadillas, a quien se socorre y se ocupa como a un criado. ¡No hay desgracia peor que ser pariente pobre!

TORCUATO

Si se avergüenzan de tí no será, porque seas pobre, sino por la vida que llevas....

APOLO

¡La vida que llevo!

TORCUATO

Sí, la vida.... Vamos....

APOLO

Dígalo V..... o no, déjeme que se lo diga yo: la vida arrastrada.

TORCUATO

Eso.... tú lo has dicho: siempre en las tabernas, siempre borracho.

APOLO

No he olido una copita.... digo, hoy no he olido todavía una copita. En vano he ido allá.... a donde V. dice, y ¡nada! no he encontrado aficionados a las musas.

TORCUATO

A las copas, a otros como tú.

APOLO

A las musas: si bebo la culpa la tienen ellos, los aficionados a las musas, a la divina poesía.

TORCUATO

Porque haces versos.

APOLO

Los hacía: ahora no sé si los hago o si solamente los recito. Tengo la mar de versos en la cabeza y no sé si son míos o ajenos. Sólo una cosa tengo de poeta verdadero: la pobreza.

TORCUATO

(Pobre hombre)

APOLO

Cuando salí del Colegio, — aquí donde V. me ve, he estado en el Colegio,—hacía versos muy bonitos: a la Virgen María, a San Luis Gonzaga, al Padre Prefecto, a mi Madre, a una florecilla, a muchas cosas tiernas y puras. En la Universidad,— también he estado en la Universidad,—pero ¿qué quería V. que yo hiciese en la Universidad?

TORCUATO

Hacerte abogado.

APOLO

¡Abogado yo? Míreme V. bien: ¿tengo yo cara de Arsenio Lupin?

TORCUATO

Pues médico.

APOLO

No, no, no; ya tenemos bastante con las fiebres, las pulmonías, los alambres de la fuerza eléctrica y los tranvías.

TORCUATO

Cura, entonces.

APOLO

Tampoco: no quiero tener.... sobrinos. Bueno, decía que en la Universidad seguí con mi manía de hacer versos, pero ya no a los santos, ni a la Virgen, sino a las muchachas, y ésta fué mi perdición.

TORCUATO

¿Las muchachas?

APOLO

No, los versos: la poesía no daba en ese tiempo para vivir.

TORCUATO

Ni ahora tampoco.

APOLO

Y tuve que dar otro rumbo a mi vida.

TORCUATO

Te hiciste tunante, y fuiste rodando, rodando.

APOLO

Me convertí en lo que se llama un buen pie para una diversión: me invitaban a todas partes, y como no perdí la buena costumbre de ir todos los años a los ejercicios del Te-

jar, y como además me hice conspirador, llegué a ser un tipo muy simpático.

TORCUATO

Y siempre haciendo versos.

APOLO

¡Siempre! y mire V., si en ese tiempo la poesía no me daba para vivir, ahora me da para beber. Oh! para beber moderadamente: para hacer las mañanitas, para abrir boca, aunque siempre me quedo con la boca abierta, para asentar el café, aunque nunca tomo café, para que se me pase un susto, para cerrar un negocio, para felicitar a un amigo, para celebrar una fecha memorable, para....

TORCUATO

¡Basta, basta!, pues no es poco lo que bebes.

APOLO

Regular. Bueno; voy pues a un café, o a una taberna; como V. dice con injustificable desprecio que me hiere, sí, Señor, que me hiere; entro: adiós Apolo, me dicen las personas que allí encuentro, que son muchas, ¿qué tal de inspiración? Regular; yo soy modesto y mi inspiración no pasa de ser regular; pues vamos a ver si nos echas unos ver-

sitos; ¿a quién? los temas son siempre muy variados: a Hipólito Paz, a Panfilio Guerra, o contra ellos, pues a mí me da lo mismo, a la libertad, a la independencia, a una niña bonita, a esto, a quello, a lo de más allá, y yo los echo, los echo....

TORCUATO

Y las copitas llueven.

APOLO

Tanto como llover, no; pero caen, caen algunas.... Otras veces son los enamorados quienes vienen a pedirme versos para sus adorados tormentos. Estos se pagan caros.

TORCUATO

Según eso, tienes tarifa fija.

APOLO

Variable según el nombre de la niña: a una Rosa, a una María, a cualquier otro de consonante fácil, una peseta; para los nombres difíciles o raros, dos; la copita va de yapa.

TORCUATO

Y ellas, las niñas ¿te piden también coplas?

APOLO

A menudo, pero en secreto.

FLORENTINA (*al paño, cantando*)

Nací en la cumbre
De una montaña.

APOLO

Florentina.... Ahí tiene V. una de mis clientas.

TORCUATO

¡También ella!: no hay chifladura más fácil de cogerse que la chifladura poética.

APOLO

Chut! se lo digo a V. con toda reserva.

TORCUATO

Pero, vamos a ver, ¿para quién son los versos que ella te ha pedido?

APOLO

Ah! Es V. muy curioso, pero se lo voy a decir: para un hombre de un nombre muy raro, Oscar de las Rosas.

TORCUATO

¡Para él! ya me lo decía el corazón. Soy muy desgraciado, Apolo.

APOLO

(Creo que he hecho una plancha) Pero
¿qué le pasa a V.?

TORCUATO

Qué me ha de pasar, sino que maldigo de
los versos, de los poetas, de tí y de todo el
Parnaso.

APOLO

¡Lástima!

TORCUATO

¿Lástima de qué?

APOLO

De V. Yo le creía a V. un hombre inte-
ligente y resulta que también V. está enamo-
rado y que también V. llora por una mujer.

ESCENA IX

DICHOS — FLORENTINA

FLORENTINA

¿Estaban ustedes aquí?

APOLO

Aquí estamos.

TORCUATO

Yo no, no estoy aquí: yo estoy en el Pur-
gatorio; y me voy. Adiós.

FLORENTINA

Hele! ni si fuera agua bendita.

TORCUATO

¡Adiós para siempre, ingrata!

ESCENA X

DICHOS MENOS TORCUATO

FLORENTINA

Se fué... y ha hecho muy bien. Pero ¿por
qué se ha ido? ¿por qué me ha llamado in-
grata?

APOLO

No lo sé: en el curso de la conversación
pronuncié inocentemente el nombre de Oscar
de las Rosas y eso ha bastado para ponerle
triste y para que se vaya.

FLORENTINA

¡Está celoso: ja, ja, ja! Vamos a ver, Apo-
lo, ¿está ya eso?

APOLO

Aquí está (*le da un papel*).

FLORENTINA

A ver, a ver: a Oscar de las Rosas ¡y la firma! Eso es: una de sus víctimas; y en papel fino, con una orla de flores y un corazón atravesado por una espada. Te has lucido, Apolo. Leámoslos.

APOLO

No hace falta leerlos: en los versos, para juzgar de ellos, basta ver el título y el nombre del autor.

FLORENTINA

Los leeré para mí (*los lee dando pruebas de satisfacción*). Lindos, Apolo, lindos; te digo que te has lucido.... Cerremos el sobre. Tú mismo me vas a hacer el favor de llevarlos a su destino.

APOLO

¡Eso no! Apolo enciende los corazones, pero no es una Madre Celestina.

FLORENTINA

Sí, sí, te lo pido por favor: si no me lo haces tú ¿quién me lo va a hacer? Te lo pide tu sobrinita.

APOLO

Ah! ahora sí somos parientes, eh? Bueno, me has enternecido: lo haré por tí.

FLORENTINA

Pero que no lo sepa nadie.

APOLO

Pierde cuidado.

FLORENTINA

Gracias, Apolo. Toma, aquí tengo algo para tí (*buscando en el cesto de costura*). Este par de medias.

APOLO

¡Un par de calcetines por una poesía! ¿Estás loca chiquilla? Crees tú que mi genio se prostituye por un par de calcetines viejos? (*guarda las medias en el bolsillo*).

FLORENTINA

Es que no tengo otra cosa que darte.... Ah, sí, te daré algo de comer: ¿has comido ya?

APOLO

¡Comer! esa palabra me es desconocida.... desde ayer.

FLORENTINA

Vente conmigo, y si vuelves más tarde te daré algo de eso (*mostrándole las botellas*).

APOLO

¡Divina muchacha!

ESCENA XI

DICHOS — IGNACIA — PASCUAL

IGNACIA

¡Tú por aquí? Pues hijo, caes muy mal.

APOLO

Ya lo sé, yo caigo siempre a mala hora: a la hora de mandarme a noramala

IGNACIA

¡Qué se te ofrece?

APOLO

Se me ofrece que....

FLORENTINA

Que el pobre no ha comido todavía.

IGNACIA

¡Que no ha comido? Embustero: si le hemos dado de comer ayer que vino con la

misma cantaleta. Florentina, dale esas medias que guardamos para él.

FLORENTINA

Ya se las he dado.

APOLO

Ya me las ha dado, pero aún no me las he comido.

IGNACIA

Anda, hija, ve si hay algo en la cocina, pero pronto.

PASCUAL

Pronto y que no vuelvas a mostrar la cara por aquí.

ESCENA XII

IGNACIA — PASCUAL

IGNACIA

¡Que nunca nos hayamos de ver libres de la visita de este hombre!

PASCUAL

Hay parientitos a quienes sería preciso enterrar.

IGNACIA

¿Y qué nos supliéramos con enterrarle, si no tiene dónde caerse muerto, y nosotros tuviéramos que costear el entierro?

PASCUAL

Felizmente don Oscar ha tardado un poquito en venir, que de no, se encontraba con él aquí. Ya no debe tardar mucho: son las cinco. ¡Tengo una emoción!

IGNACIA

¡Y yo un miedo!

PASCUAL

¿Miedo de qué?

IGNACIA

De todo: de ese extranjero que va a venir, de recibirle en este cuarto, de Florentina.

PASCUAL

¿Y qué tiene que ver Florentina con esto?

IGNACIA

¿Y si se enamora de ella? ¿y si ella se enamora de él?

PASCUAL

¡Tanto mejor! ¿Qué más nos quisiéramos nosotros que ver casada a nuestra hija con un hombre tan eminente?

IGNACIA

Con un extranjero.

PASCUAL

¡Mejor que mejor! Ya se lo quisieran para sí muchas señoritas de Quito.

IGNACIA

¿Y si no es para casarse?

PASCUAL

Si no es para casarse..... hum, hum....
¡Será para eso, mujer!

IGNACIA

¿Y si se la lleva Dios sabe a dónde? Pobre hijita de mi alma, no la volveré a ver! (*llora*).

PASCUAL

No seas necia ni me vengas con lagrimitas. Piensa antes en no hacer ni decir tonterías delante de Don Oscar: cuida tu lenguaje y tus maneras: no digas ca, pues a veces lo olvidas y lo sueltas. Hay que parecer bien educados delante de él. Lo que siento es que nuestra situación no nos permita agasajarle como se merece, ofreciéndole algo, algún refresco, una copita de licor. . .

IGNACIA

Ya he pensado en eso: mira (*mostrándole las botellas*).

PASCUAL

¡Ah! ¿y de dónde las has sacado?

IGNACIA

De mis ahorros, de las economías de la cocina.

PASCUAL

¿No has cometido la indelicadeza de pedirselas a alguien?

IGNACIA

No faltaba más: ¡hubiera hecho yo semejante cosa!

PASCUAL

No insistamos.

ESCENA XIII

DICHOS — APOLO — FLORENTINA

- IGNACIA

¿Otra vez aquí?

APOLO

Por despedirme y por agradecerles....

PASCUAL

Bueno, pues no hay de qué y márchate.

IGNACIA

Prontito (*llaman a la puerta*).

PASCUAL

Es él: ya no hay tiempo.

IGNACIA

¡Y se van a encontrar aquí! Pero hombre de Dios ¿quién te mandó venir?

FLORENTINA

Le haremos salir por aquí, por la puerta del dormitorio.

IGNACIA

Por aquí, por aquí.

PASCUAL

Por aquí (*sale Apolo*).

ESCENA XI

DICHOS MENOS APOLO — OSCAR

OSCAR

(*Aparece y saluda ceremoniosamente: da algunos pasos con la mano extendida para saludar*)

a Pascual y tropieza en el roto del costal. Don Pascual.

FLORENTINA

¡Ay, me muero! ¡qué vergüenza!

PASCUAL

Perdone V., señor de las Rosas.

OSCAR

No ha sido nada: he hecho una genuflexión para saludar a estas damas.

IGNACIA

¿Qué dice que ha hecho? (*a Florentina*).

PASCUAL

Tengo el honor de presentar a V. a mi esposa.... mi hija.

OSCAR

Cuánto honor.... Señora, beso a V. los pies.

IGNACIA

¡Jesús! ni si fuera pobre de Jueves Santo.

FLORENTINA

¡Mamá!

OSCAR

Señorita, es V. encantadora.

FLORENTINA

Favor que V. me hace.

PASCUAL

Tome V. asiento.

IGNACIA

Siéntese aquí.... aquí.... aquí que es más suavito.

OSCAR

Estoy bien en cualquiera parte. La acogida que Vds. me dispensan me honra sobre manera.

IGNACIA

Eso ca dice no más.

PASCUAL

(No digas ca).

OSCAR

Ca, no señora: hablo con el corazón en los labios.

IGNACIA

(Lo has oído? él también dice ca ¿por qué no lo he de decir yo?) Yo ca pensé que se estaba burlando.

OSCAR

Señora, nunca me habría tomado tal libertad. Las burlas no cuadran con el carácter de un poeta. ¿Qué le parece a V., señorita?

FLORENTINA

Yo.... yo.... pues yo no lo sé.... yo no tengo opinión.

PASCUAL

Mi hija no tiene opinión; no tiene más opinión que la de su padre.

IGNACIA

¡Eso, sí señor, eso! Conservador es el padre, conservadora debe ser la hija.

OSCAR

No hablaba de opiniones políticas, sino de opiniones literarias: debe V. tener sus preferencias, sus gustos....

IGNACIA

Sí señor, no es por estar ella presente y aunque me esté mal el decirlo, mi hija ¡tiene unos gustos! Ahora mismo casi se muere de gusto leyendo la historia del Boanerges.

FLORENTINA

El Mártir del Gólgota, mamá.

PASCUAL

Le gusta mucho la lectura; es como su padre.

OSCAR

Novelas, probablemente.

FLORENTINA

Novelas y versos, pero selectos.

PASCUAL

No le permito leer sino obras maestras.

OSCAR

Hace V. bien. ¿Ha leído V. alguno de mis libros?

FLORENTINA

Sí, sus versos. ¡Qué lindos que son!

OSCAR

¡Bah! Los he escrito así, a la ligera, al correr de la pluma. *(Ignacia comienza a toser y hace señas a su marido a quien se le ha deshecho el nudo de la corbata. El no lo nota, pero sí Oscar, que se pone inquieto.)*

IGNACIA *(a Florentina)*

La corbata de tu Padre.

OSCAR

¿Con que, le han gustado a V.?

FLORENTINA

Me encantan.

IGNACIA

A mí también (ahora se le va a caer).

OSCAR (*a Ignacia*)

¿También V. los ha leído?

IGNACIA

No, señor.

PASCUAL

Mi mujer se dedica a otra clase de lecturas.

IGNACIA

Yo no leo más versos que los del almanaque de Bristol. (*Pascual comprende por fin las señas y se arregla la corbata*). (¡Por fin!)

OSCAR

Los míos son hermosos, no se lo puede negar: he puesto en ellos toda mi alma, todo el fuego de mi corazón.... Aun tengo otros mejores.

FLORENTINA

¿Publicados?

OSCAR

No; por hacer. La naturaleza de este país me ha inspirado y tengo en proyecto un poema que será mi obra maestra: desgraciadamente aquí no se sabe apreciar las producciones del ingenio. El Ecuador no es un país propicio a los poetas.

IGNACIA

¿Qué dirán en los otros Ecuadores!

FLORENTINA

Lástima.

ESCENA XV

DICHOS — PETRONA

PETRONA

Dice la ña Miche, que es mi hijita, que es mi vecinita....

IGNACIA

Bueno, bueno, deja eso en el otro cuarto (chola más bruta); anda tú a ver (*a Florentina que sale con Petrona*).

PASCUAL

No haga V. caso: son cosas de mujeres.

IGNACIA

¿Tomará V. una copita de alguna cosa?

OSCAR

De lo que V. guste. Siempre será para mí un honor tomarla con Vds.

PASCUAL

El honor será para nosotros.

IGNACIA

Le servirá para abrir boca (*ruido de vasos que se rompen afuera*) Apostara que son los vasos; ¡no he visto chola más rompedora! (*sale corriendo y en la puerta se encuentra con Florentina que entra.*)

PASCUAL

No haga V. caso; son cosas de mujeres.

OSCAR

No tenga V. cuidado: estoy acostumbrado a ellas.

FLORENTINA

Se han hecho añicos: no han quedado sino dos copas y un vaso.

IGNACIA (*desde la puerta a Petrona*)

Ahora verás, chola cochina.

PETRONA (*al paño*)

Yo ca qué he de hacer pes; lo que se cayeron.

FLORENTINA

¡Me muero! ¡qué apuros! ¿qué hacemos?

IGNACIA

O tú o yo no tomaremos nada. (*volviendo al centro de la escena*) ¿Una copita de mistela?

OSCAR

Prefiero cerveza.

IGNACIA

Un descorchador... (*gritando*). Petrona; un descorchador! Anda tú a traerlo (*a Florentina que sale*). Jesús, qué criadas éstas: ¿también en su país de V. son las cholos como aquí?

OSCAR

Lo mismo, señora, peores que aquí, talvez. (*Vuelve Florentina con el descorchador. Pascual descorcha las botellas sin interrumpir el diálogo.*)

PASCUAL

Yo tomaré también cerveza.

IGNACIA

(Toma mistela, porque no hay otro vaso).

PASCUAL

Digo, yo tomaré mistela: la cerveza me hace daño.

IGNACIA

Le hace mucho daño porque sufre del estómago.

PASCUAL

Ya está.

OSCAR

Es la enfermedad de los hombres de cerebro.... yo también sufro mucho.

IGNACIA

Por qué no toma una agüita de manzanilla que es la mano de Dios para el mal del estómago.

PASCUAL

Vamos a ver: aquí está la cerveza (*ofreciendo un vaso a Oscar*).

OSCAR

¿Y ustedes, no nos acompañan?

FLORENTINA

Mamá les acompañará.

IGNACIA

Acompáñales tú.

OSCAR

¿V., Señora?

IGNACIA

No, gracias: mi hija les va a acompañar: yo también sufro del estómago.

PASCUAL

A la salud de nuestro ilustre huésped.

FLORENTINA

Con V. Señor Oscar.

OSCAR

A la salud de ustedes. Deliciosa; es un néctar.

IGNACIA

No Señor: Imperial.

OSCAR

Pues es un néctar imperial.

IGNACIA

Pero acabe; no deje los cumplidos.

OSCAR

Gracias: repito que es deliciosa. Y con esto me permitirán ustedes que me retire.

FLORENTINA

¡En paz! ¿cómo se ha de ir pues, si está lloviendo a cántaros?

IGNACIA

Ni si estuviera en casa de enemigos: espere que escampe.

PASCUAL

Pasará pronto: los aguaceros pasan aquí muy pronto.

(*Petrona entra con un lavacaras y lo pone en el punto en que se supone cae agua de la gotera*).

PETRONA

Con permiso.

IGNACIA

¿Qué haces, muchacha?

PETRONA

Lo que está lloviendo y su mercé dijo que ponga la lavacara en la gotera.

PASCUAL

La pondrás otro rato.

IGNACIA

¡Eso es, cuando se pudra el costal! ¡Ponla! (*sale Petrona*).

PASCUAL

No haga V. caso; son cosas de mujeres.

OSCAR

No importa: debo agradecer al aguacero que me proporciona el placer de prolongar mi visita.

FLORENTINA

Mamita, si le pidiera que me escriba algo en mi album.

IGNACIA

Pídele tú misma.

FLORENTINA

Señor Oscar, como a mí me gustan tanto los versos, querría pedirle a V. un favor.

OSCAR

Diga V. Señorita, que me será grato complacerla.

FLORENTINA

Quisiera pedirle que me haga el favor de escribir unos versitos en mi album.

PASCUAL

Vas a molestar al Señor Don Oscar.

IGNACIA

¡Qué niña esta!

OSCAR

Con el mayor gusto (malo).

FLORENTINA (*tomando el album de la mesa*)

Aquí lo tiene V.

OSCAR

Qué lindo album. . . . Pero yo a mi vez tengo que pedir a Vds. un favor.

PASCUAL

El que V. guste.

OSCAR

El de que me dejen solo unos instantes: necesito recogerme, llamar a la inspiración y ésta no acude sino cuando estoy solo.

PASCUAL

Con mucho gusto: vamos, dejémosle solo.
(*salen*).

ESCONA XVI

OSCAR

¡Cáspita! . . . y ahora ¿cómo me las arreglo? La chica es bonita, no hay duda, y merece no solamente una o dos estrofas, sino un poema, pero el caso está en hacerlo. . . . En mi casa, está claro, con la ayuda de mi diccionario de la rima y un poco de paciencia, lo hubiera hecho; pero aquí, qué diablos! . . . ¿cómo me las arreglo? Un poeta debe andar siempre con el diccionario de la rima en el bolsillo: de seguro que ahora me habría sido de más utilidad que mis poesías de ocasión. . . . A ver, a ver, quizás entre ellas encuentre alguna de la que pueda sacar partido (*saca del bolsillo un legajo de papeles*). Mis poesías de ocasión para todas las ocasiones: tuve una feliz idea al componer estas poesías tipos, poesías patronos, a todos los asuntos imaginables; así, cuando necesito improvisar algo, no tengo sino que acudir a ellas. (*Ojeando los papeles*) A la Libertad. . . . buen tema, siempre a la moda, aun en países como el Ecuador; pero lo que es ahora de nada me sirve. . . . A la Patria, buen tema también: todo el mundo canta a la Patria aunque no haga por ella otra cosa que

cantarla.... Al Progreso.... esto les gusta mucho en Quito, porque tiene el prestigio de lo desconocido.... A la Paz.... A Sucre.... nada... nada... al 10 de Agosto... peor... al 9 de Octubre.... al 24 de Mayo.... al 1, al 2, al 3, al 4, al 5, al 15, al 21, al 27.... aquí están todas las fechas célebres o que pueden serlo.... he puesto hasta el 31 de Febrero, por si acaso.... pero ¡qué diablos!, nada hay en todo esto que pueda servirme, y entre tanto el tiempo pasa y tengo que escribir algo. ¡Ay mi diccionario! ¡quién lo tuviera aquí! Ensayemos (*se sienta y comienza a escribir*) A Florentina, en su album.... El principio no está mal; vamos a ver ¿qué le podemos decir a Florentina?... Niña hechicera.... no, no está bien (*rasga la hoja de papel y la tira al suelo*) Niña de ojos azules.... no (*rasga la hoja y la tira*) si no tiene los ojos azules. Niña de ojos rasgados.... eso es, rasgados.... pero no, no me gusta (*rasga la hoja y la tira*). Dejemos a un lado los ojos: es tan trivial eso de no ocuparse sino de los ojos. Niña morena de cabellos negros.... Oh no, no, ese consonante en egros me va a dar mucho trabajo.... (*rasga la hoja y la tira*). (*Apolo entra silenciosamente y va acercándose a Oscar sin ser visto*).

ESCENA XVII

OSCAR — APOLO

APOLO

Me parece que no hay nadie y ya puedo salir. Ah! aquí hay alguien (*al lado ya de Oscar, va recogiendo y leyendo los papeles que éste ha tirado*) Niña hechicera.... niña de ojos rasgados.... niña de ojos azules.... ¡es un poeta!.... niña de.... ¡un poeta que no sale de la niñez y que es todo ojos.... y sin embargo no me ha visto todavía! ¡hum!

OSCAR (*se levanta asustado*)

¿Quién es V.? ¿qué hace V. allí?

APOLO

Soy, ¿Apolo.

OSCAR

¿Apolo? (debe ser un loco).

APOLO

Apolo, sí señor, y quizás pueda serle de alguna utilidad, Veo que es V. poeta.

OSCAR

¿Y cómo lo sabe V.?

APOLO

Lo he adivinado (*mostrándole los papeles rotos*). Estaba V. buscando la inspiración.

OSCAR

(Qué tipo tan raro). En efecto, estaba haciendo unos versos.

APOLO

Ya lo sé, a una mujer... y los versos no salían. Pero, qué tonto es V. ¿por qué se toma V. el trabajo de hacerlos cuando puede encontrarlos hechos?

OSCAR

¿Yo, yo servirme de versos de otro, yo un plagiario?

APOLO

No, Señor, no habrá plagio, puesto que será Apolo quien se los habrá dictado; luego, para que a V. no le quepa la menor duda sobre su paternidad, les hará V. algunas enmiendas y les pondrá el título y la firma.

OSCAR

Me hace gracia. ¿De suerte que también V. hace versos?

APOLO

De eso vivo, es decir, de eso bebo.

OSCAR

¿Qué afortunado es V.! yo no puedo decir lo mismo.

APOLO

Mi especialidad son los versos para mujeres.

OSCAR

¡Hola, hola! (me va interesando este sujeto) ¿Tiene V. aquí algunas de sus producciones? Pero antes dígame ¿quién es V.?

APOLO

¿Yo? Antes, en los felices tiempos en que era alguien, me llamaba Apolinario; ahora no soy sino Apolo, por lo menos así me llaman. ¿Permite V.? (*se sirve una copa de mistela y la bebe*). ¡Puá! como se ve que estamos en casa de gente frívola, ¡mistelita! ¿A quién se le ocurre dejar una botella de mistela en el cuarto en que están dos poetas? A nosotros nos gustan las impresiones fuertes. ¿Verdad? a menos que no pertenezca V. a la clase de poetas melosos, que es muy abundante. Bueno, pues como le iba diciendo, soy Apolo y hago versos.

OSCAR

Veamos algunos.

APOLO

Aquí los tiene (*le da unos papeles ajados y sucios que saca del bolsillo*) hay para todos los gustos y para todos los nombres. ¡Muchos nombres de mujeres! ¡todo el calendario! porque eso es lo que conviene. Mire V. a Julia, a Mercedes, a Rosa, a....

OSCAR

(Este hombre me va interesando ¡es mucho más avisado que yo! Seguiré su ejemplo).

APOLO

Yo sólo hago versos de amor y de faldas; los versos patrióticos, a la Libertad, a la Paz, al Progreso, son pamplinas, buenos para poetas ripiosos.

OSCAR

(Chúpate esa Oscar. ¡Qué idea!) Siga V., siga V.

APOLO

A Carmen, a Manuela, a Josefina.

OSCAR

A ver esos, a ver (Josefina, Florentina, un ligero cambio y salgo de apuros).

APOLO

A Josefina.... ¿quiere V. que los lea? Al mirarte, Josefina.... he puesto el nombre en la estrofa porque eso les gusta a las mujeres: así ven que los versos son para ellas, nada más que para ellas. ¿Comprende V.?

OSCAR

Muy bien, muy bien; siga V.

APOLO

Al mirarte, Josefina,
Se encendió en mi corazón
La llama de la pasión
Más hermosa y más divina
¿Qué tal, eh?

OSCAR

Muy hermosos (Caramba, pues este hombre tiene talento).

APOLO

¿Le han gustado a V.?

OSCAR

¡Vaya si me gustan! ¿me puedo quedar con ellos?

APOLO

Puede V. guardárselos: los tengo de memoria.

OSCAR

¡Y....? (*haciendo señas de contar dinero*).

APOLO

Lo que V. guste.

OSCAR

Tome V.

APOLO

¡Un sucre! ¡Gracias, señor mío, gracias!
(*habrase visto hombre más tonto: con un sucre hubiera podido tener diez*). Bueno, para cerrar el negocio, ¿permite V.? (*se sirve una copa de mistela*).

OSCAR

Sí, sí, pero pronto.

APOLO

(*Con la copa en la mano*) ¿Cómo se llama V.?

OSCAR

Oscar de las Rosas.

APOLO

A la tuya, Oscar (*bebe*).... Oscar.... Oscar.... ahora caigo: aquí tengo una carta para V.

OSCAR (*mirando la carta*)

En efecto, es para mí... ¡Y en verso!
¿Puede saberse quién me la envía?

APOLO

Imposible!.... El secreto profesional....

OSCAR

¡Qué apasionada está la pobre chical! ¡Me ama, me ama! Ahora, Apolo, me va V. a hacer el favor de dejarme solo.

APOLO (*saliendo*)

Vuelvo a mi escondite. Hasta la vista, colega Oscar.

OSCAR

Hasta la vista, Apolo.

ESCENA XVIII

OSCAR

Escribámoslos pronto, pues el tiempo urge. Pero, qué malos son estos versos.... ¡Que le vamos a hacer!.... No, no quedarán muy malos con una ligera variación. ¡Qué van a quedar malos! Este pobre Apolo no es poeta, mientras que yo....! Al mirarte, Florentina, se encendió en mi corazón, el fuego.... no, no, la llama queda mejor, eso es, la llama de la pasión, más hermosa y más divina. Soberbio! Esto sí ya es poesía y digna de mí. La firmo

en muy mala letra, como es de rigor, y ya está. Ahora sólo falta que venga Florentina y que venga sola.... Ya está aquí.

ESCENA XIX

FLORENTINA — OSCAR

FLORENTINA

¿Se puede?

OSCAR

Llega V. a tiempo.

FLORENTINA

¿Ha terminado V.?

OSCAR

Aquí los tiene. Léalos V.

FLORENTINA

(¡Cuatro renglones y ha tardado tanto! deben ser muy profundos) *(los lee para sí)*. ¡Qué lindura! muchas gracias.

OSCAR

¿Le gustan? Los hago muy pronto y si ahora he tardado es porque he querido poner en ellos toda mi alma, todo mi corazón. Cuanto en ellos digo es la pura verdad.

FLORENTINA

Ay no sé. Siempre son Vdes. exagerados.

OSCAR

Se engaña V. Florentina: mi corazón no palpita sino por V. Es V. la única mujer a quien he amado; hace mucho tiempo que la amo, por eso la he perseguido a V.

FLORENTINA

Dice no más: lo mismo ha de haber dicho V. a otras.

OSCAR

(Abrazándola) Y V. Florentina, ¿me quiere V.? ¿me querrá V. algún día?

IGNACIA *(sacando la cabeza por la puerta)*

¡Qué honra para la familia!

FLORENTINA

Yo.... yo no sé.... Dígalo V. a mamita.

OSCAR

(A mamita.... hum!) No faltará ocasión de decírselo.

FLORENTINA

A cuántas habrá dicho V. lo mismo. Cuántas enamoradas tendrá V.

OSCAR

¡Yo! Ninguna. A mí sí que me han amado, está claro: esto nos pasa a todos los poetas. Mire V. ahora mismo recibí una declaración de una desconocida.

FLORENTINA

¿De veras?

OSCAR

Debe ser alguna tontuela; no puede haber manera más estúpida de decirlo ni peores versos (*le da los versos que le entregó Apolo*).

FLORENTINA

(Ay!... son los míos, que hombre más grosero)

OSCAR

¿Decía V.?

FLORENTINA

Nada... Decía que a mí no me parecían muy malos los versos y que quizás fuera cierto que la persona que se los ha enviado fuese en verdad una de sus víctimas.

OSCAR

Pues a esa víctima la mandaría yo a paseo.

FLORENTINA

(Que poco galante es!... pero ese imbécil de Apolo ¿a qué hora se los ha entregado?)

IGNACIA (*sacando la cabeza por la puerta*)

Ya han acabado. (*gritando hacia afuera*) Pascual, ya puedes venir.

ESCENA XX

DICHOS — PASCUAL — IGNACIA

OSCAR

Ya pueden Vdes. venir: la señorita Florentina les va a leer los versos que he tenido el honor de dedicarle.

PASCUAL

Deben ser una obra maestra.

OSCAR

No me han salido malos.

IGNACIA (*a Florentina*)

Y pues, ¿te armaste?

FLORENTINA

Ay no sé, qué mamá.

IGNACIA

Pues hija, si no sabes armarte a un novio cuando la ocasión se presenta, no sé de qué te sirven los libros que lees.

ESCENA XXI

DICHOS -- TORCUATO

TORCUATO

Llego a tiempo (*a Oscar*) yo temía que V. se hubiese marchado.

PASCUAL

El señor don Oscar de las Rosas....

TORCUATO

No señor.... no es V. Oscar...

OSCAR

¿Cómo?

TORCUATO

No es V. de las Rosas.

PASCUAL

¡Torcuato!

OSCAR

¡Caballero....!

TORCUATO

No es V. poeta....

OSCAR

Este joven se ha vuelto loco.

IGNACIA

Ave María....

TORCUATO

No es V. español.... no es V. nada.... no es V. nadie.

OSCAR

Oh!

TORCUATO

Vd. no es más que Juan Rosas a secas.

FLORENTINA

¿Qué dice?

IGNACIA

¡Jesús!

PASCUAL

Torcuato: explícate.

OSCAR

(Estoy perdido; me han descubierto) Caballero, esta es una farsa infuca, V. me la

pagará.... me la pagará.... entre tanto yo no puedo continuar aquí.... me voy, me voy.... Vdes. perdonen.... es que.... sufro del estómago.... adiós.... Don Pascual, Señora, Señerita.

ESCENA XXII

DICHOS MENOS OSCAR

TORCUATO

Váyase V. en buena hora; pillo.... antes que venga la Policía por V.

PASCUAL

Pero ¿quieres explicarte?

FLORENTINA

Si, explíquese V.

IGNACIA

Aquí debe haber gato encerrado.

TORCUATO

¿Qué otra explicación quieren Vdes.? Fui a la Policía y me encontré con un deprecatorio que acababa de llegar en el que se pedía el arresto de un tal Juan Rosas que, usurpando el nombre de un poeta español,

recorría la América robando y estafando a todo el mundo.

PASCUAL

¡Ah, canalla!

IGNACIA

Bien me lo decía el corazón ¡y venir a abrazarle a mi hija!

FLORENTINA

¡Mamita!

ESCENA XXIII

DICHOS—APOLO

APOLO

¡En dónde está.... en dónde está!.... ¡Ah pillo!

FLORENTINA

¿Tú lo sabías también?

APOLO

Yo no sé nada sino que me ha dado un suere falso. ¡Ah pillo.... corro tras él! (*sale corriendo*)

ESCOENA XXIV

DICHOS — PETRONA

FLORENTINA

¡Quién lo hubiera pensado!

PASCUAL

¡Parece mentira!

PETRONA

Ya le van llevando los polecías.

TODOS (en la ventana)

Pillo, ladrón, estafador....

TORCUATO

¡Poeta!

TELON



EXPLICACION

de varios modismos, quiteñismos, palabras quichuas, frases familiares, etc. que se encuentran en este libro.

¡Ay me muero! o simplemente, *¡me muero!* Exclamación muy quiteña que expresa asombro, sorpresa, contrariedad, pena y, a veces, hasta contento. Todo depende de la ocasión y del modo de decirlo.

¡Ay no sé! Otra exclamación muy usada, en especial por las mujeres: manifiesta cierto asombro mezclado de timidez, cierta negativa ruborosa, cierta contrariedad.

Me fregué, estoy fregado, etc. El verbo *fregar* tiene en el Ecuador, además de sus propias acepciones, muchísimas otras: arruinar, molestar, fastidiar; estoy fregado, dirá aquel que ha perdido en el juego o ha sufrido otra contrariedad; me he fregado dice el que ha hecho un mal negocio; le han fregado a aquel a quien han engañado o dado una paliza; un fregado, es el molesto o impertinente, etc., etc., etc. Sería largo explicar todos los casos en que se emplea este verbo, que sirve hasta de exclamación: *¡qué friega!*

Hele o *helé*. Corrupción del *hele* aquí o *helo* aquí español. En la conversación familiar corresponde al *voilà* o *le voilà* francés. *Hele* es también una interjección admirativa que a veces reemplaza al *¡toma!* o al *¡ca!*

usados en España. Significa también: aquí lo tiene usted o tómelo usted.

Ni he pensado. Es una negativa; significa, ni siquiera he tenido la intención de hacer o decir tal cosa; no me ha venido a las mientes.

Ni he llorado siquiera. Otra frase negativa como la anterior: no es cierto que haya llorado. *Ni ha venido siquiera;* no es verdad que haya venido, etc.

Las cajoneras. Vendedoras que tienen sus puestos en los portales de la Plaza de la Independencia y la de Santo Domingo. Son buhonerías con puesto fijo. Tienen fama de saberlo todo y de contarlo todo.

¡Qué pan caliente! Expresión figurada y familiar que se emplea para manifestar el poco caso que se hace de algo que otro dice o aconseja; equivale al ¡qué niño muerto! español.

Minadores de las quebradas de Quito. Gente, (regularmente muchachos), que se ocupa en buscar en las quebradas que cruzan la ciudad, barajitas, cascotes de botellas, pedazos de hierro y otras menudencias arrastradas por las aguas. Dicen que a veces encuentran cucharas, cuchillos etc. que alguna criada descuidada ha tirado a la quebrada entre las aguas sucias y los desperdicios de cocina.

Pescadores de las quebradas. Lo mismo que *minadores.*

Cholo, chola. Quizás venga del chulo español, pero ha cambiado completamente de significado. En el Ecuador cholo es el descendiente de español e india que vive en las ciudades, para distinguirlo del que vive en el campo que se llama *chagra*. Se emplea especialmente en femenino como sinónimo de criada o sirvienta; también se emplea como despectivo en contraposición de caballero o noble. En diminutivo es también expresión de cariño.

Fiera muda. Es muy común en el Ecuador emplear fiero en lugar de feo y mudo en lugar de tonto. Las dos palabras juntas, como en el diálogo, constituyen un insulto muy usado.

Ca. Es una muletilla que no tiene nada que ver con la interjección española ¡ca! o ¡quia! Se la usa, especialmente en el pueblo, después del nombre o del pronombre. Yo ca no quise venir; el Pedro ca no vino, etc.

Qué se ha de suplir. Modismo que significa ¿qué provecho va usted a sacar de tal o cual cosa?

Pes. Contracción de pues, que ha venido a ser una muletilla insoportable: casi no hay frase que no termine con ella.

Los pupus. *Pupu* en quichua significa ombligo, y no sabemos por qué se ha dado este nombre a los habitantes de la provincia del Carchi. Por ser formado de gente de esa provincia, se conocía con este nombre un batallón que se hizo célebre en Quito por su valor y también por sus abusos.

Ahurita. Diminutivo de ahora: en este momento; hace muy poco rato. Nuestro pueblo es en extremo aficionado a los diminutivos y hace diminutivos de todo; de ahora ha hecho *ahurita, ahurítica;* de aquí, saca *aquisto;* de denantes o endenantes hace *endenanticos.*

Chapa. Palabra quichua: significa espiar, vigilar; en lenguaje popular quiteño *chapa* es sinónimo de agente de policía. Se la emplea de preferencia unida a otra palabra castellana que la decencia no nos permite escribir.

Niño, niña o simplemente apocopado *ño* o *ña.* Niño, niña. Para los sirvientes, y en general para la gente del pueblo y los indios, en el Ecuador, todo amo o patrón, así tenga ochenta años, y toda persona decente, es niño

o niña. Apocopado se lo emplea delante de los sustantivos: *Ño Pedro, ña María.*

¡Me privo! A las acepciones propias del verbo privar hay que añadir la de volverse loco de placer y la de estar enamorado. Es también una exclamación.

Trastrocar. Perder el juicio, deshabitar.

Medias. Se usa indistintamente por calcetines.

Yapa. Anehala.

Misia. Contracción de mi señora.

No mas. Sirve para manifestar que una cosa es fácil de hacerse, que no hay inconveniente en que se haga; *he de decir no más*, significa: he de decir sin dificultad; *dile que venga no más*, dile que venga sin cuidado. Significa también, nada más que eso: *dale pan no más*, es decir, no le des otra cosa que pan.

¡En paz! Exclamación que manifiesta asombro, sorpresa y al mismo tiempo envuelve una reconvencción.

Miche o Michi. Diminutivo de Mercedes.

Lo que. Locución que sirve para explicar algo. *Lo que se cayeron*, quiere, pues, decir: ¡qué le vamos a hacer, si se cayeron! Otras veces equivale a *sucedio o resultó que*; otras finalmente, es una frase inútil: *lo que se murió*, por ejemplo, no quiere decir otra cosa que *se murió*.

Con Ud. Brindo a la salud de Ud.

Armarse. Obtener, conseguir algo.

Polecía. Policía.

Bolsicón o bolsicones. Faldas de bayeta que usan las mujeres del pueblo. *Bolsicona* se dice a la mujer que las usa y afecta cierta elegancia en su clase.

INDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| <i>Al lector</i> | I |
| GUERRA Y PAZ..... | 1 |
| LA VISITA DEL POETA..... | 57 |
| Explicación de varios modismos, quiteñismos, palabras quichuas, frases familiares, etc. que se encuentran en este libro..... | 129 |



